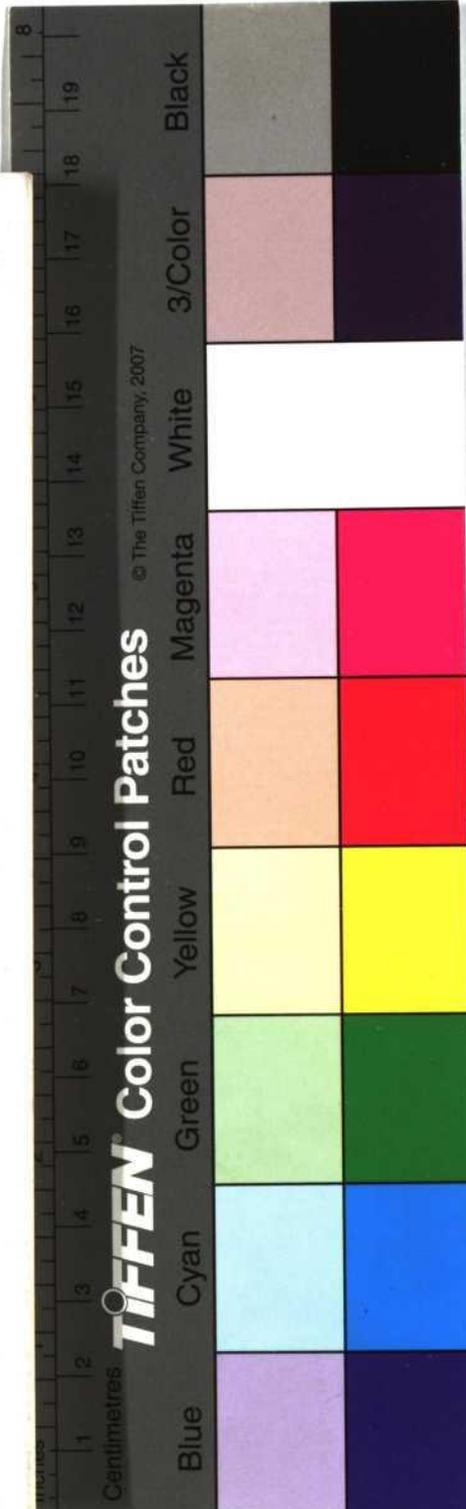


NARCISO ALONSO CORTES

**ensayos sobre literatura
regional castellana**

AMBITO



NARCISO ALONSO CORTES

ensayos sobre literatura
regional castellana



CB1043893

AMBITO
EDICIONES, S.A.

CATA 122 55

R. 29701

< AMBITO Ediciones, S. A.
Narciso Alonso Cortés

I.S.B.N.: 84-86047-49-8

Depósito Legal: VA. 384.—1985

Edita: AMBITO Ediciones, S. A.
Héroes del Alcázar, 10. 47001 Valladolid
Teléfono (983) 354161

Fotocomposición: S. A. F.

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. 47003 Valladolid.

Ilustración portada: Adolfo Calleja

DBCL
D

NOTA PRELIMINAR

*Se reúnen en este libro tres estudios de Narciso Alonso Cortés (1875-1972) dos de los cuales forman parte de un libro inencontrable, **Jornadas**, y otro de ellos, inédito hasta ahora, constituye un fragmento de su **Historia de la literatura regional castellana (1909)**.*

Sin duda, el interés de este libro radica en esta historia de la literatura regional, que fue presentada por el autor a los juegos florales hispano-lusitanos de Salamanca en 1909, y que obtuvo un premio en esos juegos.

El autor nunca publicó este manuscrito, escrito, según me consta, en muy poco tiempo. Alonso Cortés era consciente de las muchas adiciones y reformas que necesitaría para llevarlo a la imprenta. Hoy, a casi ochenta años de distancia, esta historia apenas tiene valor erudito. Sin embargo el valor histórico es apreciable. Responde este trabajo al ideal castellanista del autor, patente en las diversas empresas intelectuales que llevó a cabo en los primeros años de este siglo: la creación de la Revista Castellana, la participación e impulso de la Sociedad Castellana de Excursiones, en cuyo boletín colaboró, y esta historia.

Apenas empezamos a leer y ya manifiesta el autor la percepción que tiene de Castilla:

Que algo muy suyo, muy propio tenía Castilla que cantar lo demuestra el simple recuerdo de su formación histórica. Cuando los condes de Castilla, nobles y heroicos, alzaron la bandera de la independencia, consiguieron romper el dominio de los monarcas leoneses, pero no por eso se borró la uniforme contextura de los territorios extendidos desde el Bernesga al Adaja... (pág. 4 del manuscrito).

Pero además de percibir a Castilla como un cierto espacio geográfico, Alonso Cortés hace notar que la entonces división administrativa, que procede del XIX, no es adecuada:

Quiere decir esto que, pese a las convencionales divisiones territoriales que aún subsisten, podemos y debemos llamar territorio castellano al formado por los dos reinos [Castilla y León]... pues todas sus comarcas contribuyeron de forma idéntica a levantar el edificio de nuestro idioma y de nuestra literatura. (Págs. 6 y 7 del manuscrito).

En otro lugar define el concepto de literatura regional. Aclara que se trata más que de lo regional de lo regionalista; esto es, literatura que "busca sus asuntos en la vida castellana". Sus autores acuden "al campo castellano para llevar a sus obras el lenguaje, las costumbres, las penas y las alegrías del labriego sufrido y laborioso". Hay que incluir, pues, bajo lo regionalista a esos escritores centrados en lo específico y diferencial castellano. El que estos escritores no hayan trascendido lo regional se debe a sus propias

limitaciones estéticas y a la mayor o menor consecución de la forma artística que han intentado.

En esta historia, el autor incluía, por razones circunstanciales, a los autores ubicados en este espacio geográfico castellano, prescindiendo de su dedicación a temas regionalistas y diferenciales, dando, pues, al adjetivo regional un sentido amplio y literal. Es obvio que algunos autores de éstos no han de considerarse dentro de la literatura regionalista. Pensemos en Núñez de Arce, Pereda y otros. Por eso, sólo publicamos del texto original las partes que atañen más directamente a lo regionalista.

En sus indagaciones sobre el tema, el autor acuña el concepto de "novela de Campos", es decir, narraciones que se inspiran directamente en Tierra de Campos, y en las que se inscriben los nombres de Macías Picavea, Pedro Miranda, Luis Salado y Termens, este último no aparece en esta Historia, pero sí en un artículo inédito posterior. Estos escritores ejemplifican, seguramente, el concepto de literatura regionalista.

En suma, el interés del fragmento que publicamos de la Historia de la literatura regional castellana es esencialmente histórico. Refleja un momento de la historia de España en que el regionalismo castellano aflora por razones suficientemente conocidas. Castilla no quería permanecer al margen, y para ello se esforzaron escritores de toda índole y capacidad con el objeto de formar una conciencia regional propia.

ANGEL MANTECA

Valladolid, 23 de abril de 1985



1. Valladolid

Abrese la historia literaria de Valladolid en el siglo XIX, con la figura grandiosa de Zorrilla. Cuando el romanticismo estaba en sus comienzos, cuando apenas habían precedido algunos ensayos dramáticos y los lirismos de Espronceda, tímidamente seguido por algunos poetas como Enrique Gil y Nicomedes Pastor Díaz, apareció Zorrilla como poderoso paladín de la nueva escuela.

La obra de Zorrilla, irregular y tumultuosa, está falta de un estudio detenido. Desde aquellas leyendas y composiciones líricas insertas en los siete primeros volúmenes de sus poesías, y en colecciones *Recuerdos y Fantasías*, *Cantos del Trovador* y *Vigilias del Estío*, hasta sus numerosas obras dramáticas y poemas sueltos, pueden encontrarse los tonos más sublimes a que jamás ha llegado la poesía española, y junto a ellos los más inexplicables prosaismos. Nadie como él encarnó el espíritu de nuestra raza en versos admirables que son como un eco de tradiciones legendarias; y los oídos españoles escucharán siempre con delectación las escenas de *Traidor, inconfeso y mártir*, *El zapatero y el rey* o *El puñal del godo*.

Otros poetas vallisoletanos, más olvidados de lo que merecen, florecían en tiempos de Zorrilla. Tal fue Miguel de los Santos Alvarez, el grande amigo de Espronceda, continuador de *El Diablo Mundo*,

autor de versos muy fáciles y pesimista humorístico en su poema *María* y su novelita *La protección de un sastre*; tal fue Vicente Saina Pardo, delicadísimo cantor del *ciprés*, y que antes del suicidio a que le llevaron sin duda las extremosidades románticas escribió unos versos de los que hacen llorar; tal fue Juan Martínez Villergas, el gran poeta satírico, cuyos epigramas no tienen igual en castellano; tal fue el riosecano Ventura García Escobar, romántico también, cultivador de la novela histórica a lo Walter Scott, arqueólogo al modo de los Piferrer y los Quadrado; tal fue el motense Pedro Calvo Asensio, famoso director de *La Iberia*, que des cansó de sus tareas políticas escribiendo para el periódico y el teatro; tal fue el navarrés Don Juan de la Rosa González, escritor de batalla, autor de obras dramáticas y de otras líricas un tanto sensibles; tal fué el tordehumense Don Mariano Zacarías Cazorro, que escribió también para el teatro y artículos de crítica.

La generación de poetas vallisoletanos que sigue a ésta, tiene por supremo representante a Núñez de Arce. Es Núñez de Arce, en mi posición, la personificación cabal de la poesía castellana. Nada de galas aparatosas ni de profusa exhuberancia; todo nervio, todo consistencia, todo formas admirables grabadas en el mármol de la idea con cincel impecable. El calificativo de *escultural* adjudicado a Núñez de Arce —y que en fuerza de repetido llegó a hacerse cursi— es totalmente exacto. Pero la escultura poética de Núñez de Arce —digamos la de la Musa castellana— no es rígida e inexpresiva como una imagen gótica, sino animada y viviente como la que moldeara Pígmalión.

Discípulo de Núñez de Arce fue *Emilio Ferrari*; tratado más de una vez con notoria injusticia. ¡Cuántos de esos poetas —ateneístas, que claman contra todo lo caduco y decrepito— quisieran tener siquiera una parte de lo que Ferrari llevaba en

su alma de artista! El inolvidable *Clarín*, que, como todos sabemos, se dejó llevar de sus pasiones más de dos y tres veces, cometió una de las mayores injusticias declarando a Ferrari guerra sin cuartel; bien que el poeta vallisoletano supo contestar con los tercetos "A un crítico", una de las sátiras más vehementes y heridoras que ha producido la lengua española. Ferrari —¿como no?— tuvo defectos; pero su *Pedro Abelardo* y su *Consummatum*, sus poesías líricas —ejemplo, *Las tierras llanas*, símbolo grandioso del suelo castellano,— se considerarán siempre como preciadas muestras de nuestra poesía, a no ser, —cosa muy de temer, al paso que llevamos— que en asuntos literarios se pierda el sentido común.

A la época de Ferrari —muy brillante también para las letras vallisoletanas— corresponden *Vicente Colorado*, poeta de gran inspiración en su libro *Besos y mordiscos* y en varias obras teatrales; Casimiro Carabias, autor de novelitas al estilo de Laurie y de Erckman—Chatrion; Eloy Perillán Buxó, el director de *La Broma*, habilísimo en el género festivo; Jose Zahonero, héroe de las barricadas en las calles de Valladolid; Leopoldo Cano y Masas, el autor de *La Pasionaria*. Estos dos últimos aún viven, para bien de nuestras letras. Zahonero escribe cuentos muy agradables, en nada parecidos al Zig—zag y *La carnaza*, que tanto dieron que hablar. En cuanto a Cano y Masas, ha dado al teatro una labor abundante y aplaudida por la crítica. Podrán señalársele defectos; se le podrá acusar de *tendencioso* y de exagerar las tintas negras allí donde conviene para sus propósitos; pero siempre será preciso reconocer que ha sabido fustigar con mano enérgica, y con admirable dominio de los recortes teatrales, los vicios y errores de nuestra sociedad.

Aparece después otro nutrido grupo de poetas vallisoletanos; pero de ellos, unos han muerto pre-

maturamente, y otros han abandonado el cultivo de la literatura. Cuéntanse entre los primeros Florencio Bravo, premiado en diversos Juegos Florales por sus poesías de inspiración elevada; Julio de las Cuevas, que en su revista *El Liceo* hizo una campaña digna de recuerdo; y Florentino Llorente (Florete), el desventurado poeta que murió siendo director de *Nuevo Mundo*, después de escribir diversos libros de poesías y obras dramáticas.

Entre los segundos se encuentran Francisco Zarrandona (*La Esclava Sirena, Versos para mujeres*); Mariano Martín Fernández (*El poeta nacional, 13 pral, Zorrilla y su coronación, etc.*); Luis Zapatero (*Aires nacionales, Rubias y Morenas, Cantos de la Tuna*); Julio Pardo (*El Ermitaño, ¡Hoy me caso!, El naufragio del vapor María, Las tres perezas*); Esteban Fernández y González (premiado en numerosos certámenes) y otros varios.

Al mismo grupo pertenecen, pero todavía continúan en el cultivo de las letras, José Borrás, Daniel Blanco y Segundo Cernuda. José Borrás escribió en sus mocedades poemas y leyendas de las que estaban en boga a la sazón. *El libertador del diablo* es un nuevo golpe, muy afortunado, a *El Capitán Montoya* o *El Estudiante de Salamanca*; solo que el escolar de Borrás, trasladado a Valladolid, se entretiene en cambiar de arriba abajo un retablo de San Miguel, poniendo al diablo sobre el arcángel, travesura de la cual siente luego remordimientos terribles. *El Convento* es un poema romántico: la monja por fuerza, que muere de amor en su triste celda. Tanta delicadeza como en éste se advierte en el «idilio—elegía» *Los ojos negros*. Como poeta festivo, Borrás ha escrito numerosas poesías, publicadas muchas de ellas en ese *Madrid Cómico* tan vilipendiado por algunos. Y la verdad es que en la poesía festiva, como en todas, hay el género bueno y el género malo, y que los versos de Borrás pertenecen al primero; tal lo demuestran las colecciones

tituladas *Pajaritas de papel* y *Puntos suspensivos*. Agregaremos a lo citado un folleto titulado *Tordecillas*, donde Borrás aporta muy interesantes noticias sobre la histórica villa castellana.

Daniel Blanco, que ha impreso poco en libro, es poeta de gran delicadeza. Díganlo sus poesías líricas y su tiernísimo monólogo dramático *El último adiós de un hijo*.

Segundo Cernuda, en el *¡Velay!*, *La Libertad*, *La Bruja* y otros muchos periódicos, ha dado muestras de un ingenio retozón e intencionado, que lo mismo se ejercita en artículos de prosa castiza que en poesías fáciles y juguetonas.

Como maestro de todos estos poetas, y de otros muchos escritores de Valladolid, debe tenerse al ilustre Macías Picavea. Hombre de comprensión vastísima, de cultura prodigiosa, pero de tan exagerada modestia que llegaba casi a ocultar sus escritos de ojos extraños; solo después de muerto se reconoció su singular valía, y no faltó quien lo demostrara entrando a saco en sus obras.

Así se explica que las primeras novelitas de Macías —*La mecánica del choque* y *El derecho de la Fuerza*— sean punto menos que desconocidas, y así se explica que Macías fuese un gran poeta y nadie lo supiera. Su poema *Cosmos* es algo así como una *Teogonía* de grandes alcances, con visos de poema filosófico, e influido acaso por Edgar Quinet, a quien Macías había traducido. Muchas de sus octavas reales son magníficas.

Macías Picavea fué el creador de la novela *de Campos*. Dícenos el maestro, en su primoroso prólogo, que aquel erudito mandense *Bienvenido Barcia Palomar*, —dígame por su propio nombre Ventura García Escobar,— fué quien, con un curioso manuscrito, le dió la materia prima para *La Tierra de Campos*; mas si bien es cierto que el poeta de Rioseco, hábil rebuscador de cosas viejas, explora-

dor de fortalezas y castillos, alma selecta impregnada en la poesía de su tierra, pudo con sus apuntes sugerir a Macías la idea de su novela, no lo es menos que éste puso en ella toda la enjundia del asunto, toda la bella plasticidad de su prosa.

La grandiosidad de la llanura, con sus terruños pardos y secos, con sus escuetos alcores, se esparce grave y misteriosa por las páginas de *La Tierra de Campos*.

Los personajes de la novela son como dispersos y sutiles fragmentos que mudos entre sí vienen a formar el todo del alma castellana.

De las dos partes que forman *La Tierra de Campos*, la primera me parece muy superior a la segunda. En sus páginas, hondo e íntimo, palpita un drama, drama de amor, de celos, de rivalidades políticas, por entre el cual se desliza, como reptil viscoso, la intriga ruín y menuda. La gran figura de Don Ildefonso Bermejo se yergue generosa, desinteresada, radiante de ideales, dispuesta siempre al sacrificio. El amor, astro de luz inagotable, surge en el cielo de Valdecastro, y como en tantas otras ocasiones lo vence todo, todo... menos el fanatismo, ya que éste, llámese negro ó rojo, podrá alguna vez darse momentáneamente por derrotado, con ánimo de envolver luego en sus redes al supuesto vencedor, bien por la astucia, bien por la violencia. Allí está, como digno plenipotenciario suyo, la mística doña Presenta, con sus apariencias de iluminada, aprisionando en los lazos de la intransigencia a Maruja, la alegre y vivaracha Maruja, y a su marido el indiano Don Venancio, pobre rico que muere de emoción al conocer el depósito judicial de su hija. Manolo, el heredero de cien Bermejoes, rendido de amor, va sin embargo al altar con un triste presentimiento, y sufre la alucinación de ver que una turba de pequeñas lechuzas se posan sobre la cabeza de Marujilla, quien a su vez tiene cara de lechucilla triste. Y entretanto la sin-

ventura doña Emilia, despreciada por el arrogante mozo, abandona para siempre la casa de su protector; y entretanto el hidalgo Don Ildefonso, quebrantada su alma de acero, huye de la lucha y marcha a la ventura por los campos. «Ese hombre —dice el novelista— andaba, andaba, y aun no se había detenido, al través de la llanura inmensa y desnuda, náufrago en el mar de arcilla, rodando entre los interminables cabones no menos secos y eriales que su alma, sumergido en aquella desolación que a él se le antojaba prolongación tan solo de la desolación de su espíritu... !Dos inmensidades igualmente despobladas, vacías, muertas.»

Las tonalidades negras y melancólicas, acaso con exceso, que dominan en *La Tierra de Campos*, dejan llena el alma de profundo desconsuelo. Dijérase que Castilla es un lugar de soledad, de tristeza, nuevo Mar Muerto al cual la maldición divina hubiese arrancado la fuerza vivificadora; dijérase que sus habitantes yacen en la inercia, aplanados bajo el peso de su propia desdicha. Gracias a que el novelista da al cuadro de vez en cuando un toque más animado, ya mostrándonos el baile de la plaza, donde el dulzainero es capaz de ejecutar toda clase de música, «desde Rossini hasta el propio Wagner», ya metiéndonos en el ajeteo de las elecciones rurales, con los consabidos muñidores, ya obsequiándonos con el discurso de algún Castelar silvestre.

Esos colores pesimistas se recrudecen en la segunda parte de *La Tierra de Campos*. En ella, los vagos presentimientos de Manolo se han cumplido; el destino le persigue con más rigor que al propio Edipo. Su padre, el noble Don Ildefonso, anda por territorios ignorados de América; su mujer Maruja, sugestionada al fin por doña Presenta, ha caído en éxtasis de misticismo, y entregada del todo al amor divino, olvida el que tenía a su marido; ávido de regenerar y enriquecer a su tierra nativa, predica

con la abnegación de un apóstol la política hidráulica, y aun llega a embalsar por su propia cuenta las aguas del regato próximo al pueblo, para dar vida a las sedientas tierras... Todos le toman por un loco utopista, así los señores reunidos en la asamblea magna de la ciudad como la plebe valdecastreña, que no quiere política hidráulica, ni cultivo intensivo ni otras garambainas como esas, sino «regolución y no pagar las contribuciones.» Todo lo perdona Manolo, y cuando en año triste, el pueblo sufre miserias y enfermedades, acude solícito en su socorro, eso que su capital estaba muy comprometido, y la *santa*, doña Presenta, escandalizada de tantas prodigalidades, habíale privado de administrar los bienes de Maruja. Una gran alegría, la mayor de su vida, tiene Manolo al ver que su mujer, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, cae cariñosa en sus brazos; mas ¡ay! que esta *resurrección* del alma coincide con la muerte del cuerpo. Maruja, tras breve enfermedad, cierra sus ojos para siempre; y entonces la indignada doña Presenta arroja de su casa al réprobo, que con el alma sangrando se lanza por los campos para seguir el mismo camino de su padre... Y para que aún sea mayor la trágica tensión del desenlace, el fiel Blas mata de un golpe de cacha a doña Presenta, y huyendo luego a campo traviesa en las oscuridades de la noche, se hunde en una ciénaga de arcilla y muere agitándose como un monstruo de barro pardo y fangoso.

Como fondo a ese cuadro lúgubre, aparece la tierra castellana en los años de hambre y de sequía, en que parecía «asistirse al deshaucio de la más arraigada y castiza raza española lanzada de sus viejos lares.» *La Tierra de Campos*, por todo ello, produce una impresión de dolor y de angustia, mayores todavía por sugerirlos el autor con la admirable grandeza de sus concepciones, con el ropaje de una expresión sencilla hasta la sublimidad, re-

cia y robusta hasta donde puede llegar la lengua castellana.

¿Necesitaré decir algo de las obras didácticas de Macías Picavea, escritas por la mano de un artista y no de un *confeccionador* de libros de texto? ¿Necesitaré decir algo de ese asombroso libro que se llama *El problema nacional*, donde con vista certera supo señalar los males que afligen a nuestra patria, indagando sus causas y proponiendo un sistema de remedios? Cuando, muerto Macías Picavea, la gente se percató de que un modesto catedrático *provinciano* había visto más claro en el problema patrio que todos los sociólogos españoles juntos, menudearon los elogios y se reconoció unánimemente, su talento. ¡Bienhaya ese geniecillo de la Justicia, que aunque tarde, da a cada cual lo que le pertenece!

Continuando con los poetas vallisoletanos, citaré juntos, por haberlo estado siempre en sus campañas literarias, a José Samaniego y Narciso Alonso Cortés.

Cuando todavía era un niño, José Samaniego publicó su libro de versos *Serio y festivo*, que desde luego revelaba a un poeta de cuerpo entero, muy diferente de los que forman esa turbamulta que esgrime la péñola en todas las poblaciones de regular vecindario. Sus colecciones poéticas —*Multicolores*, *Trébol*,— confirmaron estos augurios.

Esa poesía castellana neta, a que me he referido más de una vez —y a que todavía habré de referirme, porque la verdad es que constituye un rasgo común a todos nuestros poetas,— tiene a Samaniego por uno de sus mejores representantes. La exactitud en la frase, la recia contextura del concepto, la versificación intachable, llena y robusta, son circunstancias que nunca faltan en Samaniego. Unas veces —sobre todo en sus primeros versos— tiene cierta delicadeza becqueriana; otras muestra la energía de Nuñez de Arce o la flexibilidad de Zo-

rrilla. ¿Y qué se podrá decir de quien a los diez y ocho años escribía el siguiente soneto?:

Dices que yo tu corazón poseo,
que el fuego de un volcán arde en mis ojos,
y que mis labios son tizones rojos
robados a la hoguera del deseo.
Dices que tu amoroso devaneo
hizo de tu existencia erial de abrojos,
y pretendes que acceda a los antojos
de tu cariño, cuando en él no creo
Suspende y guarda tu amoroso alarde;
cure otro amor tu corazón herido...
Y la pasión que en tus entrañas arde,
ó que la apague el hielo del olvido,
jó que calcine el corazón cobarde
que lleva la impureza en el latido!

En las poesías festivas y trabajos ligeros, Samaniego es siempre ingenioso, cáustico y agresivo muchas veces, cosa que le perjudica y que viene a ser en él un verdadero defecto, por todos reconocido. No obstante esta flexibilidad de su musa, hay siempre en los versos de Samaniego la uniformidad de estilo que no falta en todo poeta de altura, y que hace reconocer como escritas por la misma mano composiciones de asunto tan opuesto como *Bacanal* y *Mi crucifijo*.

Samaniego ha dado al teatro un sainete en verso, *El tonto del pueblo*, inspirado en un cuento de Trueba, muy agradable y entretenido, y varios meritorios folletos de sociología.

Miguel de San Román es otro poeta de subido mérito. Dotado de sensibilidad exquisita, sin apartarse de los gustos consagrados como clásicos en nuestra poesía, sabe imprimir en ellos un encantador tinte de modernidad, demostración cabal de que tan innecesario es fosilizarse en los antiguos moldes, como apelar a la extravagancia para conseguir la originalidad. Alguna vez, sin embargo,

se ha dejado seducir por las princesas versallescas y las Mimís Bulevardieras (!), cosa realmente sensible, porque él no necesita para distinguirse formar en la reata de poetas americano—parisienses, y porque los poetas castellanos deben ser quienes den el ejemplo, rechazando exotismos de mal gusto.

La rima brillante, rica, sonora de Zorrilla, parece jugar por los armoniosos versos de San Román. Véase si no, en su libro *Flor de vida*, la poesía *El reinado de la belleza*; veáanse sus églogas, sobre todo la titulada *Camino de la fuente*, donde no podrá decirse que se siguen los patrones viejos, y que no obstante será aplaudida sin reservas por toda clase de lectores. De su talento poético, en fin, den testimonio los bellísimos sonetos —*Ideal*, *El Vals*,— y *El poema del beso*, donde se verán derramadas a manos llenas la inspiración y el sentimiento.

San Román, gran admirador de Benavente—como lo demuestra el interesante estudio que del mismo ha escrito— tiene estrenadas con feliz éxito algunas comedias *benaventinas*. Es la primera de ellas *Almas vulgares*, primoroso cuadrado que parece escrito, más bien que por un dramático novel, por un autor consumado en las lides teatrales. La figura de Luis, el soñador poeta, desdichado en su matrimonio porque la mujer que a él se unió para siempre es, a su juicio, un *alma vulgar*; la de Laura, su mujer, sensible y cariñosa, demostrándole que en las cosas más vulgares se encuentra a veces la mayor sublimidad; la del escultor Felix Roldán, que con apariencias de idealismos no pasa de ser un egoísta más; todos los personajes, en fin, de este *boceto de comedia*, están trazados de mano maestra y movidos con la mayor soltura para desenvolver, sencilla y naturalmente, un asunto muy agradable.

Otras dos comedias tiene Miguel de San Román: *Las alondras* y *El amor a la moderna*. Ni una ni

otra se ha impreso, que yo sepa, y esto me impide dedicarles cuatro palabras. El «poema simbólico representable» titulado *La décima Musa* es una obrita de circunstancias, notable por la viveza de su diálogo y por las poesías que lleva insertas, que no desmienten la mano de su autor. Alegres, decidoras, tal como las formó la fama, se nos presentan Mimí, «la marchita flor de los bulevares», y Carmen, «diestra en fandangos, jácaras y bailes», que habla así:

Hay algo en mi sangre de la sangre mora
y mucho en mi seno de la fe cristiana,
y le rezo salves a Nuestra Señora
y siento los celos de una musulmana.
Mi novio es bandido y habita en la sierra,
sembrando el terror;
y con su trabuco, por toda la tierra
a tiros defiende mi amor.
A veces me sale al encuentro
a beber de mis ojos la luz,
me besa, y despacio sigue campo adentro,
jinete en su potro andaluz.
Soy Carmen. Yo llevo en los ojos
negrura de noche con rayos de sol,
y en mis labios —llamas de claveles rojos,—
el fuego de un beso español.

Pero Carmen, como Mimí, son dos tipos convencionales que ha inventado la literatura andante para crear una leyenda falsa en derredor de los dos pueblos. Y así lo dice el poeta Alfredo: «Ni tú, Mimí, ni tú, Carmen, podeis encarnar con exactitud los tipos de nuestras naciones.» Y la décima musa, que aparece fantástica y luminosa, es *Eirene*, la Paz.

No faltará quien haga notar en las comedias de San Román un excesillo de discreto en el diálogo y de pulimento en la forma; pero éstos, más que defectos exclusivos de san Román, son tal vez defectos de escuela.

Zacarías Ilera es también un excelente poeta. Lo era ya al dar a la estampa *Amapolas* (1907), y desde entonces acá ha progresado mucho.

Distínguese Ilera por su fibra vigorosa y enérgica. Sus versos parecen forjados en recio yunque. Lástima es que se haya dejado influir por el medio ambiente en lo relativo al lenguaje y a la elección de ciertos asuntos —ejemplo, *La noche de ánimas*—, que es, por lo demás, una bella composición.

Zacarías Ilera, es poeta *a nativitate*, y sus últimos versos, despojados en gran parte de aquella hojarasca, tienen un brio, una entonación singulares, y le pronostican un triunfo seguro.

Como prosista, Ilera tiene un tomito de cuentos —*Iris*,— y una novela —*Nido sin aves*. Los primeros son muy agradables: Ilera, que vivió en la montaña de León y Asturias, ha sabido *sentirla*, y por eso los relatos de *La Giraldella*, *El pañuelo de seda* y *Franciscona* sobrepujan a los demás del libro. En cuanto a *Nido sin aves*, es sin duda lo más flojo que de la pluma de Ilera ha salido. La marquesita Halma, que lee a Chocano y a Rubén— y sin duda también a Felipe Trigo;— el pudibundo José, que deja muy atrás a su homónimo del pasaje bíblico; el cura Don Daniel, y en suma, todos los personajes de *Nido sin aves*, son figuras falsas y artificiosas que a la postre dejan al lector en la mayor frialdad. Con razón decía Andrés Torre Ruiz, en el prólogo a *Iris*, que mucho más hay que esperar de los versos de Ilera que de su prosa.

Dos notables poetas religiosos hay en Valladolid: Pedro Gobernado y Regino Martínez. El primero, laureado en muchos certámenes, se hace notar por su ternura y cadenciosa rima. En sus *Trovas al Sagrado Corazón de Jesús* dió de ello prueba fehaciente, y mucho más todavía en el libro *Amor, Patria, Fides*, recientemente publicado con prólogo del Obispo de Jaca. La poesía *eurítmica* contará

sin duda entre sus composiciones profundas *La despedida de una madre*, y *El Arte*, y *La Mártir* y *La plegaria del marino*, donde éste clama lleno de fé:

Soy el pobre marinero que abandona los hogares
donde brilla la luz pura de la aurora del amor;
tengo el alma desgarrada por congojas y pesares
y he lanzado mis suspiros en las rocas de los mares,
y he cantado barcarolas con el ritmo de las olas
que acallaban mi dolor...

Un monólogo teatral de Gobernado —*La cruz de San Fernando*,— y una comedia —*Quien siembra vientos...*— han obtenido aplausos.

Regino Martínez, orador sagrado de nota, tiene publicados varios libros de poesía, tales como los titulados *Versos* (composiciones líricas), *El destierro y la patria* (poético religioso) y *La victoria de María* (poemita también de la misma índole).

Otros poetas hay en Valladolid como Tomás Gutierrez Perrín, que ha abandonado la pluma por el microscopio y la gaya ciencia por la bacteriología, insertó en *Trebol* (colaborando con Samaniego y Torre Ruiz), composiciones muy bellas, y dió al teatro un ingenioso entremés de circunstancias, titulado *Lo mismo*. Antonio Reglero Soto publicó un libro de cantares, con mucho sabor popular, rotulado *Garabatos*; cultiva con preferencia el soneto, y su poesía *Castilla, tierra hidalga*, premiada en los juegos florales de Valladolid, descubre momentos felicísimos de inspiración. Esteban Clemente Romeo imprimió en 1907 *Versos de la aurora*, después de lo cual ha adelantado sensiblemente. Algo parecido le ocurre a Félix P. Menéndez, que desde su colección poética *De mis primeros ensayos*, impresa en 1907, a la última que ha publicado, revela algún adelanto.

Es indudable que en Valladolid las aptitudes literarias se inclinan principalmente hacia la poesía;

pero no por eso han faltado en los últimos tiempos cultivadores muy notables de la prosa en todos sus géneros. Mucho contribuyeron a ello, con Macías Picavea, dos espíritus jóvenes y entusiastas, Santiago Alba y César Silió, no solamente por los libros que dieron a la estampa, sino porque rejuveneciendo *El Norte de Castilla*, imprimieron impulsos totalmente nuevos a la prensa y a la literatura vallisoletana. César Silió dedicó sus actividades a la ciencia jurídica en sus más modernas direcciones; y en libros como *Problemas jurídicos*, *Otro desastre más* y *Los que nacen y los que mueren* tocó trascendentales puntos con un criterio amplio y fundamentado. Santiago Alba, en el prólogo a la traducción de *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?* y en sus varias conferencias de asunto regional, ha mostrado ser sociólogo de nota.

La novela *de Campos*, creada por Macías Picavea, ha tenido, que yo sepa, otras dos muestras: *La Hidalga*, de Pedro Miranda Carnero, y *En marcha*, de Luis Salado. Pero como sus autores, aunque pueden llamarse vallisoletanos por muchas razones, han nacido en la provincia de Zamora, de ellos hablaré en el lugar correspondiente.

Otro literato, Darío Velao, ha escrito cuentos sobre asuntos de la tierra, coleccionándolos con el título de *Bocetos Castellanos*. Tienen bastante colorido, y el lenguaje está tomado de boca del pueblo con no poca exactitud. También es Darío Velao autor de numerosas poesías líricas y de varias obras dramáticas. *Celia* y *Fruta dañada* son dramas de corte echegarayesco, con sus efectismos y complicada trama. De «dolora representable» califica al cuadrilo dramático ¡Qué descansada vida!..., sencillo diálogo en verso.

Algunas de las correctísimas crónicas de Ricardo Allúe incluidas en el libro *Junto al camino*, y otras del mismo autor no coleccionadas, son también de asunto *castellano*. Allúe es un cronista de los pocos

que merecen este nombre, prodigado hoy a tontas y a locas. Sus crónicas no son meras impresiones *subjetivas* —como suelen serlo casi todas, con lo cual sus autores nos dicen cada tontería que canta el credo, —sino resultado de una delicada observación, robustecida con certeros atisbos psicológicos y encuadrada en una forma rica y castiza. Con una gran delicadeza de percepción, sugiérenle una crónica hechos al parecer triviales, pero en los cuales él sabe descubrir inesperadas relaciones y contrastes. Ya es el grupo de campesinos que comentan la labor de un arado *Brabant*; ya el ramo de violetas, enviado por rendido galán, que sufre lamentable extravío; ya el trabajo de los braceros que abren la zanja; ya el viejo convento transformado en granja agrícola; ya la triste familia obrera en que falta la madre... Allúe siente indignación ante las injusticias sociales, pero su espíritu refinado y aristocrático le impide prorrumpir en apóstrofes e imprecaciones, y se insinúa con esa agudeza sutil y penetrante, cien veces más eficaz que la misma violencia. Sus crónicas, en fin, están esmaltadas de trozos descriptivos tan elegantes como exactos.

La prosa cultivó principalmente, aunque también hizo fáciles versos, Julio Gómez Muñoz, hoy retirado de las lides literarias. Tiene publicados dos notables folletos, *Negro en blanco* y *Maremagnum*, más algunos otros de asunto didáctico. Antonio Martínez Cabezas, a más de diferentes artículos insertos en *Ensalada rusa*, tiene obritas dramáticas de mucho ingenio y soltura. Merece citarse —porque las demás son obras de circunstancias, sin pretensiones—, la zarzuela *Estanco Nacional*, de asunto sencillísimo, pero muy entretenida.

Manuel Sanz Izquierdo, Rafael de Pina y algunos otros prosistas jóvenes, prometen grandes cosas para el porvenir, si consiguen orientarse en el engañoso laberinto de la actual literatura.

Otro cronista —éste de Rioseco, donde hay ac-

tualmente jóvenes de mucho valer,— es Vicente Marín. En 1906 dió a luz un libro de crónicas —*El Mentidero*— y después ha publicado otras muchas en la prensa. Las contenidas en *El Mentidero*, son imitación, siempre hábil y discreta, de *Azorín*, por el cual siente Marín —o sentía, a lo menos,— gran admiración. La pacífica tranquilidad de un hogar provinciano inspírale pinceladas de mucho colorido. Los demás artículos están destinados a diseñar la figura de varios literatos y artistas —Azorín, Enrique Borrás, Blasco Ibañez, etc,— con mucha verdad y firmeza.

Vicente Marín, naturaleza vehemente y simpática, se deja llevar con exceso de su entusiasmo. Es prosista de mucho nervio, recio y sustancioso como el terreno de *Campi Gothorum*. Como le aguarda brillante porvenir en nuestras letras, debe entregarse espontánea y naturalmente a sus propias inspiraciones.

Ha escrito Vicente Marín, en colaboración con Francisco Antón, una comedia no impresa aún, que yo sepa, pero de gran mérito al decir de los que la conocen.

De Rioseco es también Justo González Garrido, autor de no pocos artículos y de una relación de viaje titulada *Del Ródano al Vesubio*. Este relato, modelo en su género, une la amenidad de la forma a lo jugoso del contenido. No es González Garrido el viajero que, guía en mano, nos va endilgando, convenientemente aderezadas, todas las noticias del Baedeker, ni tampoco aquel otro que se conforma con enumerar todos los monumentos y paisajes que desfilan ante su vista; sino el observador atento que ahonda en el modo de ser de los pueblos, y deduce consecuencias de índole sociológica, o artística, o industrial. Cuando presenta a nuestra vista los encantos del país helvético, o la casuquiña del Véneto, o los monumentos de Milán, o las gloriosas ruinas de Roma, no lo hace sin que a través

de todas aquellas bellezas no se vea algo de trascendencia muy distinta. Su cultura, sus estudios de filosofía y derecho, le hacen estar muy por encima de la superficialidad que en los narradores de viajes es frecuente. Tal lo demostró también en su magistral estudio sobre la *Psicología de Campos*, donde el alma del hombre castellano aparece analizada en sus más recónditos pliegues.

Otro literato de Rioseco, Benito María Valencia, promete también mucho en la carrera literaria. Su prosa es sobria, castiza, y tiene poesías tan delicadas como *La musa rubia*, que

Es una sencilla virginal doncella,
flores siderales lleva en su pupila,
tiene la tristura de elegiaca estrella
y el dulce misterio de oriental sibila.

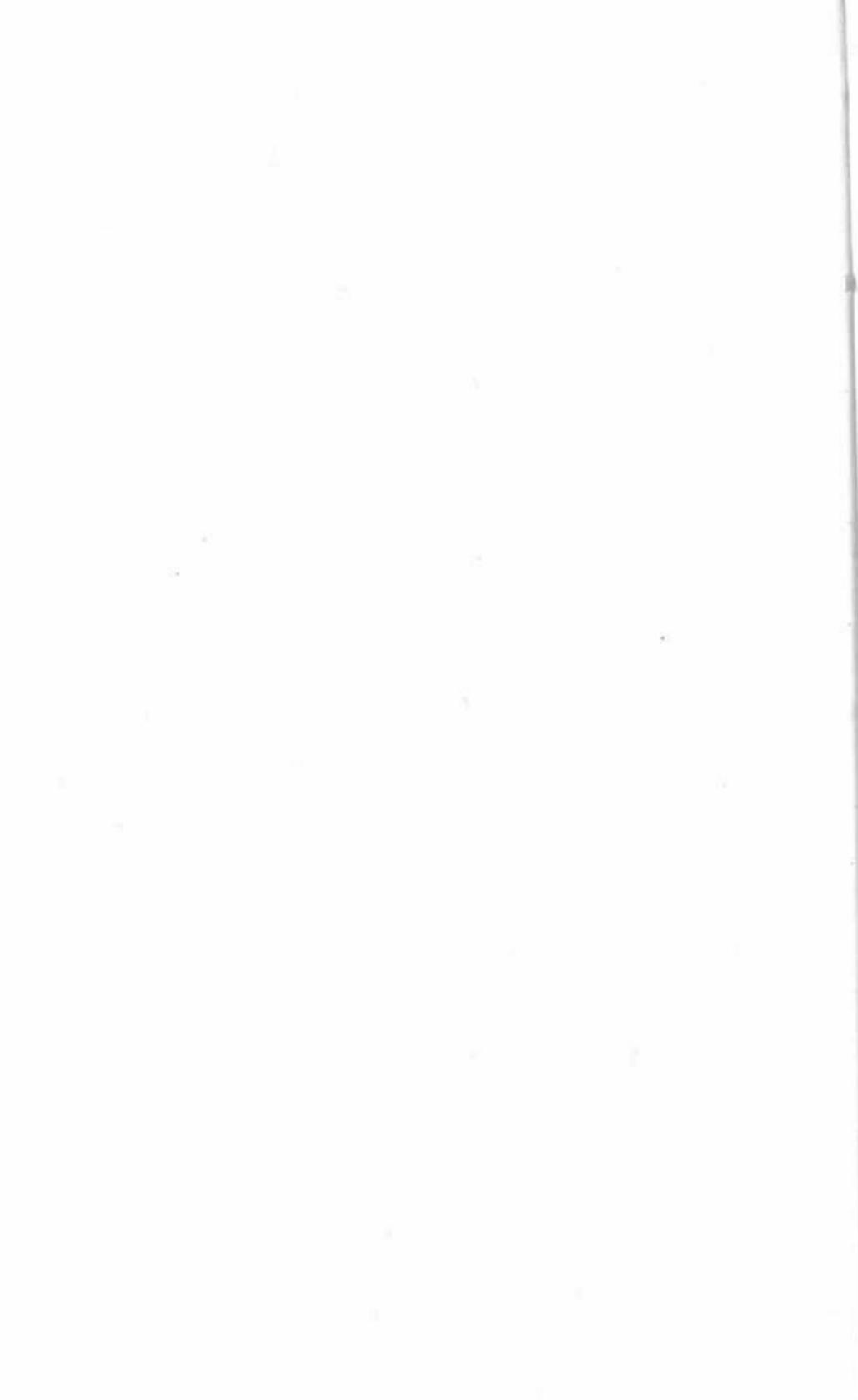
En la novela mencionaré a Francisco de Cossío y Federico Santander. El primero es autor de *La casa de los linajes*, novela bien sentida y bien escrita, siquiera su estilo sea trasunto del de *Azorín*. Es curiosa la influencia que el autor de *Los Pueblos* ejerció allá hace tres años en los prosistas jóvenes. La novedad que *Azorín* supo imprimir en su prosa —nadie le negará este mérito— causó cierta sorpresa entre los autores noveles, que un poco irreflexivamente se lanzaron por el mismo camino. Y algo transformado ese estilo, y unida a esta influencia alguna otra —que no hay para qué señalar aquí,— vino a crear en muchos escritores jóvenes un estilo uniforme, que se distingue por cierta conceptuosidad algo femenina, y por una minuciosidad prolija en los detalles más insignificantes, que llega a cansar.

La casa de los linajes es una narración sencilla, tranquila, sin lances complicados ni situaciones violentas. El último heredero de los Castañares, recluido en la vivienda señorial con sus amplias habitaciones, su repleta biblioteca y sus arcaicos re-

tratos, despierta vivo interés aun sin entregarse a desusadas aventuras, sólo con sentirse un si es no es emocionado por la presencia en Castro—Torre de la madreñita Carmen, linda muchacha que a muy poca costa olvidará la felicidad vertiginosa del automóvil por la reposada y serena de un viejo caerón, donde resonara su voz y sus risas.

Muy joven es Federico Santander, autor de las novelas *Epistolario*, *Alma Mater* y *Por el nombre*. Gusta Santander de reproducir las costumbres aristocráticas, y lo hace en un estilo atractivo y delicado.





2. Las demás provincias

Zamora ha producido siempre notables literatos, de lo cual son ligera demostración los nombres antes citados. Llegando ya a nuestros días, no creo que sea necesario, ni siquiera oportuno, decir aquí nada de autores zamoranos de notoria celebridad. Tal es Leopoldo Alas (Clarín), el ilustre escritor que tanta influencia ha ejercido en nuestra literatura, no sólo aleccionando con sus críticas, sino predicando con el ejemplo de admirables trabajos novelescos y poéticos; tal es Cesáreo Fernández Duro, el insigne erudito que tantos puntos históricos aclaró con su fecunda y concienzuda labor, desde *Pero Mato y la Gobierna* y los anales bibliográficos de Zamora, hasta el proceso de la cosmografía y navegación españolas o los confusos sucesos del reinado de Felipe II; tal es Miguel Ramos Carrión, el regocijado autor que comenzó a hacerse célebre con obras como *La Marsellesa* y aún sigue obteniendo aplausos en el teatro.

Aparte de éstos, hay actualmente en Zamora autores de nota. Tales son Emilio Ruiz de Arbol, jefe que fué de Marina, autor de una "Cosmografía científicohumorística" muy curiosa, y de un folleto en que allá, por los tiempos del submarino Peral, predijo el fracaso de este invento; Maximino del Barrio, autor de un libro sobre los tercios de Zamora, periodista en esta ciudad, en San Sebas-

tián y en Buenos Aires; Luis Chaves Arias, que en sus conferencias sociológicas y en sus libros sobre «Las Cajas de Crédito del sistema Raiffeusen» ha emprendido una campaña tan incansable como benéfica; Antonio Piorno, que trata de asuntos locales con excelente criterio y forma muy amena; Francisco Morán, cultísimo abogado, que ha publicado trabajos en verso y prosa, más una notable conferencia sobre Gabriel y Galán —leída en el Círculo Obrero de Salamanca— y un estudio sobre Cervantes, inserto en “El Centenario del Quijote”; Carlos Calamita, joven escritor, muy estimable por sus intencionados y amenos artículos. Matías Alonso Criado, hombre de verdadero mérito, que en su residencia de Montevideo ha escrito notabilísimas obras de Derecho, Geografía y Literatura, aunque educado en Zamora nació en Astorga. Algo parecido puede decirse de Juan Gil y Angulo, muy ilustrado catedrático en el Instituto salmantino, autor de dos libros didácticos, sobrios, razonados, de gran utilidad para la enseñanza, el cual, aunque se considera zamorano, es natural de Logroño.

Dije antes que dos novelas *de Campos*, que después de la de Macías Picavea se han escrito, son debidas a autores nacidos en la provincia de Zamora. Tales son *La Hidalga*, de Pedro Miranda Carnero, y *En marcha*, de Luis Salado.

La Hidalga revela el arte sano y laudable de quien escribe sin arrumacos ni filigranas, sólo porque ha vivido la vida de aldea, y estimulado al ver que hay quien la lleva al papel, quiere también hacer lo propio. Por eso se notan en *La Hidalga*, naturalmente, señales claras de inexperiencia.

El conocimiento de los pueblos de Campos es en *La Hidalga* exactísimo. Familias como la de Don Frutos González, que desde un rango ahidalgado y abundoso han pasado a una posición reducidísima, se encuentran en éste y en el otro pueblo de Cas-

tilla. No menos frecuentes son tipos como el tío Barriguera, que en fuerza de privaciones, comiendo con la pobreza del más triste bracero, logran hacerse con sus tres o cuatro pares de mulas. Correlativamente, el lenguaje que en *La Hidalga* usan labradores y gañanes, está muy de acuerdo con el original, y cuando el autor habla por su propia cuenta sabe hacerlo clara, correcta y discretamente, ya que no con brillantez desusada.

Miranda Carnero, como Macías Picavea, pone su novela en un periodo triste para Castilla: el de los hombres del año 68. Y la impresión de momento, ciertamente, aparece muy bien transmitida. Carmen, *la Hidalga*, muertos sus padres después de pasar por las calamidades de aquel angustioso año, queda abandonada, con un capital menguadísimo, mucho más cuando satisface todas las deudas; y para encontrar remedio a semejante situación, ha de claudicar en sus orgullos de familia para dar su mano al médico de Valdetorcida, Don Darío. ¿No es esto cosa que ocurre a cada momento? Pero no todo es en la novela tan natural y corriente. No se explica, a la verdad, que Carmen sienta tal aversión hacia su atolondrado pretendiente, quien después de todo es un muchacho simpático y dispuesto a complacerla por todos los medios; y mucho menos se explica que, verificado el matrimonio y convertida Carmen en una esposa amante y fidelísima, el médico su marido, sólo por las malvadas palabras de Barriguera, sin intentar otras averiguaciones ni hacer una sola pregunta a su mujer, crea a pies juntillas que ésta le deshonra con Julián Deza y huya para siempre de su casa, mientras *la Hidalga* se vuelve loca con una rapidez folletinesca. —Exceptúese esto y algún fárrago en la prosa, y *la Hidalga* será considerada como un ensayo muy feliz de la novela regionalista.

Algo parecido puede decirse de *En marcha*, de Luis Salado, que también —caso curioso— se basa

en la infidelidad de un matrimonio. Quien, desconociendo la tierra, lea estas novelas, creerá que las pasiones en nuestros pueblos son ardientes y tumultuosas, cuando, por el contrario, suelen moverse dentro de la más apacible tranquilidad.

El Pepín Frontaura, como el Manolo de *La Tierra de Campos*, quiere conseguir la total regeneración de su país e infundir en Valdremera el espíritu nuevo, apesadumbrado de ver triunfante la rutina que le hace exclamar: «Pueblo viejo, carta caduca... ¡Cambiaréis, cambiaréis!» Como el héroe de Macías, se casa tiernamente enamorado, y luego, más desgraciado todavía que aquel, ve que Rosario, su mujer, le paga con el deshonor y la manchilla. Mauricio Ossorio, novio antes de Rosario, entregado ahora a una vida de relajación, jefe de sociedades avanzadas, llega a Valdremera y con la predicación de sus doctrinas solivianta a los obreros del campo, llevándolos al desorden y al atropello... Y cuando los sueños de Pepín Frontaura empiezan a realizarse, cuando llega a Valdremera la primera locomotora, alumbrada por los resplandores de la luz eléctrica, corre de boca en boca la noticia de que Rosario ha huido en unión de Mauricio, y los lugareños atónitos ven cómo el tren inaugural arrastra el cadáver de Pepín, y Socorro, la desdichada Socorro, se arroja sobre él y le cubre de besos.

La novela de Salado —que, como habrá podido observarse, adolece de ese tinte melodramático que parece haber atraído a los novelistas de la región—, se hace notar por la amena variedad de sus personajes. Al lado de los protagonistas se agitan numerosas figuras, como el famoso boticario Don Senén, y el excelente cura Don Laurentino, y la parlanchina Luisa Merino, y la degradada pareja Vobisco—Pantona (uno de los mayores aciertos de la novela), y otros más. Los rústicos de *En marcha* hablan con el lenguaje propio y típico de la tie-

rra; en cambio algún otro personaje —Socorro, por ejemplo,— se expresa con una elegancia y profundidad no muy naturales en una mujer, por muy ilustrada que sea. La narración se precipita algo al principio, y, por el contrario, se diluye luego tal vez más de lo necesario.

Francisco Antón es un joven de verdadero mérito. Sus *Crónicas* de “El Liberal” y “El Imparcial”, sus cuentos de “Los Contemporáneos” y “La Lectura”, le han conquistado un nombre muy merecido. Es un cabal artista, y está —cosa de gran importancia en un escritor— muy por encima de lo vulgar. Escribe muy bien, y siente tan bien como escribe. En *El coro de la Catedral de Zamora* (1904) su prosa tiene toda la plástica y material verdad de la escultura. Es la descripción de un arqueólogo, pero más todavía de un artista. Francisco Antón ha modificado luego su estilo marcadamente, y sin embargo, ¡a mí me gusta tanto cómo escribe en *El coro de la Catedral de Zamora* «ex abundantia cordis»! El cuento *Llanura* —sobre todo en sus comienzos, encierra todo el misterioso atractivo de nuestras vetustas villas, con su parsimonioso desenvolvimiento y su grave pintura de los Molares y del palacio de los Sanabrias; fin al cual contribuye la misma *opacidad* de la prosa—. Quien así describe es que tiene dentro de sí mucho que irá saliendo al exterior.

Sin embargo, yo creo que en Francisco Antón se nota algo de lo que parece característico en los prosistas actuales: la minuciosidad excesiva, en cosas insignificantes, que puede llegar a la pesadez. Suele hoy emplearse por nuestros novelistas y cuentistas demasiada prosa, y demasiado maciza, para decir muy poca cosa. Con esto, hay que darlo todo a la forma, y se acude a *preciosismos* y a giros antinaturales —que suelen encerrar conceptos tan falsos como ellos,— y aun así se incurre muy fácilmente en la monotonía.

Algo de esto se observa también en el artículo que Francisco Antón titula *De la vida de un segundón*, publicado últimamente en «La Lectura», no obstante lo cual, todo puede perdonarse por lo magistralmente que está sugerida la impresión de aquel don Pepón, descendiente de los Altarriba, de su pariente Romeo, el vuelto de Cuba, que muere en el caserón solariego, y de aquellos sobrinillos a quienes don Pepón prohibía ponerse el sombrero del difunto, diciéndoles, cuando preguntaban la causa: «Porque a eso no puede tocársele; no es nuestro. Es de Romeo». Y es porque Francisco Antón, pese a estos pequeños reparos, es de lo más brillante dentro de la actual juventud castellana.

Hay en Zamora poetas muy notables. Eralo en alto grado el cultísimo Ursicino Alvarez Martínez, gran conocedor de nuestros clásicos y director que fué de la excelente publicación *Zamora Ilustrada*; pero sus trabajos históricos y de erudición le hicieron abandonar un tanto la poesía. Su *Historia de Zamora* es de gran valor, así como los informes históricos y arqueológicos que escribió para la Academia de la Historia, de la que era correspondiente.

José Carrasco —muerto también, como Alvarez Martínez—, fué poeta muy sentido, y enamorado del clasicismo. Como tratadista de cuestiones pedagógicas gozó de gran autoridad.

Poetas festivos son Andrés Alonso Merchán, que se hace notar por su corrección exquisita, y Enrique Junquera, autor del librito «Fresas al Champagne. Ristra de composiciones festivas.» Uno y otro manejan este género de poesía con extraordinaria soltura.

Joaquín del Barco ha escrito muchos versos, colaborando en cuantos periódicos se publican en Zamora desde 1880. Ha impreso un juguete cómico *Don Juan... Calvo*, en colaboración con Alonso Merchán, una zarzuelita —*La Plaza de las Verdu-*

ras,— una *Historia de Zamora* en cantares, y una colección de este mismo género de composiciones, titulada *La gaita zamorana*, con epílogo de Ramos Carrión. Las dos primeras son obritas de asunto local; la *Historia de Zamora*, declarada de texto en las escuelas de la provincia, llena el objeto a que se destina, aunque adolece del natural prosaismo; *La gaita zamorana* contiene cantares muy sentidos, y sirva de ejemplo el siguiente:

Si las lágrimas que viertes
al caer no se borrarán,
¡qué cadenitas de perlas
haría yo con tus lágrimas!

Carlos Rodríguez Díaz es también poeta facilísimo. Colaborador en muchos periódicos de Zamora, Valladolid y otras provincias, se distingue en las poesías serias por su profundidad de concepto, y con las festivas por la gracia legítima y espontánea. Veáanse —ya que no es posible copiar poesías extensas— Los cantares de Rodríguez Díaz:

Derechico labro el surco,
drechica quiero verte,
que es mi pecho castellano
y de *arrodeos* no entiende.
Si las estrellitas fueran
almas de niños que han muerto,
cuántas madres mirarían
todas las noches al cielo.

León ha producido en nuestros días muchos y notables escritores. Desde que allá, en los tiempos del romanticismo, el tiernísimo Gil y Carrasco, uno de los más caracterizados representantes de aquella escuela, escribió sus hermosas poesías líricas, sus novelas históricas, sus artículos de crítica, no se ha interrumpido la serie, en la cual figuran Don Fernando de Castro, el ilustre historiador y orador sagrado; el P. Blanco García, autor de la conocida historia de *La literatura española en el si-*

glo XIX, que aunque tenga sus puntos flacos, es de innegable utilidad; Don Antonio de Valbuena, el mordaz crítico, que ha puesto como no digan dueñas a los académicos y a todos cuantos en sus manos han caído, en forma un poco descompensada; el P. Fr. Juan Fraile Miguelez, autor de una notable obra filosófica y de los contundentes *Cascotes y machaqueos*, enderezados —por aquello de que «donde las dan las toman»,— a Valbuena y *Clarín*; Don Antolín López Peláez, Obispo de Jaca, que ha escrito con profundo conocimiento de materias muy diversas...

Sin acudir a los que han traspuesto las fronteras de la patria chica, hay en León literatos de valía, siendo de notar en ellos la marcada afición a los estudios históricos y arqueológicos; a que sin duda invitan los ventanales románicos de San Isidoro y los platerescos adornos de San Marcos. Don Elías Gago Rabanal, correspondiente de la Academia de la Historia, es autor de unos «Estudios de Arqueología protohistórica y etnográfica de los astures lancieneses», donde realiza profundas investigaciones sobre la antigua Lancia, situada en las laderas de Villasabariego; Don Matías Lafuente, en su folleto *Guzmán el Bueno*, ha examinado al héroe de Tarifa desde el punto de vista histórico, militar y político; Don José González, joven catedrático del Seminario, tiene una preciosa *Historia Eclesiástica*; Don Matías Rodríguez, profesor muy ilustrado, autor de obras didácticas, se ocupa en reunir los anales de la gloriosa Astorga; Don Severo Gómez Nuñez escribe sobre Ponferrada, su patria. No es leonés Don Juan Eloy Díaz—Jimenez, director del Instituto, que ha enriquecido la historia de esta comarca con magistrales obras de bibliografía, paleografía y arte; pero lo es Don Eloy Díaz—Jimenez, hijo del anterior, que ha escrito un interesante opúsculo sobre «La Casa de los Guzmanes.»

Don Honorato García Luengo es autor de un

folleto sobre "León y su provincia en la guerra de la Independencia española", y de notables artículos y poesías; pinta con mucha verdad las costumbres regionales (ejemplo, el artículo *Los luches*).

Ilustre crítico é investigador de nuestra historia literaria es Don Marcelo Macías, catedrático del Instituto de Orense, que con la publicación de un cancionero inédito y con sus variados y hondos trabajos, ha logrado merecido renombre. También cultiva la crítica el bañezano Don Gaspar J. Pérez, que en *El Comercio*, de Gijón, y en otros muchos periódicos ha realizado una labor seria y concienzuda; su discurso sobre *Galdós dramaturgo*, es de los que honran a un crítico. Grandes cosas prometía Clemente Bravo prematuramente muerto, director que fue de *El Campeón* y que —por ser discípulo de *Clarín*,— firmaba sus críticas con el seudónimo de *Clarinete*. Su prosa era vigorosa y enérgica.

Orador de talla, articulista en la prensa, Felix Gordón Ordás ha demostrado también sus aptitudes en la novela. En el género de los cuentos literarios se distingue igualmente Doña Dolores Gortazar, profesora muy culta, que últimamente ha probado sus fuerzas en el teatro, con excelentes resultados. Alfredo López Núñez, director de *El Porvenir de León*, publica en este periódico muy amenos artículos y poesías, y su hermano Alvaro cultiva así mismo la literatura.

Otro hermano de estos dos escritores, Augusto López Núñez —y entramos en los poetas— hizo popularísimo su seudónimo de *Clotaldo*. En *El Día de Palencia*, de que fué director, y en los periódicos de León, insertó *Clotaldo* numerosas poesías festivas con el título de "Música", escritas con mucho gracejo. Era poeta de fértil ingenio y de mucha facilidad, aunque algo incorrecto. Sus obras se han publicado, como folletín encuadernable, en *El Porvenir de León*. Parecido género cultivaba Mariano

Rodríguez Valbuena, que con el seudónimo *Grisóstomo* publicó en *El Mensajero Leonés* numerosas poesías de gran ingeniosidad.

También ha muerto hace poco tiempo Isaac Martín Granizo, cuyos versos festivos merecen especial mención. Ya en el tomo *Cantos y Cuentos* con prólogo de Valbuena, reveló Martín Granizo sus cualidades, después plenamente confirmadas. Las poesías de Martín Granizo dejan ver la imitación, tal vez inconsciente, de Sinesio Delgado, del cual es el prólogo al tomo *Desde mi aldea*; y en ellos suele ir unida la fluidez de la forma con la ingenuidad de los asuntos. Tal lo demuestran, entre otras muchas, las que se titulan *En la Arcadia*, *¡Oh el honor!*, *Modernismo*, *Despedida*, y la siguiente, que como muestra copio:

Antes, caro Lupercio, los pastores
por capricho de algunos trovadores
que rondaban las faldas del Parnaso
y a cuyo frente estaba Garcilaso,
tocando el tamboril
al prado conducían su redil,
y tejiendo guirnaldas olorosas
con flores gayas y pintadas rosas,
iban á las cabañas
de las pastoras tímidas y hurañas,
y allí, al son de la flauta y del rabel,
las cantaban endechas á granel.
Hoy ya todo ha cambiado.
Ni flauta, ni zampona, ni cayado
gasta el pastor rural,
y se pasa las horas en el prado
leyendo el folletín de *El Imparcial*

Sin que como prosista sea tan notable Martín—Granizo, su librito *Sin pretensiones*, colección de cuentos sobre episodios estudiantiles, es entretenido; y su “ensayo de novela” *La Cenicienta*—que creo sea lo último que publicó— aunque un tanto candoroso y tocado de inexperiencia, se lee con

agrado por la simpática pintura de *Lancia* y de su romántico gobernador.

Otro malgrado poeta leónés es Alfonso Fernández Casado, que dirigió *El Musel* de Gijón y publicó en 1892 un libro de versos titulado *Incoherencias poéticas*. Fernández Casado sabía pensar hondo, verificaba con corrección, e imitaba con gran acierto a Campoamor en humoraditas como la siguiente:

Por ser la historia criminal ó fatua
y aceptar las conciencias cualquier yugo,
hay estatuas que piden un verdugo
y hay picotas que piden una estatua

De los poetas actuales, he de citar en primer término a Alberto López Argüello. Lástima es que este poeta no haya coleccionado sus poesías, porque las tiene —lo son todas, mejor dicho,— llenas de belleza, rebosantes de inspiración y sentimiento. La sutileza de sus percepciones le permite pasar desde el lirismo más delicado a la energía épica que se complace en invocar los hechos gloriosos de nuestra historia. No es posible expresar con mayor intensidad que lo está en esa hermosa composición titulada *Las llanuras*, —premiada en los Juegos florales de Valladolid—, el sentimiento de la tierra castellana:

¡Las libérrimas llanuras,
las llanuras castellanas!
Tierra augusta del honor y la hidalguía
que hoy te aduermes en tu cuna, silenciosa y veneranda:
Rostro a tierra, mis oídos
han buscado el anheloso palpar de tus entrañas
y han sentido los alientos de tu pecho de infanzona
revolando cadenciosos como brisas de esperanza...

¿Y la forma admirable, estatuaria como el asunto, de esa poesía que se titula *La cantera*, premiada

últimamente en Sevilla? Puede considerarse sin hipóbole como un «monumento al mármol»:

Mármol es la virgen vena que atesora
la gigante vena lóbrega y maciza:
mármol codiciado, roca triunfadora,
puente del olvido, piedra que eterniza.

Y si seguimos examinando las poesías de Argüello, hallamos en *Lira de hierro* estrofas con todo el vigor de antigua armadura férrea que viera el sol de las Cruzadas, y en *El combate* los encantos de un romance castizo, lleno, robusto, y en *El rayo de sol* el misterio todo de las pasadas edades, y en todas las demás poesías, finalmente, los múltiples rasgos de un poeta que *piensa alto, siente hondo y habla claro*. En la plana mayor de los poetas castellanos —pues claro es que no todos los que aquí han ido desfilando tienen el mismo mérito,— debe figurar en primera línea López Argüello.

Otro poeta leonés laureado en Juegos florales, Benito Blanco Fernández, se distingue por su inspiración elevada, su profundidad de concepto y su dicción expresiva y vigorosa; díganlo, entre otras, sus premiadas poesías *A la Patria* y *Al trabajo*, muy bien pensadas y sentidas. Vicente Fernández Alonso, bañezano, versifica con verdadera facilidad, hasta el punto de que sus poesías parecen salidas de la pluma de *un tirón*, y sabe penetrar muy hondo en los lectores; maneja hábilmente la sátira, en particular la política, pero su fuerte está en el género amatorio, donde siempre aparece delicado, insinuante, tierno. Fernández Ballarna domina también la rima con mucha soltura y tiene gran acierto en la elección de asuntos; Lisandro Alonso Llamazares es un poeta a la moderna, y se reveló como tal en los Juegos florales de León de hace algunos años, después de lo cual ha escrito otras poesías buenas; versifica bien y piensa alto, con inspiración. De corte muy original es su poesía *En-*

vío, y especialmente la que le granjeó aquel premio, que comienza:

Iba solo por el mundo, y era fama
que decía mil bellezas,
.que enseñaba mil verdades ignoradas,
que ofrecía mil amores celestiales,
que curaba...

Félix Cuquerella, de Astorga, ha publicado varios libros de poesías, y es un tanto romántico, sentimental, poco intensivo y muy a menudo incorrecto en la forma.

No es mal poeta Flórez Provecho, antes bien suele mostrar rasgos muy felices de imaginación; y en cuanto a José Fernández de la Poza tiene alguna obra dramática, como la titulada *Un diplomático*, de regular mérito.

Palencia cuenta con pocos literatos; pero esos pocos son de valía. Allá en su juventud cultivaron las letras Don Ubaldo Herrera, Don Pantaleón Gómez Casado, Don Manuel Junco y otros varios, pero hoy este número está muy reducido.

Algunos prosistas que en Palencia viven —como Juan Díaz—Caneja, autor de la novela *La cumbre*, de bellísimos cuentos y de notables estudios jurídicos, y como Rafael Navarro, que es un verdadero polígrafo,— no han nacido en la comarca. En cambio es palentino Francisco Simón Nieto, autor de ese admirable libro que se llama *Los antiguos Campos Góticos*, hombre de una erudición extraordinaria en historia y arqueología; y lo es también Matías Vielba, que a parecidos estudios se dedica.

Como poetas, palentino es Sinesio Delgado, el director del «Madrid Cómico», tan popular durante su publicación y tan combatido después. Y me sospecho yo que los que hablan mal de Sinesio Delgado como poeta, no han leído sus versos, ó le juzgan sólo por sus obras dramáticas, no muy afortunadas que digamos.

Porque Sinesio Delgado —no se tome la afirmación a hipérbole— es uno de los más insignes poetas líricos de nuestros tiempos. Si a la parte puramente externa vamos, los versos de Sinesio ostentan una fluidez asombrosa, sin que ella produzca ni el menor asomo de prosaísmo. Y conste que no es él de los que opinan —como no puede opinarlo ningún poeta de corazón,— que la poesía resida tan sólo en la armonía del verso, en *el fiero taratántara*, que diría Lope de Vega.

Por lo cual el autor de *Pólvora sola* procura que sus versos tengan enjundia, y lo consigue siempre. Pocos habrá que hayan dicho *tantas cosas*, bajo la modesta apariencia de «versos de semanario.»

¡Cuántos que se las echan de vates profundos, «felices animae», quisieran un poco de la delicadeza espiritual y del talento poético que a él le sobran! A bien que el maltratado poeta —recio como el terruño de la llanura palentina— podrá siempre enderezarles aquellos versos suyos que empiezan:

Eres un atún, Perico,
mas por eso no te apures,
porque como tú, colean
muchas docenas de atunes,
que entre las olas del arte
saltan, se agitan y bullen,
y hasta suben muchas veces
donde las personas suben.

Hay un poeta palentino muy conocido, y que es tal vez el que en España ha obtenido mayor número de premios en los Juegos florales: Lino González Ansótegui. La labor de Ansótegui es muy fecunda. Tiene varias colecciones de poesías líricas —*Ecos del Carrión, Delirios, Efímeras*, etc,— tiene leyendas y poemas, —*Soledad, La Madre de los desamparados, Covadonga, Alvarez y Gerona*,— tiene obras dramáticas —*El Encubierto, Triunfante, La Virgen del Altozano*,— y, en suma, todo género de producciones poéticas. Dotado de una gran facili-

dad para la rima, su musa recorre los asuntos más opuestos, y ya se le ve, como en *Efimeras*, celebrar un suceso político del día, ya, como en *El Encubierto*, trazar un drama histórico sobre las germanías de Valencia, ya, como en la poesía *A Ceres*, entonar un himno con épicos acentos:

Yo te admiro, blonda Ceres, cuando en tu bondad suprema
con espigas de oro ciñes la magnífica diadema
que recibe de tu frente luminosa el resplandor;
yo enmudezco cuando al solio donde espléndido fulguras,
se remontan escalando tus olímpicas alturas
las estrofas virgilianas del poeta triunfador...

Esta aptitud poética de González Ansótegui parece haberla heredado su hija Cármen González Trigueros. Las composiciones de esta joven poetisa —muchas de las cuales han sido premiadas ya en Juegos florales,— hacen concebir grandes esperanzas para el porvenir.

Otro poeta palentino, joven de muchos alientos, es Mariano Zurita. Granjeóle gran parte de la estima que hoy goza, la composición que empieza así:

¡Vámonos, niña, bajo la parra!
¡Vamos y toco yo mi guitarra
que en cada nota guarda una risa
y en cada risa mil notas de oro...!
¡Vamonos, niña, bajo la parra,
verás qué coro
forman tus cantos y mi guitarra!
¡Verás qué coro!

Esta *Baladina*, efectivamente, tiene mucho carácter, cosa que se observa también en otras poesías de Marciano Zurita, escritas con posterioridad. Indudablemente, este poeta tiene fibra y sentimiento, y cuando esté hecho y haya asentado sus gustos, será uno de los que más honren a Castilla.

Aunque culta por todo extremo, no es Burgos

una de las poblaciones donde mayores aficionados hay a la literatura. No obstante ésto, la lista de escritores contemporáneos es muy brillante, y en ella figuran desde jurisconsultos tan ilustres como Alonso Martínez, el reformador de nuestra legislación, y Martínez Alcubilla, autor del conocidísimo *Diccionario*, hasta humanistas como Pérez de Camino, gran traductor de autores latinos, y Raimundo Miguel, tan celebrado por sus estudios clásicos, ó poetas como Martínez Gómez y Fernández Izquierdo.

En los últimos años se ha despertado en Burgos mucho entusiasmo por los trabajos de erudición, que han originado producciones excelentes. Uno de sus más distinguidos cultivadores es Manuel Martínez Añíbarro, autor de un «Diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos», premiado por la Biblioteca Nacional, A quien desee conocer noticias sobre los autores burgaleses, desde el siglo XIII hasta tiempos muy recientes (puesto que esta obra se imprimió en 1890 y los datos en ella contenidos alcanzan casi hasta esa fecha), remítale al libro de Martínez Añíbarro, que es uno de los más completos en esta clase. No es ésta la única producción de Martínez Añíbarro, pues tiene otras, de asunto histórico, muy interesantes, así como inspiradas poesías.

Don Isidro Gil es uno de los literatos —arqueólogos de *España*— *Sus monumentos y artes*, colega de los Piferrer y los Quadrado. Sus trabajos sobre el templo de San Pablo de Burgos, el castillo de Loarre y el alcázar de Segovia, reúnen a las galas de la forma y el encanto un poco romántico de las descripciones, los profundos conocimientos del técnico. Para completar estas cualidades, Gil domina muy hábilmente el dibujo, e ilustra sus obras con primorosos grabados de su mano.

Anselmo Salvá es hombre de una cultura muy vasta, y que ha escrito numerosas obras (*Burgos a*

vuela pluma, Tipos burgaleses, Cosas de la vieja Burgos, Burgos en las Comunidades de Castilla, El día del Señor en Burgos, Páginas histórico—burgalesas, etc.). Con la misma amenidad nos da cuenta de los privilegios y fueros de Burgos, de las sesiones celebradas por los antiguos municipios burgaleses o de los lances acaecidos en las calles de la vieja ciudad, que nos traza un diseño de ésta en la actualidad.

Otro escritor muy erudito es Eloy García de Quevedo, catedrático del Instituto, autor de un notabilísimo estudio sobre los poetas burgaleses Abad Maluenda y Sacristán de Vieja Rúa, de otro muy concienzudo sobre el antiguo Consulado de Burgos y de una conferencia, dada en el Ateneo de Madrid, acerca de los monumentos de aquella provincia. Particular mención merece también en este punto Don Amancio Rodríguez, sabio sacerdote que en 1907 ha publicado una monumental obra, premiada por la Academia de la Historia, sobre «El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey».

En otra rama de la erudición, no menos árdua, ha trabajado Don Gervasio Fournier, autor de profundos estudios de etnografía y geografía antigua, que han llamado la atención de los sabios europeos, y donde se establecen teorías tan originales como atrevidas. El Sr. Fournier ha explicado no ha mucho en la Universidad Central un curso sobre el pueblo y el idioma vascos.

De los actuales poetas burgaleses, algunos han obtenido los triunfos fuera de su pueblo natal, como son Celso Lucio, José de Laserna y Julio Romero Garmendia. El primero es sobradamente conocido por sus obras cómicas, del género *chico*, escritas muchas de ellas en colaboración con Carlos Arniches. Podrá decirse que los chistes, prodigados hasta con exceso, de estas obras, suelen ser forzados y violentos; pero la verdad es que Celso

Lucio ha dado, con frecuencia, claras muestras de su agudo ingenio.

José de Laserna comenzó a darse a conocer en Burgos por su labor periodística y varias composiciones premiadas en los Juegos florales (1878 y 1882), a lo cual siguió su librito de poesías festivas *¡Lo mejor del mundo!* Había en este librito composiciones de tanto mérito como *El canario automático* (premiada) y *La flamencomanía* (romance facilísimo), que daban a conocer cuánto valía su autor. Por esto, trasladado Laserna a Madrid, bien pronto se abrió paso en la carrera literaria; publicó su libro *Rosa Ligera*, con dibujos de aquel genial caricaturista Angel Pons, y en *El Imparcial* comenzó a escribir sobre crítica de teatros

Julio Romero Garmendia entró en la redacción de «Blanco y Negro» hallándose en la corte como estudiante de Farmacia. Las poesías festivas que publicó en aquella revista, llenas de sal y gracejo, le dieron merecido renombre. Recluido luego en una villa burgalesa, Romero Garmendia abandonó casi por completo las tareas literarias, hasta que recientemente, con beneplácito de todos, las ha reanudado en un periódico de Bilbao.

De los poetas que en Burgos residen, merece citarse en primer término el veterano Jacinto Ontañón, popular en toda la provincia por su periódico "El Papa—Moscas", que lleva 32 años de publicación. Ya en 1867, cuando tenía Ontañón sus 19 años, dió a la estampa su leyenda zorrillesca *La Virgen de las Viñas*, basada en un episodio local de aquel tiempo

en que España
con los moros departía,
y a cada paso añadía
a su blasón una hazaña.

En 1879 publicó un tomo de poesías serias y festivas, titulada *A ratos perdidos*, en el cual, con una

versificación fácil y fluida, se veían las composiciones más variadas, desde el tierno madrigal *A Clori*, hasta las estrofas *A una literata*, donde, después de muy saladas razones, termina diciendo:

Y aunque de poetisas ni poetas
jamás fui consejero,
más vale que dejaras esas tretas,
y la sal con que adobas tus cuartetas
la echaras al puchero.

Después de esto escribió Ontañón cinco obritas cómicas para el teatro, «piezas —como dice Salvá en una silueta que de nuestro autor traza— de buen corte y de buen diálogo, siquiera no muy correcto, de intención, movimiento y efectos, pero que denuncia la inexperiencia ó poca práctica.» Fundado «El Papa—Moscas», Ontañón se entregó a él por completo, llegando en ocasiones a redactarle casi sin auxilio de ninguna otra pluma. Sus famosas *Campanadas* tienen verdadera gracia.

Poetas de mérito son también Juan Albarellos, que de muy joven dió a conocer su potente inspiración con una oda *A Cristobal Colón*, premiada en Valladolid, y escribió después numerosos artículos y poesías, y Manuel Sáinz Celma, autor igualmente de fecundidad.

Miguel Hoyos Juliá, aunque ha vivido casi siempre en Valladolid, y hoy es catedrático en Logroño, nació en Burgos. Tiene un tomito, en colaboración, titulado *Variedades*, donde se ven composiciones muy bellas. Tales son el poema campoamorino *Historia de dos amores*, y las tituladas *El anhelo del enfermo* y *Misterio*. Tiene también Hoyos una novela, *Celia*, de asunto muy dramático e interesante, escrita en suelta y amena prosa. En los periódicos de Castilla hay esparcidos numerosos artículos y poesías de Miguel Hoyos, por todo extremo notables.

Logroño, que en la primera mitad del pasado si-

glo se ufana con el glorioso nombre de Bretón de los Herreros, el preclaro autor cómico, el sin igual versificador, tiene también en la actualidad escritores de mérito.

Si en orden a la prosa es, extiéndose su cultivo a materias muy diversas. Como conocedor de los asuntos regionales, certero investigador de las necesidades del país, tenemos ante todo a *Juan de Vargas*, que en sus artículos de *La Rioja* ha hecho campañas muy brillantes. Filólogo profundo, gran conocedor de nuestros clásicos, es Don Roque Cillero, que amén de poesías muy agradables, ha escrito notabilísimos trabajos de gramática regional, como el titulado *Sorrostrada*, donde estudia el origen y evolución de esta palabra (no exclusiva, sin embargo, de la Rioja, como el Sr. Cillero supone).

Esos trabajos históricos y de investigación, que por fortuna tienen en toda Castilla cultivadores tan laboriosos como beneméritos, tiénelos también en Logroño. Es el primero de ellos, realmente insigne, Don Narciso Hergueta, muerto no ha mucho, que desentrañó como nadie la historia de la Rioja en una labor fecundísima, de que hizo relación en la *Revista de Archivos* su hermano Don Domingo. También éste ha escrito curiosos trabajos sobre folklorismo, y una *Historia de Haro* muy justamente elogiada.

Don Constantino Garrán ha escrito una memoria sobre *Santa María la Real de Nájera* y otros trabajos muy estimados entre los eruditos; Don Ignacio Alonso una *Vida de Santo Domingo* y diversos estudios sobre la ciudad de este nombre; Don Hipólito Casas, rector de la Universidad de Zaragoza, sobre la Virgen de Valvanera y el Beato Hermosilla; Don Esteban Oca una *Historia de la Rioja* que se halla en prensa.

Entre los poetas, nos hallamos en primer término con Cesáreo Sáenz Balmaseda, que en 1902 publicó un libro de versos, *Ecos de la Rioja*, conte-

niendo poesías serias y festivas, amorosas y patrióticas, y algunas traducciones del latín y del francés. De ellas, hay no pocas incorrectas; pero en cambio se encuentran rasgos felices en diversos cantares y epigramas, y en otras composiciones como la *Oda a la Rioja*, donde canta el

jardín florido de la hermosa España,
pintoresco vergel, nido de amores
que en armonía extraña
animan a la par aves y flores.

Mucho más estimable es otra colección poética que con el título de *Riojanas* imprimió Sáenz Balmaseda en 1906. Compónese casi en totalidad de cuentos muy graciosos, de asunto riojano, y de alguna poesía tan ingenuamente sentida como la que se titula *¡Serranita de Cameros!*, que empieza así:

¿Por qué abandonais los montes
de los nativos hogares,
y más anchos horizontes
buscáis allende los mares?
¡Pobres mozos cameranos!
¿Es ingrata vuestra tierra?
¿Son vuestros esfuerzos vanos
en el suelo de la Sierra?
Ansia de gloria y valer
vuestros cerebros excita...
¡Ay, triste de la mujer
recluida en sus linderos!
¡Desgraciada serranita,
serranita
de Cameros!

Julio Santa María, nacido en Santo Domingo de la Calzada, es un cuentista excelente; tal lo demuestra su libro *Cuentos* y el premio que obtuvo en un concurso de "El Liberal". Como poeta, el último año obtuvo en los Juegos florales de Logroño la flor natural; algunas de sus poesías son muy lindas, como la titulada *¡Mi niña*.

Imitador de Gabriel y Galán, acaso con exceso,

es Luis Martínez Pineda. En asuntos —cosas del campo,— y en la forma métrica, Pineda sigue paso a paso al poeta salmantino. Aquéllos y ésta adolecen con frecuencia de vulgaridad; pero tiene tal cual composición de cierta fuerza descriptiva, como la que se titula *Vendimias*, incluida, con otras varias, en el librito *Primicias* (Logroño, 1907).

De mayores vuelos que los poetas citados, me parecen Sabino Ruiz y Alberto Marín, siquiera estén algo contagiados de amaneramiento hoy reinante, que no les permite, como a otros muchos, destacar debidamente su personalidad. Sabino Ruiz, que dirigió la revista «Rioja Ilustrada», sabe componer composiciones de tanto relieve como *La vuelta de los cantares*, donde presenta

La caravana de hombres trabajadores
avanza silenciosa por el camino;
van a las fábricas,
a los talleres,
a los surcos, a los prados, a los cauces de los ríos,
donde limpian fanganosas hediondeces
que han dejado la corriente como limo.

Alberto Marín es de Ezcaray, y versificando como un verdadero poeta y pensando muy hondamente, ha tenido la debilidad de caer en extravíos muy usuales, hablando de Colombinas, y de *toaletas* y de otras cosas por el estilo. Pero como el que tiene algo dentro lo demuestra *malgré lui*, los versos de Alberto Marín son bellos y sonoros aun en aquellos casos en que canta la consabida bohemia:

Por la ventana abierta que da al tejado
entra acariciadora la luna errante,
bañando de alabastro desván humilde,
santuario de sonatas y madrigales.
Paletas y pinturas, violines y arcos,
emborronados lienzos doquiere yacen.
Y los bohemios fuman sus largas pipas,
contemplando del humo los espirales...

Aunque casi siempre ha vivido en Valladolid, riojano es también otro poeta de grandes alientos: Andrés Torre Ruiz. Joven laborioso, dedicado a estudios filosóficos, Torre Ruiz ha publicado un notable libro sobre Federico Nietzsche, donde examina con gran acierto la labor del original filósofo alemán. Como poeta, Torre Ruiz es enérgico, expresivo, de mucho fondo. Ya lo demostraba así su libro *Trébol* (en colaboración), después del cual ha escrito mucho y bueno. La poesía que obtuvo la flor natural en los últimos Juegos florales de Valladolid, sorprende por su variedad de tonos y por su desusada brillantez. El poemita *Schopenhauer* ofrece un misterioso atractivo, con el espectáculo de la típica cervecería alemana, el pintoresco charlar de los escolares y la presencia del viejo filósofo que

recostado,
mientras habla tenaz, fuma su pipa.

Y, en suma, todas las poesías de Torre Ruiz tienen algo señalado, ya canten la

alegre boca de color de fresa
en la que alienta un algo imperceptible,

ya celebren la imponente grandeza de los campos castellanos cuando el sol muere.

Entre los poetas dramáticos riojanos merecen citarse José Remón Vallejo, Angel G. Arbeo y Salvador Aragón. El primero —que también acostumbra vivir en Valladolid— tiene dos obritas cómicas —*Sangre Española* y *El Secretario del oro*,— y muchas poesías líricas. En unas y otras revela mucho gracejo y cierta espontaneidad para la versificación.

Angel G. Arbeo, de Haro, ha escrito un «idilio en prosa» titulado *El Padre Juan*, que responde muy bien a aquella calificación que el autor le adjudica. La figura del bondadoso Padre Juan está bien trazada, no menos que las de la simpática

Aurora y el sincero Antonio, tímido enamorado que al fin ve conseguidos deseos que le parecían irrealizables.

Salvador Aragón ha publicado algunas traducciones y poesías líricas —una de éstas premiada en los Juegos florales de Logroño,— pero tal vez su obra más notable es un drama titulado *La Riqueza*. Despiertan realmente el interés los amores abnegados de María, la niña inocente, y Rafael, el obrero modesto, contrariados por los manejos del duque del Llano; pero en el diálogo se advierte falta de naturalidad y alguna precipitación. El Sr. Salvador ha escrito también un monólogo y varias traducciones de obras francesas, estrenadas en Madrid.

Llegamos a Segovia. Y al hablar de sus prosistas, es necesario mencionar en primer término a Don Carlos de Lecea y García, cronista de la ciudad.

El Sr. Lecea ha enriquecido la historia segoviana con una fecunda serie de obras brillantes (*El Alcázar de Segovia, El Licenciado Sebastián de Peralta, La Comunidad y Tierra de Segovia, La Cueva de Santo Domingo de Guzmán, Apuntes para la Historia jurídica de Segovia, Monografías segovianas, etc, etc*). No es posible, en un trabajo como el presente, hacer el exámen de labor tan importante; pero tampoco se puede prescindir de tributar los debidos elogios al hombre laborioso y de talento, que dedica sus actividades y su erudición profunda a la gloria y engrandecimiento de la ciudad que le vió nacer.

De otros escritores didácticos, son dignos de mención Don Félix Gila, catedrático de la Universidad de Sevilla, autor de una muy útil *Guía de Segovia* y de varios folletos; Don León Martín Peinador, teniente coronel de Artillería, que ha escrito un trascendental y voluminoso libro titulado *Ma-*

rruecos, estudio geográfico—histórico de nuestras posesiones, y otros varios de asunto militar; Don Ildefonso Rodríguez y Fernández, catedrático de la Central, autor, entre otras cosas, de una *Historia de Medina del Campo* muy abundante en datos, pero algo amazacotada por la forma. Don Fernando Rivas, Don Heraclio Serrano Viteri y algunos otros, son también muy estimables; y en cuanto a Don Gabriel María Vergara, que entre sus numerosas obras tiene algunas relativas a la historia y bibliografía de Segovia, no ha nacido en esta región, sino en Madrid.

Entre los poetas segovianos, merecen citarse Vicente Fernández Berzal y más especialmente otro que ha obtenido popularidad muy merecida: José Rodao.

Fernández Berzal ha publicado un libro de poesías, *Brisas del Eresma*, y otro en colaboración con Rodao, *Noche y día*. Su poesía, seria y austera, se basa en las buenas tradiciones poéticas, y es de las que, sin pretensiones ni deslumbrantes galas, producen una impresión viva y honda. En ella acoge Berzal los sentimientos más elevados, y lo mismo enaltece al soldado esclavo de su deber, que se indigna contra las injusticias sociales, exclamando:

Otra historia de llanto y maldiciones...
Y bien, ¿qué importa? ¡La victoria es vuestra!
¡Saciad vuestro apetito, miserables,
que ya el botín en el arroyo espera!

José Rodao, uno de los poetas más simpáticos, está produciendo desde hace muchos años con una fecundidad portentosa. No hay revista, alta o baja, grande o chica, que no lleve versos de Rodao y entretanto todavía le queda a éste tiempo para dirigir la hoja literaria de *El Diario de Avisos*, y para atender a sus ocupaciones oficiales y particulares, y para acompañar solícitamente a toda persona de

letras que a Segovia llega, que, naturalmente, lo primero que hace es preguntar por él.

Desde poemas y leyendas hasta piquetes cómicos y versos para niños, Rodao ha escrito todo género de composiciones; pero su labor principal está contenida en el citado libro *Noche y día*, y en los que se titulan *Polvo y paja*, *Música de organillo* y *Ripios con moraleja*.

No busquemos en Rodao asuntos trascendentales, frases rimbombantes ni siquiera atrevidas innovaciones métricas; su arte, natural y sencillo, se desliza por los cauces clásicos. Pero si queremos deleitarnos con el chiste sano y espontáneo, con la versificación fácil y castiza, a poca costa lo conseguiremos en los versos del poeta segoviano.

Y, burla burlando, Rodao en sus primorosas poesías —que, con apariencia de festivas tienen mucho de morales— sabe establecer la enseñanza inmutable del buen sentido. Por eso sus *Fabulillas*, sin el aparato acostumbrado en el género, tienen, como suele decirse, *mucha miga*. Veáse como ejemplo la titulada *El medio ambiente*:

—¡Pero qué mundo!— decía
una tenca. —No hay un ser
que rinda culto al deber;
todo es maldad y falsía.
El vicio, con su impureza,
mancha a todos por igual,
y no hay virtud, ni moral,
ni dignidad, ni nobleza.
—Yo creo que hay algo bueno;
dijo otro pez; —¿no concibes
la bondad?
—No.
—¿Y dónde vives
que así piensas?
¡En el cieno!

Cuando Rodao echa mano de algún *quid pro quo* o juego de palabras —cosa muy a menudo—,

no lo hace con violencias ni rebuscamientos, sino del modo más natural. Véase la breve composición titulada ¡*Cuántos...!*.

Le rinden adulación,
sólo porque ve la gente
que va a cobrar su cupón
al Banco, trimestralmente.
Yo le detesto, soy franco,
porque me parece un pillo.
¡Ay! cuántos que van al Banco
debieran ir al *banquillo!*

José Rodao, en suma, es uno de nuestros más ingeniosos poetas festivos.

Llama la atención en Avila el gran número que hay de escritores didácticos; a este género se han inclinado los gustos. Y sin embargo, al mediar el siglo XIX produjo aquel delicadísimo ingenio poético de Eulogio Florentino Sanz (nacido en Arévalo), que tradujo e imitó como nadie a Heine, y escribió esa honda producción dramática que se titula *Don Francisco de Quevedo*.

Antes que él, Don Eugenio de Tapia escribió numerosas poesías no exentas de mérito (*Cartas a Sofía, Poesías líricas, satíricas y dramáticas*), así como otras obras de diverso género, con grande fecundidad. Su traducción del *Agamenón*, de Lemerrier, sus demás producciones teatrales —*Idomeneo, La madrastra, El hijo predilecto*, etc— le acreditan como hombre de gustos clásicos, aunque influido por las corrientes ultrapirenaicas de su tiempo. Su *Historia de la civilización española* no pasa de mediana.

Como poetas posteriores a éstos, citaré a Don Jerónimo Lucas, autor de *Granitos de incienso*, y Don Francisco Delgado, que lo es de *Siluetas abulenses*. Ambos escriben versos muy fáciles e inspirados. Don José González Serrano (de Piedrahi-

ta) dió a la imprenta dos excelentes novelas, tituladas *Mercedes* y *Magdalena*.

Entre esos escritores didácticos a que antes me refería, mencionaré en primer término a Don Manuel Foronda, cuyos méritos son bien conocidos. Hombre de una cultura extensísima, el Sr. Foronda ha escrito diversas obras de investigación (*Precedentes de un glorioso reinado*, *La Santa de Avila*, *Las murallas de Avila*, *Estancias y viajes de Carlos V*, etc, etc).

En el mismo concepto debe mencionarse a Don Leoncio Cid y Farpón, que escribió obras como la *Historiografía de España*, *Indices de la Historia de España* y *La conquista de España por los Arabes*, y a Don Juan Martín Carramolino, autor de la *Historia de Avila, su provincia y obispado*, *Epítome historial de la Iglesia*, *Guía del viajero* e *Historia de los Papas*. Don José Mayoral ha escrito *Grandezas de Avila* y *Recuerdos de Avila*, y Don Alfonso Moreno Espinosa —fallecido ha poco tiempo— diversas obras didácticas muy conocidas.

Digno de particular elogio es también Don Valentín Picatoste (nacido en Papatrigo), que en su *Descripción e historia política, eclesiástica y monumental de España* ha emprendido la publicación de preciosos volúmenes, poniendo al alcance de la juventud, en forma muy amena, la historia y geografía de nuestras provincias. Recientemente ha publicado el Sr. Picatoste un libro utilísimo sobre la historia del arte.

Don Juan Guerras Valseca ha escrito, entre otras obras, una interesante *Guía para visitar los monumentos de Avila*, y Don Felipe Robles, filólogo de nota, una *Ortología clásica* justamente elogiada. Conocidísima es también la *Pedagogía* de Don José María Santos.

En Soria, el movimiento literario es muy reducido. Sin embargo, no quiere esto decir que no haya

nombres prestigiosos en la literatura de la provincia, como lo demuestran Gómez de la Serna, ministro de Gracia y Justicia, el Sr. Aguirre, el R.P. Lainez, natural de Almazán, cuyo nombre lleva una calle de esta población, el Venerable Caravantes, paisano de la gran Madre de Agreda, y otros muchos que no hay para qué citar.

Entre los escritores actuales, merece mencionarse en primer término Don Mariano Granados, periodista notable y escritor cultísimo. Poeta y prosista, sus poesías son inspiradísimas y se hallan coleccionadas en un bonito libro titulado *Al amor de la lumbre*.

El P. Conrado Muiños, Agustino, es un poeta cuya fama ha traspasado los límites de la provincia, siendo sus poesías muy conocidas en toda España. Su estro es valiente, quintanesco, y ha producido obras de tanto empuje como la oda *A las ruinas de Numancia* y la leyenda *La batalla de Acinas*. Blanco injustificado de las iras críticas de *Clarín*, no por eso se amenguó su bien adquirido prestigio. Tiene cuentos de gran amenidad, y su novelita *Simi la Hebrea* se lee con mucho agrado.

El general Don Juan José García, escritor satírico en sus trabajos periodísticos, y hombre de gran cultura, tiene dadas algunas obras al teatro, pero con especialidad se ha dedicado a estudiar las bellezas naturales del país, describiendo con hermoso estilo los más bellos paisajes de la provincia y muy principalmente los de la zona de pinares. Sus observaciones están recopiladas en un libro titulado *La laguna negra*, en el que describe los gigantescos picos de Urbión y sus sombrías lagunas en las que algunos geógrafos señalan con marcado error el nacimiento del río Duero. Sus descripciones son verdaderamente fantásticas, y el libro uno de los mejores que se han escrito en este género.

Don Silverio Martínez de Azagra es notable escritor satírico y poeta de altos vuelos. Tiene una

colección de poesías inéditas, pero que según mis noticias se propone publicar muy en breve. Ha escrito dos obras teatrales. *El siglo de las luces*, en que ridiculiza los adelantos y progresos modernos, y *El tributo de sangre*, satirizando el servicio militar obligatorio.

Don Benito Artigas, periodista de nota, ha escrito dos obras para el teatro: el monólogo *Autor laureado* y el drama *Neurastenia*, representados con muy buen éxito en los teatros de Soria y Barcelona.

Don Pedro Ibañez Gil, cantor de las glorias provinciales, y especialmente de Burgo de Osma, ha descrito con muy bellos colores los monumentos artísticos de esta población y sus hermosos edificios, como la catedral con sus diferentes estilos, el Hospital, joya del tiempo de Carlos III, y el Hospicio, hermoso edificio en el que descuellan la mole inmensa de la torre que encierra el cadáver del obispo Don Pedro Agustín de la Cuadra.

Don Pascual Pérez Rioja, director del *Noticiero de Soria*, ha fundado con Don Juan José García la notable revista titulada *Recuerdo de Soria*. Esta revista (que es un verdadero folleto) se publica una vez al año en la fiesta de San Saturio, patrón de la ciudad, y en ella se conmemoran las tradiciones y recuerdos históricos de la provincia, mediante la colaboración de los más distinguidos escritores de la provincia.

Don Antonio Pérez Rioja ha escrito en un librito la *Historia de Numancia*, y Don Bonifacio P. Rioja un folleto sobre Tirso de Molina.

Dignos de mención son varios escritores fallecidos ya, pero que han vivido en los últimos tiempos del siglo pasado y en los albores del XX. Entre éstos hállase Don Segundo del Hoyo, uno de los mejores poetas y prosistas sorianos, que se hacía notar principalmente por su delicadeza y sutil ironía. Tenía reunidos muchos datos inéditos para la pu-

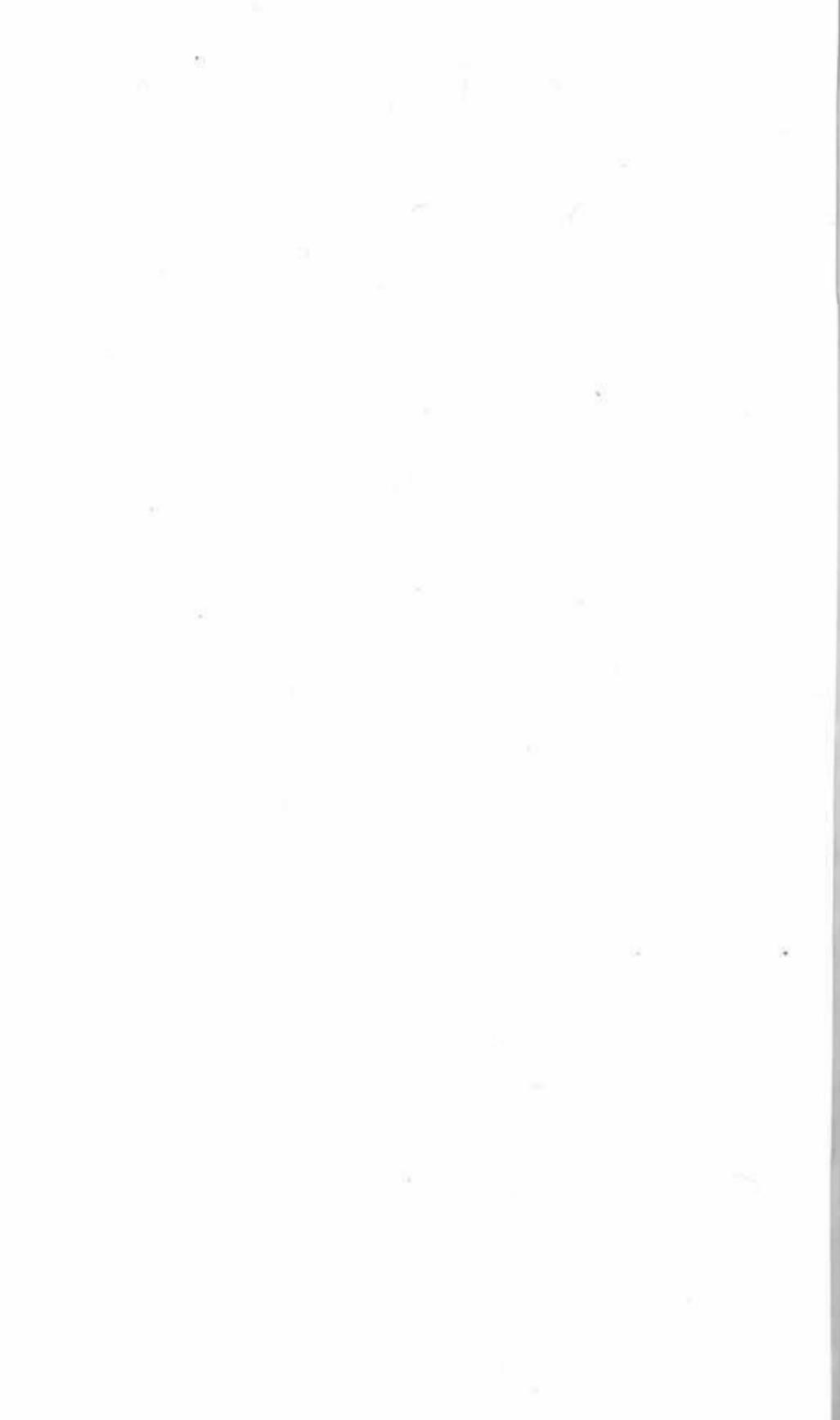
blicación de un libro sobre crítica literaria, pero le sorprendió la muerte sin poder realizar su deseo.

Don Nicolás Rabal fué catedrático de Retórica del Instituto, y hombre muy sabio. En la obra «España. Sus monumentos y artes», escribió el tomo correspondiente a la provincia de Soria. Dió al teatro varias obras dramáticas, pero su principal producción es la *Historia de Soria*, que constituye un verdadero arsenal de noticias para todos los que deseen conocer datos sobre la historia de la provincia.

Don Antonio Pérez de la Mata, también catedrático del Instituto, dió a la estampa varios libros de filosofía y otro defendiendo con gran brillantez la pena de muerte. También fué literato muy estimado Don Ricardo López, secretario del Gobierno Civil de Madrid y gobernador de varias provincias.

Periodistas los hay muy notables, y entre ellos merecen citarse Carrillo de Albornoz, Gómez Santacruz, León del Río, Luis Posada, Manuel Hilario Ayuso, Cecilio Núñez, Joaquín Arjona, etc, que creo no tengan publicado ningún libro.

Y he aquí, a paso de carga, el cuadro de la literatura regional castellana.



Manuel del Palacio

I

La Academia Española ha tenido el buen acuerdo de iniciar una *Biblioteca* de clásicos modernos con las poesías escogidas de Manuel del Palacio. Va al frente de ellas un prólogo muy notable de D. Jacinto Octavio Picón, que en pocas páginas deja cabal y exactamente definida la personalidad literaria de aquel poeta.

En este tráfago incesante de la vida, cada vez más confuso y agitado, se borran rápidamente las figuras de más relieve, para dar lugar a otras que ocupan la escena con no mayor persistencia. La fama y el renombre son hoy cosas muy efímeras. Suelen acabar cuando la vida del individuo, y a veces antes que ella.

Manuel del Palacio jugó un papel importantísimo, no sólo en la poesía, sino en la política y el periodismo del siglo XIX. Hoy —¿cómo no?— se conserva su memoria, y en especial los hombres doctos tienen perfecta idea de su valer; mas su persona y obras no son tan conocidas del público en general como deberían serlo.

No creo, pues, que esté de más dedicar unas páginas a la vida y obras de aquel insigne escritor.

Simón del Palacio, padre de Manuel, fue un soldado de la madera de los guerrilleros. Había nacido en Rabanal del Camino, provincia de León. Sus padres, que eran labradores, intentaron dedicarle a la carrera eclesiástica, para lo cual le pusieron en un convento de Astorga; mas él, no conforme con tales propósitos, separóse de su familia cuando tenía diecisiete años, y sentó plaza en el regimiento de Borbón. Entrando bien pronto en campaña, en 1798 luchó en las Baleares contra los ingleses, que le hicieron prisionero.

Al llegar el año memorable de 1808 era ya sargento. En las calles de Madrid combatió denodadamente el día 2 de mayo; contribuyó a la defensa del Parque; vio caer heridos a Daoiz y Velarde, y, por último, hubo de rendirse en poder de los franceses. En un primoroso relato de su hijo Manuel, titulado *El Sargento Simón*, puede verse cómo milagrosamente se salvó entre un grupo de patriotas que fue arcabuceado.

Simón del Palacio se lanzó nuevamente con ardor a los campos de batalla. Estuvo con el duque de Alburquerque en Uclés y Medellín, y, herido y prisionero en este último punto, logró mañosamente fugarse; con el ejército de Castilla la Vieja asistió a la batalla de Almonacid, donde recibió otra herida; y en la de Ocaña, tan desastrosa para nuestras tropas, cayó de nuevo prisionero, acribillado a sablazos.

En estado grave quedó el sargento Simón en el hospital de Yepes; mas todavía tuvo fuerzas para escaparse en la misma noche de su ingreso, refugiándose en casa del médico titular del pueblo. Cerca de un año tardó en curar, y apenas se vio sano corrió a incorporarse a los ejércitos. «Presentóse —dice un fragmento de su hoja de servicios que nos da a conocer su hijo Manuel—, a D. Juan Martín *el Empecinado*, y éste le destinó, en la clase de sargento primero que tenía, a voluntarios de

Madrid, por su nueva creación, y con él se halló en las acciones siguientes: en la de Priego, el 24 de febrero de 1811; en la de Molina de Aragón, el 9 de marzo; en Somosierra, el 18 de mayo; en el Puente de Revenga, el 10 del mismo, y el 11 en el Real Sitio de San Ildefonso, en donde entró con 40 hombres de su compañía, y después de tres cuartos de hora de fuego, y las bocacalles tomadas para impedir su salida, a más de haber perdido algunos hombres, fue herido de tres balas: la una le entró por el carrillo izquierdo y salió por el derecho; otra quedándose debajo de la quijada, y la tercera que le rompió el dedo pulgar de la mano izquierda, y todo sin desamparar un solo día ni su cuerpo ni su compañía. Se halló en la toma de la guarnición de Calatayud; en los ataques de 26 y 28 de octubre en Cubillejo de la Sierra; en los del 6 y 7 de noviembre en la Almunia, y toma de su guarnición, la que condujo a Alicante en número de 220 soldados y tres oficiales, con sólo 40 hombres de su compañía, por medio de los muchos obstáculos que se le presentaron en el camino, por ser la época en que los enemigos intentaban tomar a Valencia. Y últimamente, en todas cuantas expediciones y encuentros ha tenido dicho *Empecinado* hasta el 27 de febrero de 1812, que fue hecho prisionero en el ataque del Rebollar de Sigüenza a la cabeza de su compañía, y conducido a Francia.»

Al quedar libre, siguió prestando sus servicios militares, ya con el grado de teniente. Residió principalmente, según parece, en Cataluña. En 1821 se hallaba en Barcelona y pertenecía al regimiento de Soria. Diez años después le encontramos en Lérida.

En Lérida nació, a 25 de diciembre de 1831, su hijo Manuel (1). Este, en la autobiografía que precede a su libro *Doce reales de prosa y algunos versos gratis* —donde equivoca también el año—, nos dice que nació en Nochebuena, y así lo hace nue-

vamente constar en los versos preliminares de *Chispas*:

De la guerra por azar
Y de mi estirpe el segundo,
En Lérida vine al mundo
Sin poderlo remediar.

Pues de la humana batalla
Al conocer la extensión,
Arrojando el biberón
Hubiera dicho: ¡otro falla!

En Nochebuena nací,
Y entre placeres y penas,
Sesenta y dos Nochebuenas
Han pasado sobre mí.

De igual modo lo dice en las interesantes *Páginas íntimas* que publicó en *El Imparcial*, agregando lo siguiente: «... catorce días después abandonaba yo el país, yendo a la retaguardia de una columna en persecución de los carlistas, a ratos en brazos de mi madre, a ratos sobre una acémila y metido en unas aguaderas, sirviéndome de contrapeso un hermano mayor, que me llevaba 18 meses, y que había nacido a su vez en Palma de Mallorca.»

Poco después de nacer Manuel, su padre, ya retirado, fue destinado a desempeñar en la provincia de Soria los cargos de tesorero de rentas y comandante general de la Milicia Nacional. Varios años permaneció en Soria la familia, en los que Manuel, muy niño aún, hizo sus pinitos literarios.

Tendría Palacio sus nueve años, cuando celebró el feliz término de la guerra civil en unas estrofas que fueron en Soria muy aplaudidas. Cierta literato anciano, después de hacer que el niño recitase los versos en una tertulia, le sentó sobre sus rodillas y exclamó efusivamente: ¡Ni Garcilaso! «Tardé bastantes años —escribe Palacio— en conocer la importancia de aquel elogio y la gravedad de tal herejía.»

Muchacho al fin y al cabo, el incipiente poeta pagó con una trastada los entusiasmos del buen señor. Había éste compuesto una comedia romántica, que fue representada en el coliseo de Soria por una compañía de cómicos de la legua, y que sufrió un fracaso tremendo. Llevaba el triste autor el apellido Bazán, y se decía descendiente del gran don Alvaro, marqués de Santa Cruz. Días después de estrenada la comedia, circulaba de mano en mano, escrito por Manolico Palacio, el siguiente paralelo entre el marino y el poeta:

Los dos con distintos planes
Lograron iguales fines;
Uno fue honor de Bazanes
Y el otro honor de Ba...

Poco después, D. Simón fue trasladado con el mismo empleo a Valladolid, donde le hallamos por 1843. El mismo Manuel, en la citada autobiografía de *Doce reales de prosa*, va a decirnos algo de estos primeros años:

Sería el mil ochocientos
Treinta y tres o treinta cuatro,
Cuando vi la luz en Lérida
En Nochebuena y nevando.
Militar era mi padre
Que luchó desde muchacho
Con los ingleses primero,
Poco después con los galos,
Con la facción de Navarra
Desde que salió a los campos,
Y con el destino siempre
Que dio a su sangre mal pago.
El ruido de los combates
Me arrulló en mis tiernos años,
Armas mis juguetes fueron
Y mis niñeras soldados.
Ya terminada la guerra
Buscó mi padre descanso,
Y en pluma trocó la espada
A despecho de su mano.

De mi infancia venturosa
Fue Soria primer teatro,
Y Valladolid más tarde,
Donde estudié con aplauso
Latín y filosofía,
Ciencias físicas y cálculos.
Llegué a bachiller, aún niño,
Otros estudios dejando,
Y la Coruña guardóme
En sus muros meses varios,
En que aprendí algo de Náutica,
Un poco de artes de ornato.
Casi nada de comercio
Y mucho de picos pardos.
Salté a Madrid muy en breve,
Que no fué pequeño salto
Para corrido en galera
Y rara vez cuesta abajo...

En La Coruña hizo ensayos en el periodismo; pasó a Madrid en 1846, y cuatro años más tarde publicó sus primeros versos en un semanario de Ventura Ruiz Aguilera, titulado *Los Hijos de Eva*. En el prólogo a *Cien sonetos* cuenta Palacio cómo sucedió esto. Oigámosle:

«Hay en la calle del Correo una tienda de dos puertas, que hasta hace poco era despacho de diligencias y transportes (2). En este despacho, y encargado de la contabilidad, pasaba yo mi vida en los primeros meses de 1848. Una tarde, como todas, me hallaba sentado detrás de la barandilla del escritorio, mientras otro empleado anotaba los viajeros y encargos que llevaban, cuando dos individuos de buen aspecto, pero no de lujosa apariencia, vinieron a interrumpir mi ocupación. El objeto que les traía era consignar para Salamanca, si no me engaño, un pequeño paquetito. El dependiente lo anotó en seguida en el libro, y yo proseguí escribiendo en el mío. Porque yo escribía también; pero no en el libro Mayor, ni en ninguno de los de cuentas, sino en un viejo volumen encuadernado

en pergamino y con un papel moreno muy a propósito para borradores. Y lo que yo escribía eran versos.

Antes de entregar la peseta o dos pesetas, valor del porte del paquete, el escribiente preguntó, como era de rigor, al consignatario:

—¿Me quiere usted decir su nombre para anotarlo en el recibo?

—¿Mi nombre?, ¡ah! sí; perdone usted; estaba distraído; Eulogio Florentino Sanz.

Y en seguida añadió, volviéndose a su acompañante:

—Parecen versos lo que está escribiendo ese muchacho.

Aquel nombre y estas palabras fueron para mí una revelación.

—Caballero, me atreví a balbucear; son, en efecto, renglones cortos que aspiran a ser versos.

Entonces el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que acababa de estrenarse por aquellos días, y a quien abrumaban por consiguiente los elogios y los aplausos, me miró bastante descaradamente, a decir verdad, murmurando:

—Si no temiera ser indiscreto, yo le diría a usted si lo son.

Y a través de la pequeña balaustrada, alargó la mano hacia mi libro.

Yo se lo di con orgullo y temor al mismo tiempo; temor, por la lectura; orgullo, por el lector.

Florentino y su amigo recorrieron en pocos minutos bastantes hojas del infolio que estaba ya a punto de concluirse. Por fin se detuvieron, y leyeron una misma composición dos o tres veces; después, devolviéndome el libro, me preguntó el primero:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel del Palacio, respondí con la misma turbación que si estuviera delante de un juez.

—No he oído ese nombre en mi vida, replicó, lo

cual me prueba que no ha escrito usted nunca para el público.

—Así es en efecto, señor Sanz.

—Muy mal hecho, exclamó casi en tono de comprensión.

—Y yo, ¿qué le he de hacer? murmuré con acento de disculpa.

—Lo que ha de hacer usted es copiar estos versos, éstos que se titulan *La flor de mi esperanza*, y llevármelos esta noche al café del Príncipe; ¿sabe V. dónde está?

—Sí, señor: no he estado nunca; pero ¿no he de saber el café donde se reúnen los poetas?»

Así fue como poco después la poesía de Palacio se publicaba en *Los hijos de Eva*, periódico dirigido por Ventura Ruiz Aguilera, y precisamente en el mismo número en que se daba a conocer como poeta D. Antonio Cánovas del Castillo (3). Bien pronto fue Palacio amigo de casi todos los literatos que frecuentaban el café del Príncipe, como García Gutiérrez, los Asquerinos, Retes, Manuel M. de Santa Ana, Teodoro Guerrero y otros muchos.

En 1850 pasó D. Simón del Palacio a Granada, como Tesorero de Rentas, y con él fue su hijo Manuel, que de este modo vio realizada una de sus mayores ilusiones «de viajero y poeta». A poco de estar en la ciudad granadina trató de fundar un periódico literario y satírico, juntamente con un su amigo, oficial primero de la Tesorería; pero cuanto pudieron hacer los dos periodistas noveles fue publicar el prospecto, porque el gobernador accidental de Granada, D. Ignacio José Escobar, luego marqués de Valdeiglesias, impidió la salida del periódico. Este conato de publicación dio origen a lo que el propio Manuel del Palacio cuenta en los siguientes términos:

«Había yo escrito, para el prospecto de la malograda revista, cuatro o seis octavas reales, que venían a ser la presentación del lego "Gusarapo" y el

programa de lo que pensaba hacer con o sin permiso de su maestro, amigo y superior. No guardo memoria de tales octavas, y estoy muy lejos de creer que fueran buenas; mas de seguro no estarían mal medidas: tendrían calor de juventud y de entusiasmo, y quién sabe si algo del espíritu zumbón y malicioso que a Dios le plugo darme como antídoto a mi credulidad y mi benevolencia. Ello es que hallándome una tarde en la librería de Zamora, entró en ella un individuo deslavazado de figura y mugriento de traje; cuya cabellera y bigotes daban indicios de hallarse divorciados del peine, y cuyos pantalones con flecos, debían haber servido a un militar, pues ostentaban hacia las costuras unas tiras o franjas de color más oscuro que el resto. El individuo en cuestión saludó afectuosamente al librero, clavó en mi una mirada impertinente y se puso a hojear los papeles y libros que llenaban el mostrador. Yo seguía con curiosidad sus movimientos, y sin saber por qué, me estremecí cuando le vi coger el prospecto de "Fray Chirimiqui".

—¡Hola! —dijo con voz aguardentosa—: ¿periódiquito tenemos? Oye, Pepe, ¿de dónde y de quién viene este papelucho?

—Pues, chico, no lo sé —contestó el librero—; creo que es anónimo, pero léelo y dime lo que te parece.

—¡Voy allá! Así como así, no tengo nada que hacer y puedo echar un rato a perros.

Quise aprovechar el momento para marcharme, pero Zamora, con un guiño y una sonrisa, me detuvo. El lector se acercó a la puerta, buscando luz, pues parecía andar tan mal de vista como de ropa, y de pronto, y a continuación del más expresivo de los ternos, exclamó:

—¿Quién es el que ha escrito aquí estas octavas reales, si no he sido yo?

—¡Ah! ¿no fuiste tú? Pues no siendo tú, ¿quién será? —murmuró el librero con sorna.

—Cualquiera que sea, merece ser amigo de Manuel Fernández y González.

Senti que una ola de alegría se desbordaba en mi pecho, y no como explosión de vanidad, sino como un himno de gratitud, brotaron de mis labios estas palabras:

—No se lo diga usted a nadie, pero el autor de estas octavas que han tenido la fortuna de agrandar a usted, soy yo, señor Fernández y González; yo, pobre versificador, que me honro saludando al gran poeta.

—Pero, de veras ¿tú has escrito eso, muchacho? —gritó Fernández, poniendo sus dos manos sobre mis hombros.

—Sí, viejo, sí, yo lo he escrito —contesté, haciendo esfuerzos para no soltar la carcajada.

—Pues tú eres mi amigo, y para sellar esta amistad, vamos a tomarnos juntos una copa de ron, y me dirás como te llamas.»

Por entonces quedó constituida la famosa *Cuerda granadina*, en que figuraron unos cuantos hombres cultos y alegres, como Alarcón, Pablo Notbeck, Ronconi, Mariano Vázquez, Moreno Nieto, Castro y Serrano, Salvador de Salvador, Manuel del Palacio, etc. Los socios de la *Cuerda* lo mismo organizaban funciones de arte y poesía, que alborotaban con sus diabluras las calles de la ciudad o realizaban una excursión, jinetes en lucidos asnos, a los cármenes granadinos. «Todos —escribe Manuel del Palacio— constituyeron los famosos *nutdos* de la cuerda granadina; nombre que aceptaron por cariño y gratitud al suelo que fue manantial de sus inspiraciones y teatro de sus aventuras y glorias, pues algunos, acaso los más, no habían visto la luz en Granada. Fernández y González era sevillano; Notbeck ruso, Moreno Nieto extremeño, Dutel francés, Sorokin polaco, Pérez Cossío cartagenero, Ronconi veneciano, yo catalán, y cada uno

hijo de su padre y de su madre, como suele decirse vulgarmente.»

También nos dice Palacio el origen del nombre *Cuerda granadina*, asignado a tan simpático grupo. Tenía éste sus reuniones en casa de Mariano Vázquez, músico de mérito excepcionalísimo, que bien pronto había de revelarle en la corte; y en aquella especie de academia no sólo se escuchaban con religioso silencio las melodías de Schubert, las sonatas de Beethoven, las óperas de Mozart y Glück, la música sagrada de Palestrina y Palacios, sino que se gozaban las primicias de cualquier obra pictórica o literaria a que los artistas granadinos dieran remate. «Siguiendo la costumbre —escribe Palacio— de ir juntos a todas partes donde tocaran a divertirse, ocho o diez de los nuestros fuimos al teatro una noche en que se estrenaba, si no recuerdo mal, un drama de Gómez Matute, no sé si *El Cuadrillero* o *Pedro Ponce*, pero que el público esperaba con interés, pues verdaderamente tenían un encanto singular las producciones de aquel escribano que sabía sacar, de entre el polvo de los protocolos y la prosa de los legajos, caracteres llenos de pasión y de verdad, y pensamientos como éste que basta para retratar a un personaje:

Tan desdichado nací
y fue tan negra mi suerte
por donde quiera que fui,
que ando buscando la muerte
y huye la muerte de mí.

«Era grande la concurrencia y estrecho el callejón de las butacas, y al penetrar en él lo hicimos en fila y agarrados de la ropa como si temiéramos perdernos. Entonces de uno de los palcos plateas ocupados por señoras, salió una voz que, dominando los rumores de la sala, exclamó:

—¡Ahí va la cuerda!

Corrieron estas palabras de boca en boca, y quedó bautizada nuestra agrupación.»

Cada uno de los individuos o *nudos* de la cuerda tomó un mote, basado en circunstancias diversas. A Ronconi, cuya fortuna era pingüe, le llamaron *Ropones*, apodo de un borracho muy popular; a Moreno Nieto, *el Maestrico*, por su vasto saber; a Fernández y González, que tenía bien acreditada su inspiración, *el Poetilla*; a Pérez Cossío *el doctor Malatesta*, por haber hecho este papel en una comedia de Enriqueta Lozano; a Fernández Jiménez, *Ibón*, por titularse así uno de sus dramas, y así por este estilo todos los demás. A Manuel del Palacio le adjudicaron el de *Fenómeno*. ¿Por qué razón? Por un don singularísimo con que le había favorecido la naturaleza, que sirvió, hábilmente utilizado, para eximirle del servicio militar, y que consistía en leer a cualquier distancia, colocado el escrito en cualquier posición, y del mismo modo en una habitación casi a oscuras que en pleno medio día y después de contemplar el sol cara a cara durante unos minutos (4).

«Una vez conocida y propagada —agrega Palacio— la personalidad de la *Cuerda*, no tardó ésta en ensanchar su esfera de acción y convertirse en elemento indispensable en todo y para todo. La cuerda representaba en el Liceo, discutía o improvisaba en la Academia de Ciencias y Literatura, abastecía el Teatro, dominaba en el periodismo, y desde los documentos oficiales hasta las *carocas* del Corpus, todo era obra de nuestra pluma o producto de nuestra actividad. Y aparte de estos trabajos que pudiéramos llamar serios, ¡qué de bromas agudas o picantes, qué de expediciones artísticas, de festines babilónicos, de espectáculos no vistos ni previstos! Ya era una serenata a nuestras novias, precedida por quince o veinte mozos de cordel que llevaban cuatro pianos en los que los maestros ejecutaban piezas selectas en medio de la

calle; ya alegres y animados coros con letra de nuestro agrado; ya marchas triunfales como la organizada una noche a la salida del teatro en honor de un artista a quien llevamos a cenar a la Alhambra, a la luz de las antorchas, metido en la desvenijada litera de *La pata de cabra* y escoltado por todos nosotros, jinetes en sendos burros y ostentando en la diestra estandartes y lanzones de guardarropía.»

Cuando Ronconi, el famoso cantante se estableció en Granada, su singular atractivo y posición independiente le erigieron de hecho en jefe de la *Cuerda*, y en su carmen de Buenavista, vecino a la Alhambra, tuvo aquélla su principal centro de reunión. No dejaron por eso los alegres cofrades de frecuentar la casita de Mariano Vázquez, en la calle de Recogidas, ni la fonda de San Francisco en la Alhambra, que el vicepresidente de la *Cuerda*, Pablo el Ruso, llegó a habitar solo, después de unas fiestas reales que duraron cinco o seis días con sus noches (5).

Manuel del Palacio recuerda varias veces con cariño a sus compañeros de la cuerda: al susodicho Pablo Notbetk, pródigo y generoso en sus caprichos; a Ronconi, en quien el genio artístico corría parejas con la bondad (6); a Fernández y González, cuyas genialidades podrían llenar muchos pliegos (7); a todos los demás, en fin, que fueron sus compinches de armas y fatigas. Rafael Contreras dirigía el periódico *La Constitución*; Alarcón trasladaba de Cádiz a Granada *El Eco de Occidente*; coleccionaba Soler sus *Tradiciones granadinas*; daba principio Castro y Serrano a su inconclusa novela *La casa de los deseos*; llevaba el propio Palacio la dirección de *El Granadino*, y todos ellos, en fin, rendían culto al arte y a la belleza. En cierta ocasión llamó el prelado de la diócesis a Palacio, para que rectificara una noticia publicada en *El Granadino* sobre la sustracción de varias alhajas en

la catedral, y el periodista se presentó, como a la sazón era uso corriente, luciendo su capa torera y su calañés.

Cuando las circunstancias obligaron a aquellos hombres a tomar diferente rumbo, la *Cuerda granadina* se disolvió. Alarcón, Fernández y González, Castro y Serrano, Riaño, Moreno Nieto, Pérez Cossío, Mariano Vázquez y Manuel del Palacio se trasladaron a la corte, y precedidos ya de cierta reputación, bien pronto consiguieron brillar en las letras, en las artes, en el periodismo, en la cátedra, en el parlamento.

* * *

En los primeros días de septiembre de 1854, la *Cuerda granadina*, o por lo menos sus principales nudos, soñaron con sentar sus reales en Madrid, en busca de empresas magnas. Y dicho y hecho: sin más capital que el de sus ilusiones ni más recursos que los de su juventud, a la corte marcharon Castro y Serrano, José Vázquez, su hermano Mariano, Fernández Jiménez, Pérez Cossío, Pedro Antonio Alarcón y Manuel del Palacio.

¡Triste calvario el de los conquistadores del ideal! ¡Días eternos de infructuosas pesquisas, de esperanzas deshechas, de fieros desengaños, de hambre y agotamiento! Los de la *Cuerda* se instalaron en un sotabanco de la calle del Mesón de Paredes, y gracias a su buen humor y a sus pujantes arrestos juveniles, supieron ir triunfando de muy duras pruebas. Cuéntase que más de un día aquellos privilegiados ingenios se vieron sometidos a dieta forzosa, y que en situación tan ingrata se distrajeron preparando travesuras por el estilo de las que inventaran en Granada.

En un sotabanco frontero tenían sus viviendas dos personajes del mismo gremio: Luis de Eguílaz, el aplaudido autor de *La cruz del matrimonio*, y Diego Luque, el popular novelista y crítico que

usó a veces en sus escritos el seudónimo de *El cura de Argamasilla*. En su sotabanco recibían estos dos inseparables camaradas la visita de no pocos amigos, entre ellos Antonio de Trueba, Luis Mariano de Larra y los hermanos Hernández Amores (Antonio, Germán y Víctor).

La proximidad de habitación y la identidad de aficiones, hizo que bien pronto fraternizaran los de uno y otro sotabanco. Todos unidos establecieron una tertulia en el *Café de la Esmeralda*, y allí intimaron con otros literatos jóvenes y bulliciosos que redactaban el memorable periódico *La Iberia*: Carlos Rubio, Gaspar Núñez de Arce, Juan de la Rosa González, Manuel Llano y Persi, Ventura Ruiz Aguilera.

Con tales amistades, los de la *Cuerda granadina* pudieron ir afirmando su situación. Quién más, quién menos, todos consiguieron sueldo en la redacción de algún periódico.

Fue entonces cuando aquel enjambre de literatos y artistas formó en la calle de Lope de Vega la *Escuela de Rada*, bajo la dirección del gran crítico de arte Cruzada Villamil. Allí aprendieron a tirar a la espada española, y allí tuvieron amenas tertulias literarias, con té y pastas que Cruzada Villamil, más adinerado que sus colegas, costeaba siempre.

Para Manuel del Palacio empezó una época de actividad febril. Fue redactor de *La Discusión* (1858), de *El Regulador* (1859), de *El Nene* (1859), de *El Pueblo* (1860); director de *Nosotros* (1858-59), de *El Mosquito* (1864-65) (8), de *El Comercio* (1864), órgano este último de la *Casa Banca de Madrid*. Colaboró en otros muchos y arregló a la escena española operetas extranjeras. En 1864, y en la autobiografía puesta al frente de *Doce reales de prosas y algunos versos gratis*, decía lo siguiente:

Si quisierais más detalles,
Sabed que he sido empleado,

Que he tenido mis apuros,
Que pude ahogarme en el Tajo.
Que soy pobre y que lo siento
Por cien motivos que callo,
Y que hoy día de la fecha
Vivo casi de milagro,
Pues he podido morirme
Como se han muerto otros tantos,
Siendo redactor de *El Pueblo* (9),
Telegrafista honorario,
Arreglador de zarzuelas
Con ingreso en los teatros,
Socio de algunos liceos,
Profesor en ditirambos,
Amigo de todo el mundo
Y apreciable literato,
Como me han dicho cien veces
En letras... que yo no cambio.

Corresponde a este periodo casi toda la labor literaria de Palacio como periodista político. Pocas veces ha adquirido en España un escritor satírico la popularidad que dieron a Palacio las *orientales* de *La Discusión*, los partes telegráficos en verso insertos en *El Pueblo*, los mil artículos que de su pluma salieron, muchas veces para ser denunciados. Convengo en que de haber escrito Palacio estos trabajos solamente, su nombre no hubiera pasado a la posteridad; pero no puedo convenir en que esto se debiera a la falta de mérito de tales pasatiempos. Ahora, claro es, no apreciamos exactamente su valor, porque ha desaparecido el influjo de la actualidad, se ha desvanecido el alcance de las alusiones, personajes y sucesos han perdido su relieve; de modo que, aun conocidos los pormenores que motivaron cada rasgo satírico o epigramático, nos ha de dejar fríos la referencia a hechos que, si entonces eran de interés palpitante, y acaso de importancia capital para la política, hoy se han mezclado en la inmensa hacina de lo pasado. Negar, sin embargo, su mérito, sería tanto como ne-

garle a las comedias de Aristófanes o a las *Coplas de Mingo Revulgo*.

Hay que suponer, por de contado, que tales escritos tengan un intrínseco valor literario, como le tienen los de Palacio. El gracejo, la espontaneidad, la donosura, campean en todas aquellas satirillas, escritas como a vuela pluma y sin más trascendencia que la de poner un comentario al suceso saliente del día.

Sirvieron de blanco a Manuel del Palacio todos los políticos militantes, y en especial los de la *Unión Liberal*, como O'Donell, Narváez, D. Pedro José Pidal, Posada Herrera, etc.; con lo cual, si consiguió que el aura de la fama le acariciase gratamente, se acarreó no pocos disgustos y sinsabores.

El más grave de todos ellos fue el que le produjo, en agosto de 1861, una composición titulada *Ellos y nosotros*, en que dirigía una pulla sobradamente atrevida a Pérez Negrete, ministro de Gracia y Justicia. Formósele causa, y pudo, por de pronto, escapar a la prisión con que le amenazaban. Así, bajo el título de *No entro por uvas*, decía días después:

Negrete, he estado en un brete;
si no soy un caballero
me llevan al Saladero:
Dios te lo pague, Negrete.

Mas no vaya a disgustarte
ver que tan dichoso fui;
si no me llevan allí,
me llevarán a otra parte.

Y juro por Belcebú
que con mucho gusto fuera
a cualquiera... sí, a cualquiera...
donde no estuvieses tú.

Condenáronle, no obstante, a destierro de Madrid por veintiséis meses. Durante varios días el

tema de su destierro le sirvió para escribir versos llenos de gracejo. Hacía cálculos sobre su porvenir y se prometía un feliz viaje:

Yo, aceptando las promesas
de cien amigos corteses,
pasaré veintiséis meses
en París con las francesas,
y en Londres sin los ingleses.

Y escribiré desde allí
tanto verso y tanta prosa
a la unión que combatí,
que por medida juiciosa
me habrán de volver aquí.

Opúsose a la sentencia, y defendióle en la Audiencia Cristino Martos; pero en definitiva se confirmó la pena de destierro. Entonces se despidió de sus lectores en los siguientes versos:

¡YO VOLVERE!

BALIDO

Lectores, no lloréis; si el hado triste
me obliga al fin a un cambio de cuartel,
aunque dure la unión lo que durare,
¡yo volveré!

Niñas, que mis romances perfumabais
sólo con recitarlos una vez,
me alejo de vosotras, mas ¡qué diablo!
¡yo volveré!

Necios en cuya espalda dejé escrito
de mi justicia el testimonio fiel,
mientras de España profanáis la tierra,
¡yo volveré!

Amigos, que jamás me habéis negado
consuelos, y caricias, y placer,
estad aunque me marche muy tranquilos;

¡yo volveré!

Prados, colinas, apacibles ríos,
sitios donde corriera mi niñez,
si he de encontrar mi tumba entre vosotros,
¡yo volveré!

Recuerdos que en el alma llevo impresos,
esperanzas que allí guardo también,
aunque al volver os trueque en desengaños,
¡yo volveré!

Unión que de mi mal la causa fuiste,
si te he de hallar cadáver al volver,
para escupir tus restos insepultos
¡yo volveré!

Un oportuno indulto evitó la partida. No por eso cejó en sus acometidas a los de la Unión Liberal; y en su epístola a Eduardo Ruiz Pons, que le había invitado a pasar en Génova el destierro a su lado, hizo noble alarde de su inquebrantable rectitud y honrada independencia:

¡El destierro! ¿Qué me importa?
Para el hombre que trabaja,
que al cielo eleva su frente
y en su conciencia lo abarca;
para el que dio cuanto tuvo,
lo que hoy acaso le falta,
y de su deber esclavo
vivió una vida sin mancha,
¿qué es el destierro? Lo mismo
bajo el techo de su casa
que en las campiñas de Roma
o en los desiertos de Arabia,
en el aduar del gitano
y en el sollado del nauta;
en la mansión opulenta
como en la humilde cabaña,
será siempre el que lo sufra
honrado, si su honra guarda;
criminal, si en esa senda
le lanzó su suerte infausta.

La mayor parte de sus poesías políticas de esta época están contenidas en un libro así titulado: *De Tetuán a Valencia haciendo noche en Miraflores. Viaje cómico al interior de la política* (1865). Juntos aparecen así los comentarios a la vida política de los años 1856-1864, tan fecunda en sucesos y tan propicia a la censura festiva. Se explica que lectores entregados, como buenos españoles, a la politiquilla en cuerpo y alma, leyeran con fruición composiciones como los *Juicios del año* o la *Invocación*, o aquella de *El fiscalito*:

Saturnino, Saturnino,
Saturnino Bugallal,
¿cuándo dejas tu destino,
tu destino de fiscal?

Ya me tienes tan cargado,
tan cargado de razón,
que tu lápiz encarnado
me ha encarnado el corazón...

Como, a la vez que estos versos de actualidad, publicaba Palacio en los periódicos otros puramente literarios, de mérito sólido y permanente, los coleccionó en 1864 bajo el título de *Doce reales de prosa y algunos versos gratis*. Allí hay cuentos tan interesantes como *El ángel bueno*, *El gaitero de Arganda*, *Dieu protege la France*, *Un drama en Sierra Morena*; artículos de costumbres como *No como en casa*, *La calle de Alcalá*, *Después de un baile*, *La musicomanía*; pasatiempos como *El mes de mayo*, *El 13 de Junio*, *La pluma*, *La mujer*, *Los años*, *Un vaso de agua*; relatos tradicionales como *La cueva de Zampona* y *La cruz de Quirós*; amenidades históricas como *Un príncipe artista y un artista príncipe*, *Numancia*, y sobre todo *El sargento Simón*, en que, gallardamente referido, aparece un episodio militar de Simón del Palacio, padre de nuestro poeta. Hay también una serie de *Pensamientos* muy sustanciosos, como puede juzgarse por la siguiente muestra:

En la escala de las pasiones humanas, cuesta menos trabajo llegar a la cúspide que subir el primer escalón.

Sucede con las obras de ciertos autores con lo que con algunas mujeres: o se las comprende a primera vista, o no se las comprende nunca.

El miedo, lo mismo que el valor, ha producido muchos héroes.

Figura también en este libro el *Discurso humorístico* que Palacio pronunció en un banquete dedicado por varios escritores y artistas a D. José de Salamanca, y que tantas imitaciones tuvo después. Es algo así como los *Disparates* de Juan del Encina, puestos en prosa y perfeccionados. A título de curiosidad, véase el comienzo:

SEÑORES:

En el puchero de los tiempos acaba de ponerse en infusión una idea nueva. En el terebinto de la historia arde hoy más viva que nunca esa luz apócrifa de los hechos, que lo mismo ilumina los oscuros desvanes de la conciencia, que alumbra los extraviados senderos donde la humanidad, como otro Leónidas, espera hallar su paso de las Tresmilpilas.

Esa idea y ese hecho son la necesidad que existe de una unión, verificada, no ya por medio de la inteligencia, sino por medio de los estómagos.

Yo desearía ser un energúmeno frágil y virtuoso; desearía poseer una voz dulce y lánguida como la de un perro de presa para eructaros todos los pensamientos hiperbólicos que aquella idea hace fermentar en mi imaginación, caliginosa de suyo; pero ya que esto no sea, ya que mis palabras hayan de perderse como esos fuegos fastuosos que se levantan alrededor del catreflaco del mundo antiguo, permitidme al menos lanzarme en el áspero camino de la teología ecuestre, recordando aquellos versos de un poeta:

*Non possis oculo clarius contendere linceus,
non tames idcirco contemnas lipus inungi.*

Señores: atravesamos una época de grandes esperanzas y de mayores desengaños. Un grito que todos los la-

bios exhalan en silencio, pero que se delata en los corazones como el carácter de un volcán comprimido, se deja oír desde las nevadas cumbres del Apetito hasta la Arabia Petra; desde las riberas del Hilo hasta el río de las Amassordas. Ese grito, que conmueve a un tiempo la columna del Véndome y la cúpula del Vatecano, es el grito de la nueva generación, que llora sus dolores, y que después de haber pasado por todas las pruebas, desde el suplicio de Tiéntalo hasta la roca de Sisefué, siente el gusano de la deuda que devora su alma como el buitre de la micología devoraba las entrañas de Prometerlo...

Cierran el libro muy bellas poesías. Cincelaba ya Palacio los sonetos en la forma que había de darle lugar preferente entre los mejores sonetistas castellanos, y así hallamos algunos como el siguiente, titulado *Tristeza*:

Dentro de mí te escondes enemiga
y mi aliento emponzoñas con tu aliento;
tú conviertes en pena mi contento
y mi reposo cambias en fatiga.

Cual madre que rencor tan sólo abriga,
nutres mi corazón de sentimiento;
pero mi voluntad vence a tu intento
y tu constancia mi dolor mitiga.

Cruel eres conmigo, y yo te amo;
soy de ti tan celoso, que quisiera
del mundo a las miradas esconderte;
cuando de mí te ausentas, yo te llamo;
sin ti mi vida el ocio consumiera;
por ti pienso en la vida y en la muerte.

La incansable laboriosidad de Palacio daba también al teatro obras varias, adaptaciones en su mayor parte de zarzuelas u óperas extranjeras (10). Era un buen recurso para servir música de allende los Pirineos con letra castellana.

Trajo, pues, a nuestra escena el *Don Bucéfalo*, de Cagnoni, con el mismo título, y *Il ritorno di Columella*, de Ricci, con el de *La vuelta de Columela*; hizo letra para la música de *Stradella* y *Marta*, de Flotow, cuya parte dialogada corrió respectiva-

mente a cargo de Luis Rivera y Emilio Alvarez; e idénticamente acomodó al castellano con Rivera *Crispino e la Comare*, de Ricci, bajo el título de *El zapatero y la maga*, y con Alvarez *La reina Topacio*, a que puso música D. Manuel Fernández Caballero (11).

Cabe aplicar a todas estas adaptaciones las palabras que D. Manuel Cañete escribía cuando muchos años después, en 1887, estrenó Palacio en el teatro de la Zarzuela el arreglo de *Dinorah*. Eran estas:

«El propósito de dar al libreto de *Dinorah* condiciones de zarzuela, cosa menos fácil de lo que algunos se figuran, requería, para no fracasar, que lo llevase a cabo un ingenio de buen gusto y conocedor de los misterios de nuestra lengua, sobre todo por la grandísima dificultad de adecuar en estilo poético letra española al diálogo musical, digámoslo así, del gran maestro berlinés. Del modo que ha realizado tan arduo empeño la maestría con que versifica Manuel del Palacio, podrán los lectores formar idea por las breves muestras que incluyo al pie de estas líneas.

En el coro de introducción hay esta estrofa, que parece nacida espontáneamente más bien que sujeta de antemano a la ineludible exigencia de determinado ritmo:

La sombra en el cielo
Ya tiende su velo;
Del monte vecino
Se borra el camino:
Cabrillas gentiles,
Buscad los rediles,
Que pronto la noche
Callada vendrá.
Pastor, a tu choza,
Que errar se ven ya
Enanos y brujas
De aquí para allá.

Tra la la
Tra la la...» (12)

No es, en efecto, frecuente que en los cantables de las zarzuelas modernas, siempre descuidados y muchas veces disparatados, se encuentren trozos como los que cita Cañete de *La Romería de Ploermel*, o como estos otros de *Stradella y Marta*:

Junto a la fresca orilla
del Tiber encantador,
felicidad sencilla
me brindará el amor.
Bello país de Roma,
cielo que adoro ya:
ya aspiro en ti el aroma
de dulce libertad.
Pronto del himeneo
la dicha gozaré;
sólo la paz deseo
al lado de mi bien.

Testigos sed de mi alegría,
cantad mi amor, gozad mi bien,
montes do nace la luz del día,
jardín que el pecho trocó en Edén.
Libre y feliz, en dulce calma
vida dichosa encuentro aquí,
paz y consuelo para el alma
que a Dios ha tiempo le pedí.
Dejé la cárcel que habitaba;
puedo vivir en libertad;
goce por fin el alma esclava
dicha y placer, ventura y paz.

¡Oh natura
que a mi amor
grata ofreces
fruto y flor!
Dame siempre
tu favor
y tu ambiente
seductor.
Lirio y rosas
por doquier,

sean emblema
de mi fe.

Todo canta en torno mío:
ondas, flores, viento y sol,
iris, nubes, bosque y río;
todo el alma dice amor.

CORO.—Como siente el cazador
del cuerno al rumor
crecer su valor,
le sentimos nosotras igual,
y el golpe mortal
será la señal.

Y a par de aquellas cazas mejores
nos proporcionan los cazadores
que nuestros ojos amantes ven
y luego caen a nuestros pies.

NANCY.—Yo disfruto también su alegría:
la tristeza a cantar no llegué.
Ni un suspiro exhaló el alma mía:
¡suspirar a veinte años! ¿por qué?
Pero siento una voz interior,
lejano clamor
que me habla de amor;
y es tal su armonía
que pienso en rigor

.que amor es mi delito mayor, etc.

Limitada casi siempre a estos arreglos líricos la intervención de Palacio en obras teatrales, ni pudo manifestarse en tonos más delicados, ni había de tener gran trascendencia en la bibliografía de nuestro poeta.

En aquella larga y activa campaña publicó también Palacio la *Función de desagravios que hace en obsequio de las bellas artes un acólito del templo de las letras*, conocido en el siglo por Manuel del Palacio (1862); el *Museo Cómico* (1863) y *Cabezas y calabazas* (1864), ambas en colaboración con Rivera; *El amor, las mujeres y el matrimonio* (1864) y *La situación, los partidos y otras menudencias* (1865).

La *Función de desagravios* es un curioso folleto

relativo a la exposición de pintura de 1862. Palacio era un buen aficionado a la pintura. Como recordaba en una poesía de 1861, en su infancia había cultivado las artes del dibujo:

O mi niñez recordando,
que tan lejana no está,
paisajes y figuritas
me dedicaré a pintar,
que por malos que ellos sean
no lo serán mucho más
que los que pinta un alteza
a quien no quiero nombrar (13).

Hizo, pues, una crítica en verso de los principales cuadros presentados en aquella exposición, con tanto gracejo como acierto. Véase, por ejemplo, lo que escribe de Carlos Haes, y dígase si no está fielmente expresada la virtud artística de aquel maravilloso paisista, cuyos cuadros guardan —a lo menos para el alma del que escribe lo presente— la infinita poesía de la naturaleza:

Cielo, sol, ambiente, sombra,
misterio, frondosidad,
del bosque la soledad,
de la pradera la alfombra:
todo en tus cuadros se ve,
y es tal su verdad, que infiero
que por verlos sin sombrero,
un jueves, me constipé.

Y por eso en mi presencia
dijo de ti un andaluz
ésta que huele a sentencia:
«Quien así copia la luz,
la tiene en su inteligencia.»

Los dos tomos del *Museo cómico o Tesoro de los chistes* constituyen, como dicen Palacio y Rivera, una abundante «colección o almacén, depósito o lo que ustedes quieran de cuentos, fábulas, chistes, anécdotas, chascarrillos, etc.» Ninguno de ellos lle-

va firma; pero ya confiesan los recopiladores que su procedencia es varia. «Sus autores —dicen— no se han parado en barras, como verá todo el que no esté ciego. De los libros antiguos y modernos han sacado todas las flores del espíritu, con otras suyas, y las que han robado a sus amigos, formando este ramillete que ofrecen a la risa voraz de nuestros contemporáneos.» En efecto, desde Calderón y Moreto hasta Hartzenbusch, Villergas y Miguel de los Santos Alvarez, figura con sus cuentecillos y epigramas muchedumbre de ingenios nacionales. Hállanse también en el *Museo cómico* parte de las semblanzas que luego habían de entrar en *Cabezas y calabazas*, entre ellas las escritas por Narciso Serra.

Libro de hábil y ameno acopio es también el titulado *El amor, las mujeres y el matrimonio*. Se trata de una colección copiosísima de pensamientos referentes a lo que el título del libro indica, de autores antiguos y modernos, españoles y extranjeros. «Copiando —dice Palacio— de uno y otro libro; acomodando a nuestra idea esta o la otra frase, añadiendo de vez en cuando un pensamiento original, hemos llegado a formar este volumen, especie de Diccionario, en que están definidos los sentimientos y las afecciones humanas, por doctores muy entendidos seguramente en la materia.» Es, como puede suponerse, un repertorio curiosísimo, en cuya preparación —aunque tuviera a la vista algún libro extranjero de la misma índole—, hubo de emplear Palacio minucioso trabajo.

De cuantos libros de semblanzas, así en verso como en prosa, se han escrito en nuestra patria, ninguno ha adquirido quizá tanta fama como *Cabezas y Calabazas*, de Manuel del Palacio y Luis Rivera (14). Verdad es que ninguno como él colma las medidas en el género. Un simple plumazo, una alusión intencionada, un equivoco o un juego de palabras, bastan a Palacio y Rivera para trazar

airosamente la caricatura de cada personaje. La abundancia y variedad de figuras era propicia para dar gusto a lápiz: la sociedad madrileña de escritores, artistas y *tutti quanti* era, acaso más que nunca, abigarrada y pintoresca. Podían lucirse, pues, tales caricaturistas.

He de trasladar aquí algunas de las semblanzas, para aunar el recuerdo de los retratistas y el de los retratados:

APARISI GUIJARRO (ANTONIO)

Es a un tiempo reaccionario
y profeta y visionario,
ora niña, ora varón;
es, cuando canta, un canario,
y cuando come, un gorrión.

ALCALÁ GALIANO (ANTONIO)

¿No dicen que la elocuencia
embellece mucho al hombre?
Pues por su cara, Galiano,
tiene poco de Demóstenes.

CASTELAR (EMILIO)

Es demócrata y moral,
pone al pueblo en movimiento
su elocuencia original,
haría un gran general...
pero dentro de un convento.

LÓPEZ DE AYALA (ADELARDO)

El tanto por ciento, Ayala
como literato ha hecho,
pero como hombre político
siempre hará el tonto por ciento.

OLÓZAGA (SALUSTIANO)

Por su palabra discreta
llegó a alcanzar sobre todos
fama de orador completa.
Un trago y una chuleta
le hacen hablar por los codos.

PRIM (JUAN)

Gran corazón, buena espada,
pero espíritu agitado
que jamás se fija en nada;
hace más que otro soldado
si le dan mayor soldada.

ESCRICH (ENRIQUE PÉREZ)

Es un modesto escritor
que pasa días felices
persiguiendo con ardor,
en el monte, a las perdices,
en Madrid, al editor.

VALVERDE (BALBINA)

Eres joven, y haces siempre
de vieja con gran aplauso;
las viejas que yo conozco
hacen todo lo contrario.

Aunque picantes y retozonas, no suelen llegar a mordaces las semblanzas de Palacio y Rivera. Más lo son las que en uno de los apartados del libro — el de *actores y cantantes*—, intercaló Narciso Serra, ya entonces enfermo y abatido (15).

El día 3 de noviembre de 1864 salió al público el primer número de un periódico festivo, redactado por Luis Rivera, Roberto Robert, Manuel del Palacio y Eusebio Blasco, que había de alcanzar desusada fama entre los de género. Claro es que aludo al *Gil Blas*.

La ocasión era propicia para intentar semejante empresa. Habían aparecido en aquel mismo año otros periódicos satíricos, como *El Escorpión*, *El Murciélago*, *El Chubasco*, *El Tío Vivo* y *El Pastel*; pero no lograban despertar grandes entusiasmos en la opinión. *El Mosquito*, que el mismo Palacio dio a la publicidad desde el 1.º de octubre, tuvo mejor aceptación. No obstante, el único periódico que lograba sostener un considerable número de lectores,

era *El Cascabel*, que Carlos Frontaura, manteniéndose en el tono festivo más bonachón e inocente, publicaba desde 1863. Faltaba, pues, algo de la índole del *Gil Blas*.

Sobre la aparición y éxito del *Gil Blas* nos proporciona Eusebio Blasco variados detalles. Véanse a continuación los de más interés:

«El *Gil Blas* a su aparición produjo un verdadero escándalo, y a dos reales el número se vendieron treinta mil ejemplares del primero. Había larga cola de curiosos en la Carrera para ver el ejemplar expuesto en la librería de Durán, hoy librería de Fe. Leído hoy no parece que hubiera motivo para tal éxito, y es porque hoy se escribe con tal desenfado y con violencia tal, que la gracia de entonces parece hoy sosera.

»*El Padre Cobos* fue el periódico destinado a matar a los gobiernos liberales del bienio; y el *Gil Blas* fue el periódico destinado a matar a los gobiernos reaccionarios del último período del reinado de Isabel II... Luis Rivera, redactor de *La Discusión*, escritor modesto, traductor de piezas y zarzuelas, asiduo al rincón aquel del Suizo que ya conocéis, pensó en hacer un poco de dinero en lanzar aquel semanario. Entonces el semanario verdaderamente popular era *El Cascabel*, de Frontaura, muy gracioso, muy a propósito para divertir a las clases medias, pero sin intención política, sin deseo de demoler. Rivera buscó para hacer su papel hebdomadario a tres amigos y un dibujante. De los tres amigos, dos eran ya populares, Manuel del Palacio y Roberto Robert. El tercero era yo, que no había publicado aún con mi firma más que poesías, un tomo de versos, folletines sin importancia. Rivera me protegió autorizándome a hacer cuanto quisiera y firmarlo, y me nombró secretario de la redacción para responder de todo lo no firmado, según lo exigía entonces la ley...

»El dibujante era Ortego, ya muy conocido por

sus obras en *El Museo Universal* y en las entregas de las novelas. Este se encargó de inaugurar en España el reinado de la caricatura, y comenzó a popularizar la figura de Narváez vestido de gitano y con un sombrero de catite, y la de O'Donell con unas piernas sin fin y un cirio en la mano...

»El *Gil Blas* fue quien dio más vapor, popularizó la revolución naciente, y la prueba de su éxito la tenemos en que hubo día de venta en que recaudó veinte mil reales de números sueltos, y en que Luis Rivera a su muerte dejó más de ochenta mil duros.

»Se leía en todas partes, se hablaba de aquel periódico en los salones y tertulias de la época y se hablaba con cierto espanto casero, y parecía como que los periódicos y los periodistas daban miedo. De demagogos eran tratados aunque viniesen de campos reaccionarios.» (16).

Palacio sembró el *Gil Blas* de *Melodías bufas*, letrillas, romances, fábulas y sobre todo sonetos. De éstos, no obstante, los que mayor resonancia tuvieron fueron las *Semblanzas*, insertas por su mayor parte en *El Imparcial*, y en que, con viva mordacidad, sacó a plaza a los más notorios personajes. Véase como muestra la de Ferrer del Río:

Tradujo a Beranger cuando era mozo,
y una historia escribió de cabo a rabo;
para tomar las once toma un pavo,
se duerme andando, y ronca sin rebozo.

Tiene la anchura del brocal de un pozo,
imita en su resuello a un toro bravo,
y de fijo tuviera, a ser esclavo,
la caldera del gas por calabozo.

Nadie hay que por su genio no le inciense;
mas dio un drama del Principe a la escena
y se oyeron los gritos en Orense;

de lo cual yo deduzco, no sin pena,
que no existe un autor que mejor piense
sumando lo que come y lo que cena.

¿Y quién no tiene noticia de los famosos *sonetos*

filosóficos, invención de Palacio, que produjeron una epidemia de malas imitaciones? Necesitan en verdad los tales sonetos tener mucha gracia para que el lector, después de recorrer en serio unas cuantas consideraciones, reciba sin desagrado al final una —como dicen— *salida de pie de banco*. Prototipo en el género son los dos siguientes de Palacio (números 30 y 31 de *Gil Blas*):

Pasó ya la estación de los amores
y la edad de los sueños placentera;
pasó la deliciosa primavera
y con ella los frutos y las flores.

Pasarán de la suerte los favores
y de la vida la gentil quimera,
como pasan, cruzando por la esfera,
relámpagos de fuego brilladores.
También pasaron los instantes puros
en que el alma a sus dichas no halló tasa,
ni vio para su afán diques ni muros.
Todo al cabo pasó: sólo no pasa
una moneda falsa de dos duros
que tengo hace tres meses en mi casa.

¿La veis? Blanca es su tez como la nieve,
negros sus ojos, sus mejillas rosa;
como la palma del desierto airosa
se columpia al andar su talle breve.

Siempre que hacia el jardín su planta mueve
en ella va a libar la mariposa,
pues niña tan gentil y tan hermosa
ni ha existido jamás, ni existir debe.

Pródiga en ella unió naturaleza
los cien tesoros que guardaba en vano,
ingenio, juventud, gracia y belleza.

¿La veis? Pues maldecid al hado insano,
que esa mujer, portento de belleza,
se suena las narices con la mano.

En 1865 coleccionó Palacio sus poesías políticas de los ocho años precedentes, en un libro así titulado: *De Tetuán a Valencia haciendo noche en Miraflores. Viaje cómico al interior de la política*. Tam-

bién, a fines del mismo año, en relación con los planes revolucionarios del general Prim, hizo un viaje a Cádiz, que él mismo nos refiere en un artículo de *Páginas sueltas*. El día de Nochebuena, y cuando se disponía a emprender una aventurilla amorosa, recibió una visita del general Milán del Bosch, el cual le hizo saber que Prim deseaba hablarle. Presentóse Palacio a Don Juan, y como resultado de la entrevista partió aquella misma noche para la ciudad andaluza. No se preparaba mal el asunto, aunque D. José González de la Vega, en quien Prim fiaba, esquivó el cuerpo disimuladamente; pero la prematura intentona de Prim en Aranjuez, hizo fracasar todo el proyecto de insurrección.

Palacio, pues, siguió sus celebradas campañas en *Gil Blas*. A causa de haber contraído su madre segundas nupcias, después de prolongada viudez, decidió establecerse con independencia, y tomó, en efecto, una casa en la calle del Ave María. Allí se dedicó a escribir asiduamente, «sin más compañía —dice él— que un ama de llaves de dieciocho años y una maritornes de cincuenta».

Era en 1867 gobernador de Madrid D. Carlos Marfori, a quien Palacio conocía desde Granada. Parece que Marfori no veía a Palacio con buenos ojos, y que, disgustado por los saetazos de que *Gil Blas* le hacía blanco, resolvió sentar la mano a su antiguo amigo. Ya en el carnaval de aquel año avisaron a Palacio de que intentaba prenderle el gobernador, y se libró paseando con un disfraz y en coche por el Prado; mientras que Rivera, no tan avisado, cayó en manos de la policía, y Blasco tuvo igualmente que andar a salto de mata. Pasó aquel chubasco, sin embargo, y ya Palacio y sus amigos andaban libremente por las calles de Madrid, cuando se acercó para nuestro poeta un peligro más grave. Motivo para ello fueron unos versos satíricos que infundadamente —según propia

declaración—, se le atribuyeron; «versos —dice él— doblemente indecentes, porque sobre ser indecentes eran anónimos».

La noche del 25 de mayo se estrenó en el teatro de la Zarzuela la obra *Don Pedro Calderón*, de Patricio de la Escosura. Al final del segundo acto salía Palacio a felicitar al autor, cuando se encontró con Narciso Serra, quien le hizo saber que un polizonte le buscaba las vueltas. No hizo Palacio gran caso del aviso. «Llegamos —dice— al saloncillo, donde ya había corrido la noticia, siendo muchos los que me rodearon para aconsejarme. Salas y Gaztambide proponían que no saliera del teatro, seguros de que escondido allí era imposible empresa dar conmigo. Algarra me brindaba su estudio de la calle de San Agustín, al que me llevaría disfrazado a las altas horas, dándole aviso al Conde de San Luis, vecino y propietario de la casa. Hasta hubo quien inició la idea de organizar una ronda que armándose en la guardarropía cerrara a cuchilladas con los polizontes si éstos esperaban en la calle el término de la función.»

A todo se negó Palacio. A la hora acostumbrada se trasladó a su casa, y por aquella noche nadie le molestó; mas a la siguiente mañana presentáronse en su casa dos agentes. Y entonces pasó lo que relatan los siguientes versos:

Tranquilo se hallaba y libre,
hasta donde puede estarlo
un hombre de su calibre,
cuando fueron a sacarlo
del lecho en que reposaba
a eso del amanecer.
Y sin decirle una frase,
como aquel que en el sainete
apaga la luz y vase,
le pillaron entre siete
y dieron con su persona
en un coche de alquiler.

Pronto las brisas suaves
que vienen de las afueras,
y el gorjeo de las aves,
y la voz de las lecheras
que venden en las esquinas
líquidos al pormenor,
le enteraron del destino
y dirección que llevaba;
y al acabar el camino
vio, sin sorpresa, que estaba
enfrente del Saladero
y al lado de un inspector.

Abrió las puertas un mozo
tan esbelto como rudo,
y en el mismo calabozo
que ilustrara Cabezudo
y otros muchos *literatos*
de su vuelo y su magín,
allí fue donde metido
me tuvieron largas horas,
dulcemente entretenido
repasando las *doloras*
que llenaban las paredes
de castellano y latín.

Renuncio a pintar los goces
de aquellas horas felices,
aturdido por las voces,
blindado por las narices
para evitar los efluvios
de la atmósfera local;
dormíme a muy poco rato
sobre la tarima dura,
y fue mi sueño tan grato
que aun evoco su dulzura,
como el niño que recuerda
la paliza maternal.

Después, y a los pocos días,
dio el tren en Cádiz conmigo.
¡Adiós, muertas alegrías!
¡Adiós, seres que bendigo!
El fardo de mi existencia
va a pasar a otro almacén.

A América destinado
va por mi contraria suerte,
mas si no llega averiado,
y no llegará, que es fuerte,
acaso, cuando allá vuelva,
lo paguen algunos bien. (17)

El día 30 de mayo, a las dos de la tarde, zarpó, en efecto, de Cádiz el vapor de la Trasatlántica *Infanta Isabel*, en que Palacio marchaba desterrado a Puerto Rico. En las *Páginas sueltas* y en los versos de *Un liberal pasado por agua* pueden verse noticias de este viaje. En el mismo vapor iban, y con Palacio compartieron los ocios de la navegación, el coronel D. Pedro Caso, desterrado de Valladolid a Canarias, y el general D. Rafael Primo de Rivera, a quien, bajo pretexto del nombramiento de segundo cabo, se enviaba también a Puerto Rico por razones políticas. Palacio, por encargo expreso de D. Antonio López, mereció todas las consideraciones por parte del capitán del buque.

En la mañana del 14 de junio ancló el *Infanta Isabel* en la bahía de San Juan de Puerto Rico. En el desembarcadero esperaban a Palacio algunos buenos amigos, que le hicieron un cariñoso recibimiento: Mariano Gómez, médico militar; Elicio Berriz, comandante de Artillería; el canónigo Pedro Llorente; el Marqués de Camposanto y José María Valverde, magistrados de la Audiencia; Antonio Quintanilla, juez; y Pablo Camacho, que había ido a la escuela con Palacio en Soria. Con ellos había otras muchas personas deseosas de conocer al redactor de *Gil Blas*.

Acompañado por un ayudante del Capitán General, D. José María Marchesi, se presentó Palacio en la Fortaleza. Marchesi lo recibió afablemente, y le hizo saber que era libre para andar a su antojo por toda la isla, siempre que no saliese de ella.

La sincera amistad de Mariano Gómez obvió a Palacio todas las dificultades que en país descono-

cido podían presentarse a un desterrado: le dispuso una habitación junto a la suya en el Hotel del Universo; le dio una llave de su mesa de escritorio, para que dispusiera de cuanto dinero le fuere preciso, y asiduamente le llevó a teatros y diversiones. La vida que Palacio hizo en San Juan, está por él mismo resumida en estas palabras:

«Acostarnos de cinco a seis de la mañana, después de pasar la noche en el Casino, donde se jugaba a eso y a lo otro, se contaban cuentos, se tocaba el piano y se hablaba mal del gobierno, lo mismo ni más ni menos que en la Península.

»Dormir unas cuantas horas en una buena hamaca por encontrar que la cama ordinaria, o sea la de lona tirante, no pasa de ser un quebrantahuesos.

»Levantarnos a las once, o antes si era preciso, y desnudarnos o vestirnos a balcón abierto, contemplando la entrada de los barcos en la bahía, o la salida a la azotea con traje blanco y pelo tendido de las niñas del comandante de marina Sr. Viñalet.

»Almorzar sin calor y libres de moscas, gracias a un aparato de listones de madera con flecos de papel recortado que un negrito ponía en movimiento por medio de una cuerda.

»Hacer la visita diaria al Hospital militar, donde abundaban las enfermedades y los enfermos, y donde iba yo con los médicos en clase de ayudante, para lo cual solicité y obtuve el correspondiente permiso.

»Reunirnos todas las tardes, de seis a siete, en la plaza con otros amigos, y saliendo por Puerta de Tierra, tomar el camino de Cangrejos, único sitio en que el aire circula libremente, y volver por el mismo camino, después de llegar a la altura de la quinta de D. Jorge Latimer, cónsul inglés que vivía y bebía muy bien, y que nos obsequiaba algunas veces.

»Comer a la vuelta Mariano y yo solos, o a la mesa redonda del hotel, excepto los días en que comíamos con amigos y camaradas del calibre de Manolo Camposanto, de Obregón, comandante del presidio, que tenía un gran cocinero chino, del padre Llorente, y otros más o menos padres.

»Pasar las primeras horas de la noche en alguna casa de las dos o tres que se daban allí el tono de recibir, una de las cuales, la más distinguida y en la que mejor se entretenía el rato, era la de un maestro de obras negro y rico, que sumaba hasta cuatro hijas como cuatro tizones, pero admirablemente educadas, pues lo mismo hablaban el alemán que el francés; igual tocaban el piano que el violín y el arpa, y tan pronto se hacían aplaudir cantando trozos de Rossini o de Verdi como destrozaban los corazones bailando aquellos tanguitos que con tanta gracia improvisaba Tavarez, otro negro. Las cenas con que generalmente terminaban los bailes, eran notables por la esplendidez, y debo decir en honor del anfitrión que su copa se alzaba siempre la primera al brindar por España.»

Mes y medio o dos meses estuvo Palacio en la capital. Luego, por consejo y por mediación de Mariano Gómez, fue a Ponce con los hermanos Alomar, «cuya compañía y cuyo cariño —dice él— convirtieron las amargas horas del destierro en deliciosos días de campo».

No quedó Palacio muy satisfecho de Puerto Rico. Poco antes de regresar escribió el siguiente soneto:

Este que siglos ha fue Puerto Rico
hoy debiera llamarse Puerto Pobre,
pues quien oro en él busque, o plata, o cobre,
seguro tiene soberano mico.

Comer mofongo o educar un chico,
morir de inercia aunque el esfuerzo sobre,
ver siempre en calma el piélagosolobre
y no soltar jamás el abanico:

tales son los placeres deliciosos
de este verjel de suegras y de suegros,
do muchas tienen hijos y no esposos;
do no cesan del güiro los *allegros*
y son los negros sucios y asquerosos...
¡y lo mejor de todo son los negros!

A fines de febrero de 1868 embarcó Palacio para España, no sin despedirse de sus amigos en un bello soneto. Otros versos publicó, ya en Madrid, que suscitaron las protestas de varios escritores puertorriqueños, incomodados por las ofensas que decían inferidas a aquella isla. En realidad, Palacio no hacía más que buscar el lado cómico de los tipos y costumbres de Puerto Rico, aunque, es cierto, con sobrada mordacidad.

Al triunfar la revolución, los del *Gil Blas* tuvieron la satisfacción consiguiente. Palacio la saludó con versos como los que se hicieron famosos:

Los monarcas que salen a balazos,
pueden volver quizás;
los que salen echados a escobazos,
esos no vuelven más.

Poco después de aquel suceso, Palacio recibió una carta de D. Juan Valera, a la sazón Subsecretario de Estado, en que le decía fuera a verle cuanto antes en el Ministerio. Hízolo así Palacio, y el autor de *Pepita Jiménez* le manifestó su propósito de darle un cargo diplomático. Y, en efecto, pocos días después salía Palacio, como primer secretario de legación, con dirección a Florencia, corte de Víctor Manuel. Así decía, entre otras cosas, al despedirse de los lectores de España:

Harto tiempo llorando mis dolores
los años vi pasar;
dejadme entre laureles y entre flores
un punto descansar.
Dejad que pose mis amantes labios
do el Dante los posó,

y le indemnice así de los agravios
que Cheste le infirió (18)
Dejad que me refresquen las nativas
auras de libertad,
allí donde también fueron cautivas
la gloria y la verdad.
No olvidaré por eso de mis lares
la calma y el placer,
ni sonará más voz en mis cantares
que la voz del deber.
Y si llegara por desgracia el día
funesto para ti,
en que otra vez la infame tiranía
tuviera asiento aquí,
como alud de los Alpes desprendido
a ti vendré veloz,
y maldiciendo al déspota temido
resonará mi voz.
Y el himno de la patria recordando
con él te llamaré,
y por tu honor y libertad luchando
gozoso moriré!

De su paso por Italia dejó huella Palacio en sus poesías. Florencia, Pisa, Nápoles, Roma, le inspiraron hermosos sonetos.

No permaneció mucho tiempo en Italia, sin embargo. Nombrado oficial del Ministerio de Estado, a fines de junio del mismo año 1869 regresó a España.

Publicó entonces *Un liberal pasado por agua*, y con inagotable fecundidad siguió dando poesías a los periódicos. No es posible seguir paso a paso esta labor poética de Palacio, de índole principalmente festiva y satírica. Solamente en *El Imparcial* publicó infinidad de sonetos, que se leían con fruición en toda España.

Como Palacio no se mordía la lengua, cantaba las verdades de igual modo a blancos que a negros. Y como a la vez se daba cuenta de la situación, no reparó en hacer afirmaciones como la del soneto

En el aniversario de la revolución, que remataba en estos tercetos:

Hoy, pueblo, te amenazan nuevos daños;
los que cual rey te adulan a porfía,
te envuelven en la red de sus engaños.
¡Tú, de ti mismo rey! No todavía.
¡Has llevado la albarda muchos años
para vestir la púrpura en un día! (19)

La verdad es, sin embargo, que por esta fecha sacó Manuel del Palacio a su musa de la agitación en que hasta entonces la había tenido, y dejó de ser un satírico militante. Y desde este momento la vida de Palacio se deslizó reposada y tranquila, mas no por eso privada de los puros deleites de la poesía.

En 1870 publicó los *Cien sonetos políticos, filosóficos, biográficos, amorosos, tristes y alegres*. Gallardísimas muestras hay en este tomo del género en que era maestro. En el *Album poético español*, publicado por *La Ilustración Española y Americana* en 1874, insertó doce bellísimas poesías.

Nombrado Oficial del Ministerio de Estado en 1873, quedó cesante dos años después. En 1876 ocupó la plaza de Inspector general de Correos, y en 1877 la de Agente de recaudación de contribuciones del Banco de España en la provincia de Madrid. En este año publicó su libro *Letra menuda*.

En 1879 hizo un viaje de recreo por Suiza y norte de Italia, acompañado de su esposa, su cuñado D. José Elduayen y Don Antonio Cánovas del Castillo. Para recuerdo de su viaje esculpió varios sonetos, como el siguiente *En el lago de Thun*:

¡Dos cielos a la vez! Uno en la altura
que el Eiger y el Jungfrau visten de nieve,
otro sobre el cristal que apenas mueve
la brisa que en los álamos murmura.

Del recio torreón la mole oscura
que de los siglos a triunfar se atreve.

y el Alpe allí, donde se forja alevé
la tempestad que asorda la llanura.

Más cerca, dominando el valle ameno,
cerrado espacio en que el mortal reposa,
de luz, y flores, y cipreses lleno...

Región no existe como tú dichosa:
Para soñar ¡qué lago tan sereno!
Para dormir ¡qué tumba tan hermosa!

Otros viajes que hizo por Galicia —a la que tenía gran cariño—, le inspiraron también bellas poesías. Pueden verse algunas en *Melodías íntimas*.

En 1884 fue nombrado secretario de 2.^a clase, y poco después Ministro residente en el Uruguay. En tal concepto, y como Plenipotenciario, concertó con aquella república el Tratado de Propiedad literaria y el de Comercio y Navegación. Al siguiente año, con título de Ministro residente, pasó al Ministerio de Estado.

No por esto abandonaba sus tareas literarias. Lejos de eso, fue sucesivamente publicando los siguientes libros: *Fruta verde* (1881), *El hermano Adrián* y *La calle de la Cabeza* (1881), *Juan Bravo el Comunero* (1881), *Melodías íntimas* (1884), *Veladas de otoño* (1884), *Blanca* (1885), *Huelgas diplomáticas* (1887) y *El niño de nieve* (1889).

En *Fruta verde* están coleccionados muchos escritos insertos con anterioridad en los periódicos, ya en prosa (pensamientos y chascarrillos), ya en verso (letrillas, cantares, epigramas, etc.). *El hermano Adrián*, *La calle de la Cabeza* y *Juan Bravo el Comunero*, son tres interesantes leyendas. Se incorporaron a *Veladas de Otoño*, con otras nueve más. *Melodías íntimas* —que lleva un importante prólogo de Sánchez Moguel—, es una preciosa colección de sonetos, cantares y poesías diversas. *Blanca* —incluido también en *Huelgas diplomáticas*—, es un poema que rebosa delicadeza. En *Huelgas diplomáticas* están reunidas las poesías que compuso Palacio durante su estancia en Montevideo. Por úl-

timos, en *El niño de nieve* versificó con gran soltura y suma de detalles un antiguo cuento oriental (20).

* * *

No es posible pasar por alto la polémica famosa que en 1889 sostuvo Manuel del Palacio con *Clarín*, y que desdichadamente, rebasó la raya de lo comedido. Clarín, el más amplio, sagaz y comprensivo de los críticos españoles, no supo dominar sus apasionamientos ni refrenar el ímpetu de sus acometidas. Esto le llevó más de una vez a la injusticia.

En una de sus críticas dijo Clarín que, descartando a Zorrilla, había en España dos poetas y medio: aquéllos eran Campoamor y Núñez de Arce; éste, Manuel del Palacio. Al hablar de *Los amores de una santa*, de Campoamor, y de *Blanca*, del propio Palacio, deslizó la misma idea, envuelta en cierta falacia, pero sin llegar aún a la ofensa.

El desfavorable juicio de Clarín, más punzador por ser más disimulado, hirió a Manuel del Palacio. Avezado a esgrimir las armas de la sátira, no podía resignarse a permanecer mudo, y resolvió escribir y leer en el Ateneo una epístola en tercetos, serena, mesurada, pero llena de ingenio y de vehemencia. En ella, aparte de ponerse a la defensiva, hacía el elogio de la poesía fluida y abundante, en versos como los siguientes:

Campo es el arte en que la turba siega,
pero toca a muy pocos coger grano
mientras la paja para muchos llega.

Versificar es cómodo y es llano;
ser poeta es ser nada y serlo todo,
materia y creador, larva y gusano.

Es volar con tal suerte y de tal modo,
que ni rocen las alas en el cielo
ni deje el pie su huella sobre el lodo.

Aquel de torpe y trabajoso vuelo
que al yunque de la forma noche y día
vive amarrado en perdurable anhelo,

de sabio alcanzará la nombradía
primero que de artista y de poeta...
Concebir sin dolor, eso es poesía!

Para llegar a la soñada meta
si el numen no te ayuda y te sostiene
no hallarás en los libros la receta.

Fuente de vecindad es la Hipocrene
donde no todos a beber alcanzan
el agua pura que del monte viene.

Se empujan, se confunden, se abalanzan,
y mientras el humilde coge el caño
¡cuántos soberbios al pilón se lanzan!

Vates de cinco décimas al año,
si logran el favor de enteca musa
lo deberán a lástima o a engaño.

Esas inspiraciones con esclusa
que van acumulando gota a gota
un manantial que el genio les rehúsa,
vencer no pueden la corriente ignota
que el páramo que inunda fertiliza
y refresca el desierto donde brota.

No daña a una beldad el ser rolliza,
ni jamás de la esposa complaciente
ganó el premio ramera antojadiza.

La inspiración, hermana del torrente,
debe tener del lago lo profundo,
lo terso, lo ideal, lo transparente,

Pero lo inmóvil no. Todo en el mundo
a la ley de la vida está sujeto
y es más hermoso cuanto más fecundo!

Contestó Clarín con el folleto *A 0,50 poeta*, escrito en buenos tercetos, pero ya desacorde por lo recio. Y entonces Palacio publicó, con el título de *Clarín entre dos platos*, otro en el cual incluyó su primera epístola, la constestación de Clarín y la réplica suya, también en tercetos.

«Hubiérame callado —decía, para justificar su defensa—, si me llamara mal poeta, pues hartó sé que dar gusto a todos no lo consiguen ni los billetes de Banco; pero ya por horror a la cirugía, ya por evitar esa pesadumbre a los amigos, indiferente

como soy a la resta, no me resigno ni me resignaré nunca a la división... Conste, pues, ya que la tenacidad de Clarín me obliga a hacer esta declaración, que creyendo como creo que podrá haber muchos y seguramente hay algún poeta que escribe versos más profundos, más meditados y más trascendentales que los míos, en cuanto a inspiración, o si se quiere potencia poética, me coloco al nivel de los más completos, de acuerdo con el parecer de lo que él llama vulgo; y si no bastaran las pruebas que llevo dadas en mi ya larga vida, no tengo reparo ni dificultad en someterme a cuantas sea preciso. Véase por donde un vanidoso llega a conseguir que lo parezcan los que no lo son.»

No hubiera tenido la disputa otras consecuencias, si Clarín no la personalizara más en un artículo que, con el título de *Empanada poética*, publicó en el *Madrid Cómico*. Palacio, perdida ya del todo la paciencia, insertó en el mismo semanario unos sonetos *A Clarín, para su corona poética*, y desde entonces la contienda se convirtió en un tiroteo de agravios e insultos.

Sinesio Delgado, director del *Madrid Cómico*, trató de mediar con un sentido romance en que los llamaba al buen terreno:

Dos capitanes ilustres
del batallón de las letras,
olvidados de sus timbres
regañan en mi presencia.

Y a mí, que no he conseguido
llegar a cabo siquiera,
de juez de campo me pone
la casualidad traviesa...

Valera, en *La España Moderna*, intentó también presentar la cuestión en forma que dejara satisfechos a ambos contendientes. Al hablar de *Tabaré*, de Zorrilla San Martín, escribía lo siguiente:

«Para consolarme, me explico dicha declaración de cierto modo, y entonces todo va bien. Para Cla-

rín, el concepto de poeta es tan ideal y tan alto, que sólo dos españoles llegan hoy a él, y otro a la mitad de su idealidad y de su altura. Entendido así el negocio, no hay de qué quejarse en absoluto. Y si en lo relativo caben quejas, quien menos debiera darlas, con perdón sea dicho, es Manuel del Palacio; pues, poniendo aparte a Zorrilla, y sin calificar de ceros en poesía, y concediendo siquiera el valor de céntimos a Tamayo, Ferrari, Velarde, Rubí, Verdaguer, Alarcón, Fernández Guerra, Teodoro Llorente, Miguel de los Santos Alvarez, Querol, Cañete, Narciso Campillo, Grilo, Correa, Cavestany, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Molins, Cánovas, Cheste y otros, resulta que Clarín ensalza a Manuel del Palacio por cima de todos los citados señores, y le da 50 veces más valor que a cualquiera de ellos. Y como entre ellos no hay ninguno que pase por tonto, ni que no haya mostrado habilidad en otros asuntos en que se ha empleado, de presumir es que la ha mostrado también en la poesía, a no ser que sea la poesía tan sobrenatural y tan sublime, que sólo la alcancen dos, y uno medio la alcance.»

En 1894, a 15 de abril, ingresó Palacio en la Academia Española. No era Palacio de los que menos se habían chanceado con aquella ilustre corporación, ni de los más desconocidos los versos de la receta *Para hacer un académico*:

Un sillón de terciopelo
tomarás...

Pero, como decía el marqués de Valmar, es cosa probada «que los epigramatistas anti-académicos se han *resignado* a tomar asiento en estos doctos, y, en la apariencia, encopetados cuerpos, siempre que a ello les ha convidado ocasión oportuna».

El discurso de Palacio fue muy ameno e ingenioso. Encaminóse a demostrar «hasta qué punto el idioma poético está identificado en nuestra patria

con el idioma vulgar, y cuáles y cuántas son, por consiguiente, sus condiciones de vitalidad y de grandeza»; y para ello alegó oportunas citas de nuestros clásicos, rasgos de la inspiración popular y gallardas muestras de espontaneidad de los poetas modernos. «En las lenguas que no son por naturaleza armónicas —decía— el hacer versos es una labor lenta y complicada, que necesita no solamente disposición, sino estudio. Dentro de estas condiciones no suelen abundar los poetas; pero la calidad suple la cantidad. En nuestra lengua castellana, por el contrario, basta y aun sobra muchas veces un poco de oído para que el jaque andaluz como el jíbaro puertorriqueño, y como el payador de las repúblicas del Plata produzca versos, que podrán carecer de propiedad y de elegancia, pero que son siempre fáciles y sonoros, porque arrancan de la inspiración hija de la fantasía, y tienen molde adecuado en el idioma» (21).

En el mismo año dio Palacio a la estampa su tomo *Chispas*, formado casi en totalidad con las poesías del mismo título que había publicado en *El Imparcial*. Tomo este lleno de jugosidad y de frescura, revelador de que la inspiración de Palacio se mantenía firme, si no ganaba, a través de los años.

Seguía Palacio desempeñando su elevado puesto en el Ministerio de Estado. Mas he aquí que en 1898, a raíz de perderse las colonias, tuvo nuestro poeta ciertos disgustos con el ministro de aquel departamento, duque de Almodóvar del Río, por incidencias, parece, de unas oposiciones en que Palacio fue juez. El ministro, sin más contemplaciones, decretó la jubilación de Palacio, y éste aprovechó la asistencia a un banquete para leer la siguiente quintilla, que se hizo famosa:

Parece grande y es chico;
fue Ministro porque sí,
y en cuatro meses y pico

perdió a Cuba, a Puerto Rico,
a Filipinas... ¡y a mí!

En revistas como *Blanco y Negro* y *La Ilustración Española y Americana* seguía publicando bellas poesías e interesantes artículos anecdóticos. Después de *Chispas* aparecieron otros dos libros suyos, recopilación de trabajos anteriores: *Un soldado de ayer* (1902) y *En serio y en broma* (1906).

Pasaba Palacio largas temporadas en su *Casa de las Galerías*, de Pontevedra. La *Sociedad de Cultura*, de esta ciudad, le ofreció en 1903 un homenaje sincero y entusiasta.

«En estos últimos años —decía un periódico, a raíz de su muerte— sus paseos vespertinos solían terminar en alguna librería, casi siempre la de Fe, y allí se le veía, durante un par de horas, grave, silencioso, con su aspecto de militar retirado... A veces, y cuando sólo quedaban los íntimos, Manuel del Palacio sacaba del bolsillo un papel cuidadosamente doblado, lo desdoblaba, y leía, como él sabía hacerlo, uno de sus admirables sonetos o de sus punzantes epigramas, o quizás un romance o un cuentecillo en verso que ardía en un candil.»

El eximio autor de *Chispas* murió en Madrid el día 5 de junio de 1906. No tuvo el triste suceso la resonancia que en otra ocasión hubiera tenido, porque absorbían la atención de la prensa graves acontecimientos. El anarquista Morral, después de atentar contra la vida de los reyes D. Alfonso y doña Victoria, se había suicidado en Torrejón de Ardoz.

El cadáver de Manuel del Palacio recibió sepultura en la Sacramental de San Lorenzo. Presidieron el duelo su hijo D. Eduardo, el conde de Liniens en representación de la Academia, y, por la Asociación de Escritores y Artistas, Ramos Carrión, Bretón y Castillo y Soriano. Al ocurrir su

muerte, tenía Palacio, entre otros, los títulos y honores siguientes: Ex-Ministro residente, Académico de la Española, condecorado con la gran Cruz de Isabel la Católica y cruces de Carlos III, de San Mauricio y San Lázaro y la Corona de Italia, del Nischan Iftijar de Túnez, de la Concepción de Villaviciosa de Portugal, del Medjidié de Turquía, de la Legión de Honor de Francia, de Leopoldo de Bélgica, Oficial del Aguila Mejicana, Comendador de nuestra Señora de Guadalupe de Méjico y miembro de numerosas corporaciones.

Pero sobre todos estos títulos tenía otros dos: el de poeta y el de hombre bueno. Sabemos lo primero cuantos hemos gustado sus obras; certifican lo segundo todos aquellos que le conocieron y trataron. Ningún necesitado se acercó a Palacio que no recibiese un socorro. Cercábanle los menesterosos, los vergonzantes, los sablistas, en la seguridad de ablandar bien pronto su corazón. Cuando nada tenía ya que darles, llegaba a empeñar sus alhajas, para que no se fuesen con las manos vacías...

II

De todos los poetas del siglo XIX, Manuel del Palacio es el poeta más *hombre*, o sea, en otros términos, el que puesto en medio de la sociedad de su época, sometido, como los demás nacidos, a todas sus debilidades y flaquezas, no finge sustraerse a ellas, sino que las recoge en sus versos y las interpreta como puede interpretarlas un poeta de numen. No se limita a modular trinos y arpegios, como un ruseñor; ni canta quejumbrosa y desesperadamente sus amores, sus penas o sus dudas; ni trata de resolver en verso hondos problemas de filosofía. Piensa, siente y quiere al unísono de los demás españoles de carne y hueso, y sufre, como ellos, el vaivén de muy encontradas ideas y pasiones, no el impulso invariable de una brisa sosegada

o de un violento huracán. Su lenguaje, al alcance de todos, es el lenguaje del buen sentido; su filosofía es la filosofía natural.

Palacio tiene su coto especial en el huerto poético. Es inútil buscarle semejanzas con ningún otro poeta. De tenerlas con alguno, sería con Bretón de los Herreros; pero éste, versificador prodigioso y dueño indisputable de la poesía ligera, no suele tener esa sutileza de pensamiento con que Palacio, más que inducir a la detenida meditación, hiere vivamente la inteligencia o agita la sensibilidad. La nota distintiva de Palacio es algo así como la *acies mentis* de que hablaba Cicerón.

Palacio es un espectador de la vida, que sorprende chispazos de sus penas y alegrías, de sus grandezas y miserias, y les pone su comentario. Este comentario, naturalmente, no es el de un hombre vulgar, sino el de un poeta de alma escogida. ¿Qué culpa tiene él si a veces, en vez de grandes pasiones que despierten su entusiasmo, descubre ridículas manías que excitan su amable burla? El, en último resultado, tamiza los materiales que se le ofrecen, y de todos saca la sustancia, ya amarga, ya picante, ya agridulce.

Esa contemplación de la vida no le hace, sin embargo, ser un pesimista. Todo lo contrario. No afirmaremos que sea precisamente un epicúreo; pero sí diríamos, a juzgar por sus versos, que es un *bon vivant*, o bien, como reza la muletilla de ahora, que está «encantado de la vida». Pero como, por muy encantado de la vida que esté un individuo, no dejará de tener sus tropiezos y quebrantos, no siempre halla Palacio en la tierra dichas y bienandanzas. ¿Desesperarse? Eso nunca. La conformidad se le ofrece propicia en los rincones de su mismo corazón:

Cuando cansado o vencido
el espíritu se abate;

cuando del pesar la nube
lluvia de lágrimas trae;
cuando el rencor o la envidia
o la adulación cobarde
por amigo me pretenden
o me señalan por mártir;
cuando el sol de mi ventura
pienso que puede eclipsarse,
del asilo de mi pecho
donde no penetra nadie,
abro la escondida puerta
y en él me refugio amante,
como se refugia un niño
en los brazos de su madre.

Pero ¡bah!; poco necesitaría acogerse a ese llamado retiro quien tenía a mano otros recursos más gratos y expeditos. Y si no, véase la prueba:

Buena muerte es lo que pido
que me dé la Providencia,
porque lo que es buena vida,
eso corre de mi cuenta.

Después de esto, no llamará la atención que nuestro poeta, satisfecho de su suerte, hablara de este modo en sus últimos años:

Si Dios me concediera
cuanto deseo,
es fácil que me viera
como me veo.

Todas las poesías de Palacio encierran en pocos versos un pensamiento de índole varia, pero siempre lúcido y penetrante, de fondo siempre muy humano. Al tocar las notas de ternura, suele ser sobrio y reposado. El amor le inspiró primorosos versos, de todos los colores y matices, desde el blanco platónico al verde naturalista. Júzguese de su delicadeza por las tres muestras siguientes:

Muchos años han corrido,
muchas memorias han muerto,
y aun mi corazón palpita

cuando alguna vez la veo.

Ella indiferente pasa
con el semblante sereno,
como estatua que abandona
su pedestal un momento,
y yo, bajando los ojos,
callo, miro, dudo y tiemblo,
como esclavo fugitivo
que tropieza con su dueño.

—¡Nadie nos ve! Los hierros de tu reja
me servirán de escala;
en su crespón la noche nos envuelve.

—¡Sí; pero calla!

—Nadie nos oye; el aire se ha quedado
dormido entre las ramas;
todo es en derredor silencio y sombra.

—¡Sí; pero calla!

—Juro, puestos mis labios en tus labios,
amarte con el alma.

Juro ser tuyo como tú eres mía.

—¡Sí; pero calla!

La vi rezando de hinojos
y no la he visto después.
¡Qué grandes eran sus ojos!
¡Y qué pequeños sus pies!
¡Corazón, no me demandes
si a turbar vienen tus sueños
aquellos ojos tan grandes
y aquellos pies tan pequeños!

En numerosas poesías rinde al amor un culto jovial y apacible, no falto de fundamentos teóricos. Bien había de opinar en tales cuestiones quien dice en una de sus *Chispas*:

Si estoy en voz cuando del ave negra
me solicite el fúnebre reclamo,
mis últimas palabras
serán: —¡Mujeres, os amé y os amo!

La tendencia a condensar que Manuel del Pala-

cio tiene siempre, le da portentosa facilidad para el epigrama, entendida esta palabra en su más amplia acepción clásica, que así hace referencia a la concisión de un pensamiento delicado, sutil o sentencioso, como a la intencionada malicia de un equívoco o un chiste. En estas poesías *fugitivas*, tiene muchas Palacio que encierran una reflexión aguda, tomada, como siempre lo hacía, de la observación directa. Es una lección de moral práctica, un corolario irrefutable sobre tales o cuales achaques mundanos, una máxima revestida de gentiles atavíos. Esta clase de composiciones pudiera traer el recuerdo de las *humoradas* campoamorinas; pero son cosa diferente. Los principios y conclusiones que en ellos asienta Palacio son más familiares, más realistas que los de Campoamor; las humoradas tienen un doble fondo, un culebreo de conceptos que rara vez se descubren en las composiciones de Palacio, imaginadas para norma propia o para escarmiento ajeno. Recordaré unas cuantas:

Gentes hay que entre sombras han medrado,
y viven tan amigas del reposo,
tan puras de intención y de pecado,
que ven en cada pobre un sospechoso
y un criminal en cada desgraciado.

Felicidad que uno logra
y otro no ha de disfrutar,
ni por semejanza debe
llamarse felicidad.

La luz no es luz encerrada
en un oscuro fanal:
sólo merece ese nombre
cuando alumbra a los demás.

Si eres favorecedor,
nunca investigues a quién,
pero mira mucho y bien
a quién pides un favor.

Un sueño que acariciar,
una botella que abrir,
un libro que desflorar,
y en el trance de morir
una mano que estrechar...
ni más se debe pedir
ni más se puede esperar.

Feliz el que a los setenta
aun para el amor alienta,
y pudo guardar en calma
la virginidad del alma,
que de sueños se alimenta.

Y mil veces desgraciado
quien de torpes liviandadaes
por el ansia encadenado,
a los veinte ha desflorado
todas las virginidades.

Cazador que a caza vas
de mujer o de león,
¡ay de ti si no le das
en mitad del corazón!

Hay otras, en el número de estas poesías breves,
que se sustentan en un rasgo de ingenio, más o me-
nos satírico. Muchas son las que tiene Palacio de
esta clase. Véanse algunas:

No intimida al ladrón forzar la puerta:
pero le asusta el encontrarla abierta.

Pudo el Hacedor crear
sin esfuerzo y con placer
cielo y astros, tierra y mar,
pero creó la mujer...
y tuvo que descansar.

Si de pecado o error
confesión quieres hacer,
más que virtud y candor
exige en el confesor
calma, experiencia y saber.

Prefiere a viejo machucho
hombre que sienta a tu modo
y en lides mundanas ducho:
cuando se conoce todo
suele perdonarse mucho.

La vida es transformación;
¿sabes cuándo habrá, Catón,
constancia en las opiniones?
Cuando los guadacantones
puedan tener opinión.

En el largo camino
de la existencia,
cada cual va tirando
de su carreta;
y el honrado y el justo
ven con tristeza
que son las más vacías
las que más pesan.

Otras son francamente epigramáticas. En este grupo tiene Palacio muestras deliciosas. En ellas el chiste es siempre fino, donairoso, cosa compatible con los mayores atrevimientos, del mismo modo que la chocarrería y el desplante burdo pueden ir unidos al más timorato alarde de gracia. Recordaré cinco o seis:

¡Igualdad! oigo gritar
al jorobado Torroba;
y se me ocurre pensar:
¿Quiere verse sin joroba,
o nos quiere jorobar?

Siempre que miro reír
a cualquiera de esos Judas
que hacen amargo el vivir,
me pregunto entre mil dudas,
tras de mucho discurrir:
—La risa de ese animal
¿es fingida o natural?
¿Revela mofa o desdén?

¿Indica que él se halla bien
o que otro se encuentra mal?

Vivo a la vejez lidiando,
y entre sus *hastas* gregando
de tres mi ventura fío:
Hasta mañana, *hasta cuando*,
¡y hasta verte, Jesús mío!

Lo que en el mundo sucede
es muy curioso de ver:
Juan se casó por poder,
y ahora dice que no puede.

Porque gasta un escudo
y una corona,
se juzga personaje
Zaragatona.
Ya se contentaría
con ser persona.

Pretende Antón titular
y un título quiere hallar
que cuadre a sus aficiones;
yo se lo voy a indicar:
Marqués de los Juanillones. (22)

Notorio es, porque, sin estar impresas en su mayor parte, han circulado profusamente, que Manuel del Palacio escribió numerosas poesías de sabor picante subido. Lástima es que no puedan darse a la publicidad; porque aunque de ellas se escandalicen gentes pacatas que suelen ver sin inmutarse cosas más graves, rebosan de sal y gracejo. Suyo es el poema *La creación*, que se ha divulgado no poco.

Quien tenía tan prodigiosa aptitud para las poesías cortas y jugosas, necesariamente había de distinguirse en un género que requiere tales condiciones más que otro alguno: el de los cantares. Palacio pone en sus cantares los mismos variados matices que vamos apreciando en su ingenio; pero a la

vez les da el sabor popular que, con ser la circunstancia a que deben nombre y carácter, tan difícil de conseguir es para poetas eruditos. De los cantares de Palacio no dirá el pueblo lo que de aquel otro a que se refiere Ruiz Aguilera:

Un cantar bajó al pueblo;
no era mal mozo,
pero el pueblo le dijo:
«No te conozco».

Lejos de ser así, yo he oído cantar por el pueblo, como suyos propios, algunos cantares de Manuel del Palacio. Y es porque, además de ser buenos mozos, tienen el desembarazo, la sencillez y el semblante de sus hermanos los nacidos y criados al compás de panderos y guitarras. Es seguro que el lector conocerá ya algunos como los siguientes:

No me des agua bendita
cuando salgas de la iglesia,
que me la pongo en la frente
y la frente se me quema.

Corazón, no te humilles
al verte herido,
que es más noble ser carne
que ser cuchillo.

El hombre cuando se embarca
debe rezar una vez,
cuando va a la guerra dos,
y cuando se casa tres.

Los buenos corazones
son como el yunque;
cuanto más lo golpean
mejor reluce.

El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que siempre acude a la herida
sin esperar que la llamen.

Mira tú si hay malas lenguas
y si hay corazones malos;

por dar la camisa a un pobre
me llaman descamisado.

Una mujer y una gata
domestico yo a la vez;
los arañazos que tengo
todos son de la mujer.

Hombres como carretas
conozco muchos,
que solamente chillan
por falta de unto.

Como el pez en el agua
vive aquí el bueno,
esperando a que el malo
le eche el anzuelo.

La rima se ofrece siempre dócil y obediente a los mandatos de Palacio. Versifica como habla, sin premiosidades ni artificios. En sus versos no hay la rigidez de la forja, ni el tintineo de la melodía, ni la bajeza del prosaísmo, ni mucho menos la broza del ripio. Se ve sencillamente el airoso y elegante ropaje de la idea, que ondula y se pliega gentilmente para ceñirse a los contornos de ella. No es un parnasiano, aunque dé a sus versos una esbeltez intachable; no pule, acicala y florea sus poesías, como el decorador que minuciosamente cuaja su obra de adornos y ringorrangos: déjase llevar sólo de su facilidad innata, como el dibujante experto que al correr del lápiz, en cuatro rasgos, traza figuras de singular expresión y artísticas formas. En este punto más que en otro alguno se cumple la semejanza, a que antes me refería, entre Palacio y Bretón de los Herreros. Y tiene en verdad explicación que el propio Palacio, en su polémica con *Clarín*, se jactara de estos méritos.

Resultado también de las circunstancias dichas —tendencia a la concisión, destreza en la versificación—, es que Manuel del Palacio figure entre los grandes sonetistas españoles. No traigamos aquí las manidas alegaciones sobre la dificultad del so-

neto, tan halladas de los preceptistas: el soneto es difícil para el mal poeta y fácil para el bueno. Cier- to que como decía Gil Ménage —y me permito hacer la cita por ser poco conocida—, el soneto es lo mismo que el mitológico lecho de Procustes. Así como aquel bandolero del Atica cortaba o estiraba los miembros de sus víctimas, para ajustarlos exac- tamente a la longitud de su famoso lecho, así el poeta ha de alargar o contraer el asunto de su so- neto, para encerrarle en los límites invariables de los catorce versos. Pero esto, que para el mal poeta será un suplicio, servirá al bueno para demostrar que la excelencia de una poesía no depende de sus dimensiones, sino de algo que está muy por encima de esos pormenores puramente externos.

Los sonetos de Manuel del Palacio son muy co- nocidos. Copiaré aquí dos solamente:

¡A los treinta años!

Heme lanzado en la fatal pendiente
donde a extinguirse va la vida humana,
viendo la ancianidad en el mañana
cuando aun la juventud está presente.

No lloro las arrugas de mi frente
ni me estremece la indiscreta cana;
lloro los sueños de mi edad lozana,
lloro la fe que el corazón no siente.

Me estremece pensar cómo en un día
trocóse el bien querido en humo vano
y el alentado espíritu en cobarde.

¡Maldita edad, razonadora y fría,
en que para morir aun es temprano
y para ser dichoso acaso es tarde!

La muerte de Baco

¡Ya no existes, buen dios! Cayó en el cieno
tu corona de pámpanos y flores,
y gimen de la Arcadia los pastores
al recordar las gracias de Sileno.

No alegran como ayer el prado ameno
de sátiros y ninfas los amores,

ni se agrupan en juegos seductores,
alta la copa y descubierto el seno.

Hoy, del arte borrando los caminos,
trueca la industria en filtros las bebidas,
y ofrece, en vez de coros peregrinos,
hordas por el alcohol embrutecidas,
donde recluta el crimen asesinos,
la fiebre locos y el amor suicidas (23).

En el género narrativo muestra Palacio la misma elegante llaneza. Algunas de sus leyendas —*El Cristo de Vergara*, *El hermano Adrián*, *La calle de la Cabeza*—, son de filiación zorrillesca, y aun la última de las citadas tiene el mismo asunto más ajustado a la tradición que *Para verdades el tiempo*. No tienen la animación de los de Zorrilla; pero por eso mismo son más regulares y correctos. A otro género pertenece *El puñal del capuchino*, cuyo asunto, rodeado de trágico misterio, impresiona vivamente. Por el estilo, aunque no de tan intensa emoción, es la titulada *¡Imposible!* Fragancia de sencilla ternura exhala la historia *Blanca*. «Es — dice con razón Jacinto Octavio Picón — la narración de una aventura que pudo ser vulgar, prosaica, hasta grosera, y la cual, merced al hechizo de la delicadeza espiritual que el autor ha derramado sobre ella, adquiere la categoría de esas obras de arte, pequeñas por sus proporciones, seductoras por su contenido, cuyo encanto penetra suavemente el alma.» Atractivos de otra naturaleza tiene el cuento *El niño de nieve*, que, así como el *El sofí*, *Hatim* y alguna otra poesía de Palacio, entra en la categoría de los cuentos o relatos orientales, acaso inspirados en Víctor Hugo o Arolas.

Esas cualidades de narrador aparecen también en los cuentos o historietas en prosa. Algunos de ellos son primorosos, como los que coleccionó en un tomito de la «Biblioteca Mignon»: *El sargento Simón*, *Recuerdos*, *Dos hombres* e *Historia de lobos*. Son episodios de la vida de su padre, el bravo mili-

tar Simón del Palacio, contados con una amenidad extraordinaria.

Manuel del Palacio tiene su puesto reservado entre los grandes poetas del siglo XIX, que son de veras grandes, pese a las peregrinas apreciaciones de algunos daltonianos modernos, que sólo distinguen un color. *Clarín* se pasó de injusto. Palacio fue poeta completo. De cuatro ángulos, Palacio ocupó el que dejaron libre Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce. Los cuatro fueron poetas privilegiados, y ninguno de ellos se pareció a los otros tres.

NOTAS

(1) Fue bautizado el mismo día 25, a las cinco y media de la tarde, en la Catedral, por D. Juan Rodríguez Guerra, Capellán del tercer batallón del Regimiento de Infantería de Córdoba 2.º de línea. En la partida de bautismo se dice que había nacido a las diez de la mañana de aquel día.

(2) Escribió Palacio en 1870.

(3) En el número de 6 de enero de 1850.

(4) Los individuos de la *cuerda* fueron: Pablo Notbeck (Brique), José Vázquez (Sidonia), José Moreno Nieto (El Maestrico), José J. Soler (El Abate), Juan Arrambide (Maese Juan el Espadero), José Casielles (Tecla), Manuel Moreno González (Bizot), José Esteban (El Archivero), Eduardo Sorokin (Qué importa), Julio Dutel (Agosto), José González Bande (El Pintor), Jorge Ronconi (Ropones), Mariano Vázquez (Puerta), José Fernández Jiménez (Ibón), José de Castro y Serrano (Novedades), Pedro Antonio de Alarcón (Alcofre), José Salvador de Salvador (La Palisade), Juan Facundo Riaño (London), Manuel Fernández y González (El Poetilla), Rafael Contreras (Majoma), Francisco Rodríguez Murciano (Malipieri), Antonio de la Cruz (El Nevero), Antonio Marín (Gavia), Gaspar Méndez (Ocasión), Leandro Pérez Cossío (el Doctor Malatesta), Eduardo García Guerra (Barcas), Pablo Jiménez Torres (Velones), Miguel de Pineda (Vilchez) y alguno más.

(5) A más de los interesantes artículos de *Páginas sueltas*, insertos en *El Imparcial*, Manuel del Palacio publicó en *La Ilustración Española y Americana*, 30 enero 1890, uno no menos curioso, titulado: *Jorge Ronconi y la Cuerda Granadina*.

También en su libro *Doce reales de prosa* incluyó un artículo

titulado *Un príncipe artista y un artista príncipe*, referente a la visita de Adalberto de Babiera a la *Cuerda Granadina*.

(Años después de publicado mi libro *Jornadas*, dio a la estampa don José Cascales el muy interesante que se titula *Antología de la Cuerda Granadina* [1928]. Allí puede ver el lector toda clase de detalles sobre el asunto.)

(6) En el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* de 1900, publicó Manuel del Palacio un artículo titulado *Hojas de un álbum*, referente al que por entonces formó en Granada. En la primera página figuraban las siguientes líneas, firmadas por Pedro A. de Alarcón:

«Querido Manuel: Escribe aquí lo que se te antoje y lo creeré mío, porque tú eres yo y yo soy tú; y nuestra vida y nuestras ideas son las mismas, y una sola firma basta para representar nuestros pensamientos, nuestros compromisos, nuestro pasado, nuestro porvenir, nuestras opiniones, nuestro dinero, nuestro crédito y nuestros puños.»

Ronconi decía lo siguiente:

«Mi caro Manuele: non ti maritari, non essere soldato; non pensare al avvenire, perchè son tre cose da morire.—*Giorgio Ronconi*, 1856.»

Y Fernández y González estampaba su firma bajo estas dos rendondillas:

«Es el amor en la vida
del hombre una enfermedad;
la mujer, fatalidad
que le sigue fementida;
abismo donde se anega,
sirena que le fascina,
ser fatal que le domina
y al que insensato se entrega».

(7) ¿Quién no conoce anécdotas de Fernández y González? Véase alguna.

Hallábase en el cuarto el actor D. Manuel Catalina, cuando entró un crítico que había hablado duramente de una de sus obras. Fernández y González se levantó de su asiento, y, mientras hacía un pitillo, se aproximó al crítico y, mirándole de arriba a abajo, le dijo con voz cavernosa: —¡Atomo!

Habiéndole también censurado D. Manuel de la Revilla, un día gritaba en el saloncillo del teatro Español:

—¡Es un imbécil!

—Poco a poco —le dijo uno de sus amigos—. Revilla es un buen crítico; tiene talento y juzga con suma exactitud. De usted mismo dice que es una gloria nacional.

—No; si no tiene pelo de tonto ese Revilleja... —repuso Fernández y González.

Hallándose en Madrid el cómico italiano Cola, cuya vanidad rebasaba también los límites ordinarios, Sánchez de León le

presentó a Fernández y González. —D. Manuel —dijo cierto día, encontrando a éste en la calle—: tengo el gusto de presentar a V. al galán joven italiano Sr. Cola.

Y luego, dirigiéndose a Cola:

—El Sr. Fernández y González, autor del *Men Rodriguez de Sanabria*, del *Cid*, de la oda a *Lepanto*.

—No se canse V. —interrumpió Fernández y González—. ¡Si sabe quién soy!... ¡Si en Italia me conocen a mí más que en España!... ¿No es verdad, *Colilla*?

No se acabaría nunca de referir anécdotas relativas a Fernández y González.

(8) Reapareció, también bajo su dirección, en 1868.

(9) *El Pueblo* se publicó desde septiembre de 1860 hasta junio de 1866. Reapareció en 1868.

(10) No dejaré de recordar aquí una anécdota que refiere D. Pedro de Novo y Colson.

En septiembre de 1857 actuaba la Ristori en el teatro de la Zarzuela. Cierta noche se presentaron a ella tres periodistas para hacerla un ruego, a que la famosa trágica accedió complacida.

En consecuencia, la Ristori suplicó a Narváez, que se hallaba en el teatro, que pasase a su cuarto; allí, con lágrimas en los ojos, le pidió el indulto del soldado Nicolás Chapado, condenado a muerte por agredir, en legítima defensa, a un sargento. El duque de Valencia se mostró reacio en un principio; pero luego llegó a ofrecer que no aconsejaría a la Reina en contrario.

Concluido el primer acto, pasó la Ristori al palco real acompañada de Barbieri. Hizo la petición a la reina, y ésta, después de consultar a Narváez, dio el apetecido indulto.

Los tres periodistas que habían acudido a la Ristori en demanda de tan buena obra, eran Pedro Antonio de Alarcón, Gaspar Núñez de Arce y Manuel del Palacio. (V. *Hermoso rasgo de tres periodistas*, por D. Pedro Novo y Colson, en *La Ilustración Española y Americana* de 8 enero 1896).

(11) La labor dramática de Manuel del Palacio, continuada en años sucesivos, comprende las obras siguientes: *Don Bucéfalo*.—*La vuelta de Columela*.—*Stradella*.—*Marta*.—*La reina Topacio*.—*El tío de Alcalá*.—*El zapatero y la maga*.—*La romería de Ploermel* (arreglo de *Dinorah*, de Meyerbeer).—*Los moriscos de la Alpujarra*.—*Por una bellota* (juguete en un acto).—*El motín de las estrellas* (zarzuela, en colaboración).—*Antes del baile, en el baile y después del baile* (en colaboración con Alvarez, música de Gaztambide).—*Tanto corre como vuela* (en colaboración con Blasco y Saco, música de Rogel).—*Can* (parodia de *Kean*).

(12) *La Ilustración Española y Americana*, 22 octubre 1887.

(13) Aún conserva la familia de Palacio alguno de sus dibujos ornamentales, fechado en 1848. Durante toda su vida tuvo

verdadera habilidad para probar la pluma, lo mismo que en una cuarteta improvisada, en un enlace de cifras, algún blasón o proyecto de cenotafio, etc., realmente primorosos.

También tuvo singulares aptitudes para la música. En Granada compuso alguna canción, letra y música suyas, que él mismo se acompañaba. Hasta sus últimos días, si alguna vez quería recordar un aire de ópera italiana (que era, y en especial la de Bellini, su favorita), tocábale con facilidad al piano.

(14) El título es digno de copia: *Cabezas y Calabazas. Retratos al vuelo de los notabilidades en política, en armas, en literatura, en artes, en toreo y en los demás ramos del saber y de la brutalidad humana, seguidos de varios cuadros de costumbres más o menos políticas, y pintados al fresco por Manuel del Palacio y Luis Rivera, académicos de la legua.*

La dedicatoria dice así:

A todos los españoles que han sido ministros, o que pueden serlo, es decir, A TODOS LOS ESPAÑOLES.

Lo cual nos recuerda el epigrama de Villergas:

—¡Ministros! —gritó Pulido—

¡Que fusilados se vean
todos los que ya lo han sido
y cuantos serlo desean!—

A lo cual yo responder
supe, diligente y serio:

—¡Pero, hombre! ¡Usted quiere hacer
de la patria un cementerio!

Las imitaciones que produjo *Cabezas y Calabazas*, fueron numerosísimas. Entre las más notables figura *Calabazas y Cabezas* (1880), de Salvador María Granés. El ingenioso *Moscatel* dirigía en este libro una carta a Manuel del Palacio, y le decía así:

Manolo: fuera inocente
guardar contigo el secreto;
así, pues, concisamente,
voy a decirte el objeto
de la epistola presente.

Allá, en el tiempo pasado,
corrió por calles y plazas
un ingenioso y salado
libro tuyo, titulado
Cabezas y Calabazas.

Aquellos tiempos quizás
han conseguido hacer buenos
los que han venido detrás:
hoy las *Cabezas* son menos
y las *Calabazas* más.

Por eso en mi libro ves
el título verdadero,
que es el del tuyo, al revés:

las *Calabazas* primero
y las *Cabezas* después.

La contestación de Manuel del Palacio a esta carta comenzaba así:

No fui, *Moscatel*, yo solo;
fuimos tres hijos de Apolo
los que arrojamos al barro
un libro, que fue el Pactolo
para el editor Guijarro.

Muertos cayeron en flor
Rivera y Serra después;
yo no he tenido ese honor,
quizá por ser la mayor
calabaza de las tres.

(15) Entre las semblanzas de Serra figuran aquellas dos famosas de Calixto Boldún y Manuel Catalina:

Boldún, pedazo de atún,
haragán de profesión;
tu debieras ser baldón
en lugar de ser Boldún.

Ya Catalina es galán;
quiera Dios que nos lo roben,
pues desde el tiempo de Adán,
no vi galán menos joven
ni joven menos galán.

(16) *Memorias íntimas*, pág. 69.

Nombela, en *Impresiones y recuerdos*, t. II, pág. 414, dice que el capital que Rivera dejó a su muerte fue de 30.000 duros.

El mismo Nombela hace frecuentes referencias a Manuel del Palacio. Véase, por ejemplo, la citada obra, t. III, pág. 368, y en *Retratos a la pluma*, pág. 129, el artículo titulado *Manuel del Palacio*.

(17) *Un liberal pasado por agua*, pág. 26.

(18) Alude, claro es, a la traducción de la *Divina comedia*, por el conde de Cheste.

(19) Este soneto originó varias impugnaciones. Dio lugar a dos epístolas de Luis Rivera y otras dos de Manuel del Palacio, todas ellas muy notables.

(20) Una breve versión de este cuento se había publicado en el *Semanario Pintoresco Español* de 1850, pág. 152.

(21) Tuvo el discurso de contestación D. Vicente Barrantes, el cual, con ser hombre de no vulgar valía, dijo algunas futilidades inexactas sobre la prosa rimada.

(22) En los casos más vulgares de la vida dio Manuel del Palacio repetidas muestras de su ingenio. Véanse en *Fruta verde*,

por ejemplo, los donosos versos con que ofreció sus casas a los amigos y las parodias que hizo de Zorrilla, Evaristo Silió, etc.

Hacia en cierta ocasión el padrón, y en la casilla de *Propiedad urbana* escribió:

A fuer de urbano formaré el registro:
Ni tengo propiedad, ni la administro.
En la de *Propiedad rústica* puso esto:
Un centenar de libros, que no leo,
es todo lo que en rústica poseo.

En el precioso libro *Páginas mallorquinas*, de J. L. Estebrich, puede leerse un interesante artículo sobre Manuel del Palacio.

(23) Véase a continuación la traducción italiana del soneto *Remembranza* y la francesa del titulado *A la Muerte*. Esta última está hecha por el catedrático D. Eduardo del Palacio, hijo del autor de *Chispas*, y tan culto literato como notable poeta.

—Tua o di Dio sarò— così il mio amore
Fisso e baldo guardandomi io sentia
Dirmi talor. —Mia, cara, sempre mia—
Le rispondevo quasi con timore.
A me ripeton mormorando l' òre
Di quella cara voce l' armonia:
Dio l' ha voluta, ella quaggiù sparia;
Nè col pianto sfogar posso il dolore.
Viva, del tempo la spietata mano
A poco a poco avrebbe dissipato
L' amore di cui serbo la memoria.
Morta, la terra me l'asconde invano;
La bacio e tremo allor che addormentato
De' celesti mirar sogno la gloria.

(Traducción de Marco Antonio Canini.)

A la Mort.

Puisque tu dois venir, dès qu'il te plaire, viens!
Mais ne viens pas en traître, et lugubre, et sanglante.
Viens en femme, en épouse, heureuse et confiante,
Fière de notre amour, digne de nos liens.

D'autres voudront, jugeant por leurs exploits les tiens,

Esquiver ton embûche ou tromper ton attente,
S'ils ne réclament pas tes coups, sous l'épouvante
De leur malheur présent ou leurs remords anciens.

Moi qui n'estime pas un trop grand bien la vie,
Mais dont l'âme n'est pas des humains assouvie,
En paix vers mon déclin je descends pas à pas,
Persuadé qu'au moment d'achever ma prière

Tu viendras clore un jour d'un baiser ma paupière
Et je m'endormirai doucement dans tes bras.

(Traducción de Eduardo del Palacio.)

En el libro *La poésie castillane contemporaine*, de Boris de Tannenberg, pág. 209, puede verse otro soneto de Manuel del Palacio traducido al francés por Edmundo Rostand.

Emilio Ferrari

El romanticismo, como todas las sacudidas bruscas, fue seguido de una lamentable postración. La fiebre romántica, infundiendo en la literatura calor y vida, salvó al pobre enfermo que moría de anemia; pero, pasada la crisis, el enfermo de antes, temeroso sin duda de cometer imprudencias que pusieran en peligro su existencia, trocó los gritos y excesos del delirio en suaves suspiros y blandos ademanes.

De todos modos, el enfermo estaba curado. El romanticismo, pues, fue quien llevó torrentes de sangre a un organismo extenuado, y le puso en condiciones de que, a la larga, pudiera desplegar su actividad en forma muy diversa. ¿Pareció a todos bien el arrebató? Ni muchos menos. «La verdadera fuerza y energía de alma —escribía D. Alberto Lista, de ordinario tan comedido y transigente—, no está en las pasiones, sino en la razón. Las pasiones fuertes anuncian por lo común un ánimo débil, si son desenfrenadas. Más fuerza de alma hay en el padre de familia oscuro que llena la larga carrera de su vida con virtudes poco celebradas, cumpliendo con exactitud sus deberes de hombre y de ciudadano, que en Alejandro el Grande, víctima de su ambición y de su inquietud. Aquél mostrará menos pavor que el héroe de Macedonia en las cercanías del sepulcro.»

Nada de particular tiene que el romanticismo suscitara ruda oposición y diera lugar a una polémica larga y empeñada. En los dominios del arte, los instauradores de ideas nuevas tienen siempre enfrente a dos generaciones: la de sus padres y la de sus hijos. Cuando hay una innovación literaria, salen por de pronto a combatirla los viejos, educados en una escuela anterior; logran triunfar, o se abren paso al menos, los innovadores, y durante unos años establecen su hegemonía; pero corre el tiempo, cambian los gustos, y los jóvenes —*florente juventá fervidus*— enarbolan otra bandera y *ponen de lodo* a sus antecesores. Ellos, claro es, corren la misma suerte. ¡Créanse ahora inconvertibles los paladines de ideas nuevas y griten aquellos de:

Nosotros somos los buenos,
nosotros, ni más ni menos!

Cayó el romanticismo. Los poetas nuevos clamaron contra las leyendas medievales, contra los arranques de Antony y Manrique, contra la exaltada defensa de los desdichados y los delincuentes. ¿Y qué hicieron? Ahogarse en un mar de verso dulzón; pasarse las horas muertas contemplando las violetas y los pensamientos, y sacando de ellos unas cuantas conclusiones de filosofía y moral baratas; imaginar sensibleras historias que retrotraían a los tiempos de Kotzebue y Ducange... Pena da ver las revistas españolas de 1850 a 1865, llenas de poesías tan iguales que parecen una sola. ¿Defectuosas? ¿Inmorales? No; muy correctas, muy apañaditas, muy edificantes, pero ¡qué cursis y anodinas! Todos los poetas eran de aquellos a quienes se refería Ruiz Aguilera en su sátira *Contra las y los moscas*.

¿Qué halláis en mí que vuestro encono inflama?
¿Soy yo de esos autores confiteros
cuya melosa inspiración os llama?

No; todos no. Algunos habían vuelto a empuñar la lira heroica, entonando odas rimbombantes y declamatorias. Pero ¡ah! aquellos eran una sombra de Cienfuegos, Quintana y Gallego. Sin la grandeza de los modelos, totalmente fuera de lugar y tiempo, no hacían otra cosa sino poner en rima vulgar algunas metáforas y apóstrofes nada geniales. Viérais entonces a Don Joaquín José Cervino decir cosas como aquellas del poema *La nueva guerra púnica o España en Marruecos*:

Abú lo mira: la distancia mide;
en la cárdena luz de la farola
la enorme hundió desenroscada cola
mojada en los betunes de Asfaltide
y contra el buque mísero la asesta
como punzón lanzado por ballesta.

Espectáculo horrendo: al punto grita
el capitán Giusseppe: ¡Fuego a bordo!
¡Y hay pólvora! —se agita
la miseranda gente en rumor sordo.

Ni el mismo Wenceslao W. Querol, mucho más poeta que los demás autores de odas, se pudo librar de escribir alguna tan enfática como la de *Al eclipse*:

¡Volad, volad por la extensión vacía,
astros de plata y oro,
cruzando el curso y enlazando el vuelo,
como en la arena de la Grecia un día
sobre el carro sonoro
ágil Cretense en rápida porfía,
con rueda igual y devorando el suelo,
a par del Jonio pertinaz corría!

Los autores *confiteros* vencieron, sin embargo, gracias sobre todo a Selgas y Arnao. *La Primavera*, del primero, se publicó en 1850; *Himnos y quejas*, del segundo, en 1851. Uno y otro habían dado ya a conocer sus poesías en los periódicos.

No quiero yo hablar mal de Selgas y Arnao; quiero sólo decir que su poesía simplicísima sólo

puede satisfacer a los que se contentan con muy poco. El mismo Arnao, según dice Cañete en el prólogo a *La Primavera*, de Selgas, juzgó las poesías de éste como *cándidas inspiraciones*. La calificación es exacta. Y el propio Cañete, poniéndose muy a tono con los versos prologados, hablaba así de Selgas: «Es una olorosa violeta, nacida en pradales de amapolas y jaramagos. No le pidáis fastuosas apariencias; no le pidáis la púrpura inútil de aquéllas ni el jalde envidioso de éstos. Pedidle un color que agrade y que no deslumbre; una fragancia que perfume el alma con su pureza, sin que la muerte la extinga, y veréis cómo su morado aspecto llena vuestro corazón de apacible melancolía, cómo la delicadeza de su aroma os baña en delicias cuya candidez es la candidez del cielo.»

Yo quiero colocarme en el medio social que favoreció la germinación de aquellas amapolas y jaramagos; pero repase el lector la siguiente poesía —que puede tomarse como prototipo del género—, y diga si Apolo, en su mansión del Pindo, ha de entusiasmarse con ella:

En un valle riquísimo
por sus hermosas flores,
un clavel dulce y pálido,
sin galas ni colores,
su vida melancólica
en triste olvido vio,
pero al morir... sus pétalos
tornáronse olorosos,
y las flores y el céfiro
miraron silenciosos
crecer fecundo el sándalo
donde el clavel murió.

Era la feble modulación de Meléndez, pero con menos sinceridad y atractivo. La poesía copiada se titula *La virtud*. A su lado están *El céfiro y una flor*, *La inocencia*, *Las azucenas*, *La alondra*, *Lágrimas fecundas*, *La modestia*, *Lo que son las maripo-*

sas, *El sauce y el ciprés, La ingratitud...* En fin, todas muy a propósito para niñas de primera comunión.

Arnao, lo mismo. Su producción poética se mantiene dentro de la misma ñoñería. Ya se dio cuenta Arnao, y en *Un ramo de pensamientos* trató de demostrar que servía para empresas más briosas; pero no pudo conseguirlo. Con razón le dijo así D. Manuel de la Revilla: «Molestábale, sin duda, al Sr. Arnao escuchar el dicho unánime de la opinión que le consideraba como dulce y correcto, pero no enérgico poeta, y queriendo hacer alarde de profundidad, intención y energía, ha dado a la estampa bajo el título de *Un ramo de pensamientos* un tomo de elegantes sonetos, que, antes de desmentir, confirman la opinión precitada, y prueban elocuentemente cuán imposible es apartarse del camino que a cada cual traza con dedo de hierro la naturaleza... El Sr. Arnao es un alma dulce y sencilla, dominada por fervoroso misticismo, hostil a las ideas y sentimientos de la sociedad moderna, abierta a todo sentimiento suave y delicado y ajena a lo trágico y lo verdaderamente patético. En filosofía no ha pasado más allá del catecismo, ni ha visto otra cosa que el ideal cristiano bajo su aspecto sentimental y poético; extraño a la duda y a la agitación moderna, su existencia es lago tranquilo, nunca turbado sino por los céfiros; es sencillo como un niño, tan delicado como una sensitiva, y su corazón es puro, noble y generoso como el que más.»

Si Arnao y Selgas, con ciertas cualidades de poetas, discurrían en circulo tan mezquino, ¿qué harían los demás cultivadores del género? De lo que no podría culparse a ninguno de ellos es de vanidad y arrogancia. Eran, por el contrario, un dechado de modestia, tanto en la expresión de sus ideas como en la elección de forma métrica, muy a menudo cifrada en la humilde y familiar seguidilla.

¡Qué hubiera dicho el bueno de D. Josef Mamerto Gómez Hermosilla, el que afirmaba que «habiéndose cantado en romances las fazañas de los contrabandistas, ladrones, facinerosos y *ahorcados*, este metro se ha hecho vulgar, se ha envilecido, no hay ya medio de ennoblecerle»!

Por fortuna, esta poesía dolorido-moral tuvo una derivación muy distinta: la de Bécquer. Como quien entonces estaba ya muy en la literatura activa y conocía bien sus orientaciones, Valera afirma terminantemente que «Bécquer conoció y leyó a Heine; pero si en algo le imitó, fue en escribir composiciones muy cortas como los *Lieder*, aunque rara vez coinciden, ni en el sentir ni en el pensar, los *Lieder* y las *Rimas*». Y, efectivamente, Bécquer no tuvo necesidad de imitar al poeta alemán, ni siquiera en las dimensiones de sus poesías. ¿Tuvo sino aplicar su alma privilegiada de poeta a los ecos de melancolía y laxitud que entonces resonaban, bien patentes en las mismas poesías de Selgas y Arnao, y en otras, no tan blanduchas, de Hartzenbusch, Eulogio Florentino Sanz, Luis de Eguílaz, Ruiz Aguilera, etc.? El vio todo aquello *a través de su temperamento* y supo expresarlo como nadie lo había expresado.

De Selgas y Arnao a Bécquer había un mundo de diferencia. Anduvo Núñez de Arce un poco ligero cuando, en el prólogo a los *Gritos del combate*, después de declarar insuficientes para el público moderno la oda ampulosa y la reproducción de los tiempos caballerescos, añadió: «Y pienso que todavía han de conmoverle menos esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida». Es de creer que estas palabras, más que contra el propio Bécquer, fueran contra la plaga de imitadores suyos que había invadido el campo de la poesía.

Ya D. Manuel de la Revilla, al hablar de los *Gritos del combate*, le replicó de este modo: «Pero cuando esos *suspirillos* son el eco de una amargura intensa que devora el alma de un Heine, o la melancólica tristura que mina la existencia de un Bécquer; cuando en ellos se retrata el malestar ingénito a los hijos de este siglo, la duda que mata las creencias, el rudo desengaño que agosta la juvenil ilusión, o la amarga decepción que seca la esperanza, entonces no hay derecho para condenar ese género, muy propio de este siglo, muy bello y muy digno de estima, y al cual, después de todo, rinde tributo el mismo señor Núñez de Arce, como lo prueban las delicadas composiciones que en su libro figuran con los títulos de *Recuerdos* y *Crepúsculo*, que al cabo a ese género pertenecen, por más que no sean *suspirillos*, porque en espíritus del temple del señor Núñez de Arce, los suspiros participan algo del rugido del león.»

De todos modos, la musa española había de procurar vigorizarse. Ya algunos poetas, sordos a los lamentos de sus colegas, templaban cuerdas muy diferentes. Ventura Ruiz Aguilera, en sus *Ecos nacionales*, servíase de un patriotismo sano, sencillo, exento de arranques declamatorios. No se elevaba a desmesuradas alturas; pero adoptaba una expresión natural y sincera y se daba cuenta de que la poesía necesitaba seguir rumbos nuevos. En el prólogo que ponía a su libro, según costumbre de todo autor que se preciaba en algo y deseaba exponer su credo estético, decía lo siguiente: «La tarea, pues, de los poetas modernos no debe ser otra que estudiar el espíritu del siglo; conocer la sociedad en que viven; investigar qué vicios la corroen, y qué virtudes la honran; examinar la justicia o injusticia de las aspiraciones que se manifiestan ahora más que nunca en toda asociación; para que, de la unión de todos estos elementos esparcidos y diversos, del conjunto de tantos y tan

variados objetos, resulte un todo claro y preciso, que sea un traslado exacto de la fisonomía del pueblo, del gran carácter social, o, lo que es lo mismo, la copiosa fuente en donde deben beber los poetas sus inspiraciones.»

Aunque en los *Ecoss nacionales* dominan los tonos apacibles, no faltaban estrofas tan enérgicas como las de *El árbol de la libertad*, bien distintas a los patrones por entonces usuales:

En las peñas aguzan destrales de muerte
que en el tronco robusto retumban al dar;
cada vez que los golpes con furia descargan
las montañas repiten el eco fatal.
Ya derriban el árbol con bárbaro estruendo,
alaridos salvajes lanzando a la par:
y su tronco y sus ramas y flores consumen
los torrentes de llamas de hoguera voraz.

¡Ay! ¿dónde está ahora?

Ya no queda del árbol ni aun triste señal.

Ya era celebrado Aguilera como poeta por sus *Sátiras* y sus *Ecoss nacionales*, cuando una desgracia íntima —la muerte de su hija Elisa—, le dictó las *Elegias*, en que dio a su dolor la expresión más ingenua y conmovedora. ¡Qué diferencia entre la ternura que en ellas palpita y la queja artificiosa y dulzona de los otros vates plañideros! No es posible leer sin honda emoción la serie de breves composiciones que forman el libro, y en especial alguna como la siguiente:

—¡Cómo tardan estos lirios,
cómo tardan en dar flor!—
me decía muchas veces
al regar los del balcón.

—Cuando se abran, serán tuyos—
contestábale mi voz;
y esperando el ángel mío,
esperando se murió.

Vino Mayo ¡ay, no viniera!
y los lirios del balcón

su corola azul abrieron
a los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban
que sobre ellos vertí yo
al dejarlos en la tumba
donde tengo el corazón.

No fue tan afortunado Aguilera cuando quiso tantear el humorismo (de que dio ligera y exacta idea en el prólogo a *La Arcadia moderna*). En cambio, al enfilar el género de los cantares lo hizo con tal acierto, que pocos como él han sabido asimilarse la inspiración popular.

Aguilera, pues, apartábase del grupo de poetas acordes, y siguió apartándose en las obras que sucesivamente publicó. Lo mismo hacía Antonio de Trueba, cuyo *Libro de los cantares* había alcanzado feliz suceso.

Ya el propio Trueba lo dijo al prologar la segunda edición del citado libro: «No busquéis en este libro erudición ni arte. Buscad recuerdos y corazón, y nada más... En resumen: he compuesto mis cantares como sé, a la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.» Arte sí hay; el arte de la ingenuidad y de la sencillez. Como Aguilera, escribió lisa y llanamente diálogos con estribillo, pero buscando éste en las coplas del pueblo, de las cuales eran una glosa aquellos diálogos. El prosaísmo en que frecuentemente cae la forma, se compensa en parte por el sano realismo, no exento de poesía, que anima la expresión. El *Libro de las Montañas* supone un avance extraordinario. Poeta es Trueba, sin duda alguna, de muy modesta línea; pero a lo menos cultivó su huertecito sin meterse con nadie y sin envidiar los opulentos vergeles ajenos.

A todo esto, Campoamor seguía por su camino. En sus *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, Campoamor fue, puede decirse, el fundador del género *sensitivo* que luego recaló en Selgas y Arnao. Espíritu

libre y selecto, no quiso incorporarse al grupo tumultuario de poetas románticos, y echó por otro rumbo muy distinto, tomando acaso como principal modelo a Martínez de la Rosa, pero con armas propias. Bien pronto observó, sin embargo, que eran muchos los que podían acompañarle en aquel empeño, y tuvo el acierto de dar forma a las *Doloras*. Para un talento como el suyo, hubo de ser fácil la empresa. De los poetas militantes, eran pocos los que se detenían a pensar. Los románticos, contentábanse con narrar historias pretéritas o lanzar gritos de maldición; los liristas, tenían bastante con simbolizar las virtudes en esta o la otra flor y con exhalar melífluos suspiros de amor. ¿Había sino agregar a la poesía la reflexión y las conclusiones de filosofía práctica?

Cuando aparecieron las *Doloras*, en 1845, fueron muchos los que echaron el alto a Campoamor, en razón, sobre todo, al neologismo con que había bautizado sus composiciones. Cañete, en la *Revista de Europa*, hasta llegó a considerar las *Doloras* como una innovación dañosa para el gusto nacional. Martínez de la Rosa, según nos cuenta el mismo Campoamor en la *Poética*, detuvo el ingreso de D. Ramón en la Academia sólo porque al marqués de Molins, encargado de contestar al discurso, se le ocurrió nombrar la palabra *Dolora*. Y Zorrilla, en su apenas conocido poema *Una repetición de Losada*, dijo:

Ahí está Campoamor con sus *doloras*,
que no tienen de malo más que el nombre,
y que son, a mi ver, encantadoras
poesías, flexibles y sonoras,
y que puede firmarlas el más hombre.

Otro linaje había de poetas que templaban la cuerda del clasicismo, aunque sin la enfática altisonancia de la oda. Ya los *Ensayos poéticos* de D. Salvador Bermúdez de Castro, publicados en 1840,

son como el tránsito de la exaltación romántica a otra gama más moderna y expresiva. Bermúdez de Castro, sin abandonar la quejumbrosa entonación romántica, da mayor robustez al pensamiento y a la estrofa y sale de sí mismo para pensar con los demás hombres de su tiempo. Dirá cosas más o menos líricas y sentimentales, pero las dice en forma bien distinta al lánguido abandono que entonces dominaba. Hasta cuando quiere cantar, como todos los románticos, la melancolía de la noche, lo hace con vehemencia desusada:

Romped las nieblas que ocultando el cielo
corren los aires en flotante giro,
y derramad sobre el dormido suelo
vuestros lucientes rayos de zafiro.

¡Lucid! ¡lucid! El ánima afligida
siente sed de ilusión, sed de esperanza
ya que preside a mi angustiada vida
negro fantasma de eternal venganza.

Mucha semejanza con él guardaba D. Juan Antonio Sazatornil, si bien era más incoherente y arrebatado. Su producción literaria, por otra parte, fue muy escasa.

Más famoso que estos dos es D. Gabriel García Tassara, que al empezar, sin duda alguna, tomó por modelo a Bermúdez de Castro. Temperamento lírico por excelencia, Tassara descendió poco a poco de las regiones celestes para contrastar sus inspiraciones a la luz de la realidad. Es una imaginación fogosa, avasalladora, tal vez con exceso, pues a menudo recuerda la desenfrenada impetuosidad de Cienfuegos; ofusca, en efecto, con su riqueza expresiva y su entonación profética, y arrastra con la fuerza de su estilo persuasivo. El escepticismo de Tassara no tiene nada de tal. Es como aquel que quiere ser escéptico y no se atreve a ello. A veces parece un panteísta, y adora a Dios en todo lo creado y ve su imagen en el deslumbrador astro del día.

Conserva Tassara las tristezas románticas, mas su ánimo y su estro son demasiado fuertes para que se deje dominar por ellas. Y se percata sobre todo de que los tiempos no están para romanticismos, y vuelve su vista a las naciones de Europa y ante ellas queda meditativo. La Musa, bien lo ve, no es ya aquella que volaba a las riberas de Erimanto o se posaba en las faldas del Tabor; es la Musa a quien alude en las robustas octavas de la *Invocación*:

Muerta es la fe, manchóse tu inocencia;
cómplice funeral de un siglo ateo,
¡Musa excelsa del alma y la creencia!
tocar el polvo con la sien te veo.
Ludibrio es ya tu antigua omnipotencia,
los despojos del alma tu trofeo;
cayó la copa de tu mano impía
y secaron los vientos la ambrosía.

Si quisiéramos condensar en tres frases los pensamientos que informan casi toda la obra poética de Tassara, pudiéramos formularlos así: es preciso tener fe; Europa yace en el desorden y la injusticia; la poesía ha perdido sus ideales. Pero Tassara embellece esos pensamientos con su elocuencia amplificadora y los borda en un transparente tejido de abstracciones.

Otros poetas formaban en este mismo grupo, de los que conviene entresacar tres nombres: Francisco Zea, José Martínez Monroy y Vicente Wenceslao Querol. El primero, que ofrece también reminiscencias románticas, suele perderse en líricos arrebatos, muy a menudo bellos; y su poesía *Al embestir*, que Eulogio Florentino Sanz, en un epílogo al libro de Zea, nos dice escrita en la juventud del poeta, a impulsos de la imitación clásica, es acaso la más notable de todas, si es que no cede la primacía a la titulada *La bandera*. Martínez Monroy, poeta de fisonomía quintanesca, muerto a los veinticuatro años, dio rienda suelta a su imagina-

ción en brillantes odas, reveladoras de un estro poderoso, aunque desordenado. Querol, según yo entiendo, fue de todos estos poetas el que más se aproximó a Núñez de Arce, por la amplitud de sus formas, por la robustez de sus pensamientos, por la tersura de su dicción.

En este estado, pues, se hallaba la poesía española, cuando apareció Núñez de Arce. ¿Qué relación hay entre Núñez de Arce y los poetas del último grupo que he citado? Relación, sin duda, de próximo parentesco. Eran esos poetas, como hemos visto, los que reaccionaban contra la flébil languidez de los post-románticos, evocando los manes de Quintanas y Gallegos. Núñez de Arce completó la obra, limpió el camino de hojarasca y vació los mismos ideales en moldes modernos.

No se distingue de ellos, pues, por esos ideales, sino por la manera más intensa, más clara, más sobria de expresarlos. Una misma cosa se puede decir de tan diferentes modos, que no parezca la misma. Hay quien en ella no ve más que las apariencias; hay quien la sepulta bajo un montón de palabras y oropeles; hay, en fin, quien penetra hasta su intimidad, y descubre en ella relaciones inesperadas, y nos la presenta transparente, lúcida y radiante.

La estirpe de poetas a que me voy refiriendo, sólo en cierto sentido podía reconocer por antecesor a Quintana. El verdadero fundador, como ya hemos visto, fue D. Salvador Bermúdez de Castro. Bueno es reiterarlo así, ya que hoy nadie se acuerda de su nombre. Imitador suyo, aunque supiera volar con alas propias, fue García Tassara. Pero ni Tassara, ni Bermúdez de Castro, ni ninguno de los otros, pudo llegar hasta donde llegó Núñez de Arce.

Léase el prólogo de Bermúdez de Castro a sus *Ensayos poéticos*, y dígame si no parece que por su boca hablan todos ellos. «Sin la fe profunda de las

almas fuertes —dice—, sin las dulces esperanzas de los corazones piadosos, perdido en el bullicio del mundo y viviendo con su vida, he hablado y pensado necesariamente con el lenguaje y los pensamientos del mundo que me rodeaba. Todo ha sido puesto en cuestión: por todas partes se escucha el ruido de una sociedad que se cuartea para caer: la moral, la religión, la filosofía de nuestros padres, yacen en el polvo de los sistemas: nuevas creencias se elevan sobre las ruinas de las creencias antiguas: las teorías brillantes cautivan por un momento las imaginaciones jóvenes, y son luego arrojadas con desprecio en el abismo insaciable de los delirios humanos: como el rugido sordo de los volcanes, se escucha el zumbido de las revoluciones que acuden a destruir la obra de las revoluciones... ¿A dónde va el poeta en este oscuro laberinto, el poeta que no encuentra una senda que no concluya a los primeros pasos?; y si escribe, ¿qué ha de escribir sino sus impresiones, que son también las impresiones de la sociedad?»

Bermúdez de Castro, pues, se dice mortificado por el torcedor de la duda:

¡Ay! la duda mi pecho devora;
infeliz, nada sé, nada creo;
una nube fatal sólo veo,
sin belleza, sin luz, sin color.

Porvenir angustioso, insensible,
me presenta mi triste existencia,
que no tengo ninguna creencia
que me anime a su dulce calor.

Bermúdez de Castro, protestando contra las injusticias sociales y la opresión de los tiranos, clama por el imperio de la libertad:

La libertad sobre la tierra esclava
brillará pronto en su fecunda aurora,
como el volcán para arrojar su lava
muge, y aguarda de tronar la hora.

García Tassara, por su parte, exhala así el grito de la duda:

Yo lo siento también. También yo dudo
y me atormento yo. Dadme mi lira;
fantasma atroz ante mis ojos gira:
yo con cantos de paz lo ahuyentaré.

Mas no, que entre sus cuerdas destempladas
sólo la voz del desengaño suena.

¿Cuándo me aliviaré de esta cadena?

¿No hay ya esperanza, ni virtud, ni fe?

No menos advierte que Europa se desploma, y anuncia una catástrofe en que se hundirán los tronos, los pueblos y los ideales.

Morir la Europa siento. En su ruina
otra Europa, otro mundo alzarse debe;

hacia el ocaso el sol que la ilumina
el disco torvo y tormentoso mueve.

¡Libertad santa! ¡Autoridad divina!

Ambas sucumbiréis al golpe aleve.

Raza de ateos que a luchar nacimos,
luchamos contra el cielo y sucumbimos.

«Ni ¿dónde está hoy —preguntaba Tassara en el prólogo a sus poesías— el poeta inocente que, cualesquiera que hayan sido su creencia y su escuela, pueda jactarse de no haber puesto una mano profana en alguno de los principios de la antigua ortodoxia social? ¿Dónde está hoy el escritor impecable que no haya contribuido a desmoronar alguna piedra del desmantelado monumento de esta sociedad europea que, como las plazas en que ha penetrado ya el enemigo, como las fortalezas en que el combate es ya dentro de los muros, sus propios defensores están ayudando a arruinar con los mismos proyectiles de la defensa?»

Como se ve, ni los lamentos de la duda ni los ecos de la libertad son exclusivos de Núñez de Arce. Bien que la duda de todos estos poetas sea un poquito convencional, porque a menudo se resuelve en una rendida declaración de fe. Y en

cuanto a la libertad, no siempre aparece a sus ojos en su noble figura de matrona, sino que de vez en cuando se les muestra arrastrando las vestiduras por el lodo.

Núñez de Arce, pues, cantó esas mismas cosas, pero las cantó de distinto modo. Convirtió en honda reflexión lo que generalmente había sido grito súbito de dolor o de alarma; sustituyó las tribulaciones y las resonancias por la energía y la sobriedad. En una palabra: *pensó alto, sintió hondo y habló claro*.

Dice D. Manuel de la Revilla que el carácter distintivo de Nuñez de Arce es la fuerza, y nada más cierto. Fuerza en las ideas, fuerza en las palabras, fuerza en las estrofas. Consolidó las abstracciones que vagaban en poesía y proscribió los arpegios y sollozos; expresó sus pensamientos, siempre humanos y siempre trascendentes, en un lenguaje neto, austero; moldeó ese lenguaje en versos de una suprema elegancia. Tales son las circunstancias que distinguen a Núñez de Arce de los otros poetas.

El plasticismo de la estrofa es algo consustancial a la poesía de Núñez de Arce. Las estrofas de Tassara son, cierto, amplias, rotundas y sonoras; pero no tienen la majestad que las del poeta vallisoletano. Las de éste están animadas y condicionadas por su energía íntima, y parecen demostración de aquella teoría de Fichte, según la cual lo bello es el resultado de fuerzas interiores. Un alma briosa en un cuerpo gallardo. ¿Puede pedirse más?

He dicho en otro lugar que estos caracteres son propios de la poesía de Castilla, e insisto en ello. No quiere esto decir, sin embargo, que en la poesía de Castilla se den exclusivamente. Lejos de ser así, ha habido y hay otros poetas españoles y americanos que pertenecen a la misma filiación. Velarde, Manuel de Sandoval, Zozaya, entre otros, se hallan en este caso. ¿Y acaso Chocano no es descendiente de Núñez de Arce por línea recta? Gutiérrez

Nájera, el genial *Duque Job*, rindió culto ferviente al modelado de la estrofa (1). Y por no hacer más citas, he de recordar a un poeta venezolano apenas conocido en España, prematuramente muerto, y cuyos versos son un prodigio de expresiva esbeltez: Víctor Racamonde. De los que más gentilmente supieron envolver sus imágenes en esplendentes vestiduras fue el autor de *Matinal*:

Huye la noche... Por las verdes lomas
la lumbre de los cielos se derrama:
es cada flor un búcaro de aromas
y una cuerda que vibra cada rama.
El horizonte púrpuras destella;
naturaleza, al despertar, suspira:
arriba es un diamante cada estrella;
abajo, cada tórtola una lira...

* * *

Emilio Ferrari se formó a la vida literaria bajo la directa influencia de Zorrilla. Por eso, cuando todavía era un niño, publicó en los periódicos de Valladolid leyendas y narraciones como *La escarcela de una dama*, *El Impenitente* *Las almas predestinadas*. Pero bien pronto se dio cuenta de aquella otra tendencia representada por Núñez de Arce, y como las afinidades de su alma castellana le atraieron hacia ella, siguióla resueltamente.

En *El Museo*, revista dirigida por D. Eduardo de Ozcáriz, publicó Ferrari en 1872 numerosas poesías, firmadas unas veces con su nombre, otras con el anagrama *Ramiro Fierlei*. En aquellos versos de adolescente se descubría ya una musa robusta e impetuosa. Poeta era quien a los 22 años escribía versos como aquellos de *El Angel rebelde*:

Gimió la inmensidad: sordo alarido
llenó la creación que muda calla;
los ecos fatigó con su estallido
ronco fragor de colosal batalla.
El sol paró la fúlgida carrera,

deshizo el mar su revoltosa espuma,
huyó el alción por la asustada esfera
con azorado vuelo entre la bruma.

La tormenta bramó, de sus entrañas
abortando torrentes y huracanes;
el hondo seno abrieron las montañas
y al cielo vomitaron sus volcanes.

El temperamento poético de Ferrari estaba definido. Era un representante de ese arte brioso y expresivo que «remueve los afectos más íntimos del alma humana como el arado remueve la tierra: abriendo surcos».

En *La Musa moderna*, obra de juventud, ya se ve que Ferrari sigue la derrota trazada por el poderoso genio de Núñez de Arce. Tassara, en *La nueva Musa*, imaginó que la Musa de la verdad, esquivando la oleada de escepticismo e injusticia que invadía el mundo, había huido a otras regiones. Núñez de Arce, por el contrario, ve que ante la mirada del poeta se alza ya la Musa fría y razonadora, acomodada al espíritu de su tiempo:

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive. Musa ciega,
implacable, brutal. ¡Demonio acaso
que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
del árido escalpelo, a cada paso
nos precipita en el oscuro abismo
o nos asoma al borde de la nada.

Ferrari explanó esta idea en las hermosas octavas de *La Musa moderna*. Esa Musa del análisis se alza sobre las ruinas de lo que fue, sin respetar nada e inquiriéndolo todo:

Sobre esta vieja sociedad, asoma
su amenazante brazo iconoclasta;
ya es hacha ruda que brutal desploma,
ya ácido lento que tenaz desgasta.
¡Oh ilusión dulce, mística paloma,
de todo amor la compañera casta!

¿en qué árbol ya fabricarás tu nido
que no vacile por el rayo herido?...
¡Analizar, analizar! ¡Sagrada,
mas peligrosa sed, nunca extinguida!
Tener un microscopio en la mirada
para contar los hilos de la vida;
bullendo entre la seda delicada,
ver al gusano por quien fue tejida;
polvo la dicha hacer que tanto cuesta
por descubrir de lo que está compuesta.

En el poema *Un día glorioso* cantó Ferrari la batalla de Lepanto. No obstante la índole del tema, lugar común en nuestra poesía patriótica, y la circunstancia de estar escrito en octavas, el poema no suena a epinicio, canto épico o alguna de aquellas otras cosas resonantes que tanta boga tuvieron en algún tiempo. Las octavas no son rígidas, ceremoniosas, sino, por el contrario, halagadoras y flexibles.

De asunto histórico es también el poemita *Dos cetros y dos almas*, escrito como *Un día glorioso*, con el tema propuesto en los juegos florales de Valladolid (1884) y distinguido con el premio. Se refiere a las bodas de los Reyes Católicos, celebradas en Valladolid, en el antiguo palacio de Vivero. Es un cuadrito primoroso, con sabor a Duque de Rivas y, por ende, de reconstrucción sincrónica algo convencional. Los romances de Ferrari son más pulcros, más elegantes que los del Duque.

El poema que abrió a Ferrari las puertas de la fama fue el *Pedro Abelardo*. Aquí ya abandona la poesía narrativa para seguir al Núñez de Arce de *Raimundo Lulio*. Paladinamente lo declara en la dedicatoria de su poema, justificando a la vez su profesión de fe: «Pero no terminaré —dice el autor de *Gritos del combate*—, sin declarar con satisfacción la influencia de usted en mi obra. En toda alta personalidad artística hay al mismo tiempo una escuela. Copiar la primera es dar en la servil

imitación, que censuro por mezquina y estéril; seguir con independencia la segunda puede ser legítimo y fecundo.»

La resolución de expresar poéticamente las indecisiones y luchas del alma moderna, había de traer como consecuencia la rememoración y análisis de aquellas otras almas atormentadas que, puestas en otra época y en otro ambiente, se estrellaron contra el dique de la fría realidad. De ahí *Raimundo Lulio*, y *La selva oscura*, y *La visión de Fray Martín*; de ahí *Pedro Abelardo*. «Así —decía con razón Ferrari, en la aludida dedicatoria—, la actual supremacía de la lírica, que hace sentir su invasor influjo a todas las manifestaciones de la poesía moderna, ha transformado la antigua epopeya en el poema individual, donde, estrechando el marco, pero engrandeciendo el asunto, sustituye al héroe por el hombre y reemplaza el cuadro transitorio de la civilización de una época con el eterno cuadro de la conciencia y de la vida.»

La figura de Abelardo despierta en el poema, más que la admiración, la simpatía. Del hombre de ciencia apenas queda la aureola intensa, que diluye en rayos de luz la confesión del audaz nominalista. En él, como cuadra al poeta, nos presenta Ferrari al perseguido y al enamorado. En el fondo, como velada por transparente gasa, vislumbramos la amable figura de Eloísa. Abelardo siente sed de justicia, de luz, de amor, de progreso. Sin necesidad de apelar a tintas fuertes, Ferrari nos hace sentir las tribulaciones de aquel espíritu, anegado en un mar sin fondo y sin orillas.

Y ¡qué riqueza de inspiración, qué brillantez de rima! «El que no sienta —dice con razón el P. Blanco García— los primores de forma, la eurythmia y la tersura de algunos fragmentos del *Pedro Abelardo*, *La muerte de Hipatia* y la recién publicada *Alegoría de otoño*, no sabe lo que son versos, ni distingue de colores y sonidos en materia de poesía

castellana.» Recuérdese aquella descripción del crepúsculo vespertino, una de las más bellas que haya producido la poesía española de todos los siglos:

¡Divina hora de amor! Todo parece
que siente y late, que acaricia y ama;
el mundo en los transportes se estremece
de una inefable cópula; derrama
sus ánforas la vida, desbandando;
nidos y estambres en su seno blando
misterios sacratísimos esconden;
hay voces en el viento susurrando
que por doquier se llaman y responden,
y debajo de tierra, donde presos
entre las sombras de su cárcel se hallan,
los comprimidos márgenes estallan
con el crujir de apasionados besos...

Supongamos por un momento que el protagonista del poema no es el filósofo de Santa Genoveva; que es un monje anónimo, acosado por la insaciable avidez del *más allá*. El poema conservará siempre su valor intrínseco. Algo más hay en él, por tanto, que la historia de Pedro Abelardo y de su desventurado amor. Hay la germinación de ideas que llenan la vida, y hay la suprema reverberación de la belleza que se esparce por todas las estrofas.

Por eso, no importa nada que Pedro Abelardo no fuese un apóstol ni descubriera en lontananza las férreas clavas que habían de remover los cimientos sociales. No serían menos ciertas ni surgirían menos oportunamente entre las brumas de la Edad Media aquellas palabras de profecía:

Ya, despertando entre el dogal sangriento
y el anatema que el rencor fulmina,
golpea alborotado el pensamiento
la cavidad de su prisión mezquina.

Acaso aun está lejos el momento
en que abra cráter la profunda mina,

mas ya en la tierra percibir se puede
la honda inquietud que a la erupción precede.

Lamartine, en uno de sus *Retratos* —*Héloïse et Abailard*—, había evocado en grácil prosa la figura del monje-poeta, y es posible que su lectura sugiriese a Ferrari la idea de su poema, como la descripción de los Alpes, con que éste comienza, trae a la memoria la que el poeta francés hace en la «época cuarta» de *Jocelyn*; pero son, claro es, cosas totalmente distintas, en su tendencia, en sus alcances y en su desarrollo. El poema de Ferrari, como dijo Luis Alfonso, es el poema del dolor y a la vez de la esperanza.

La muerte de Hipatia, poema inconcluso, tiene toda la severa elegancia de una estatua helénica. Es el clasicismo de idea y de forma, que bajo los pliegues de la amplia veste deja ver los impecables contornos. La divina figura de Hipatia surge ante nuestra vista en la que pudiéramos llamar exposición del poema:

Ved. Ya el albor de la naciente aurora
que detrás del Cesáreo se levanta,
los dos fronteros obeliscos dora;
ya sobre el verde tamarindo canta
el ibis, pronto a remontar el vuelo,
y ya a distancia el avestruz zancudo,
con ambas alas azotando el suelo,
corre medroso al arenal desnudo.

Es hora ya, ¿qué aguardo?
La lámpara extinguid en que se apura
la última gota de oloroso nardo;
la túnica ceñid a mi cintura
y el cordón de amatistas a mi cuello;
verted en mi cabello
el aceite del cáncamo extraído,
que en la vasija de cristal gotea,
y atad al carro de marfil bruñido
los dos negros caballos de Nicea.

¿Y qué decir de la arena de Hipatia? Es uno de

esos trozos poéticos en que no cabe elogio. No hay sino leerlos y admirarlos. Los reparillos que pudiera formular algún crítico *al menudeo*, nada significan junto a la suma de bellezas pródigamente derramadas en los versos.

Consummatum y *En el arroyo* fueron los dos últimos poemas que publicó Ferrari. A fuer de sinceros, hay que confesar que ninguno de ellos iguala a los ya citados, si bien en el primero se encierra un conmovedor episodio, delicadamente presentado. La protagonista, nueva Margarita Gautier, muere en una noche de otoño, entre las paredes de su casa familiar, mientras los vendimiadores avanzan por el llano entre risotadas y cantares. La parte descriptiva revela una vez más la mano del maestro. El cuadro del otoño —se escribió el poema para un libro alegórico titulado *Los meses*— es sencillamente primoroso:

Reina en su triste majestad octubre.
Ya el campo yermo de aridez se cubre
y desolado el bosque se despuebla,
mientras va por recuestos y cañadas
subiendo en ondulantes marejadas,
para anegar los páramos, la niebla.

Desde el aislado torreón, las aves
al emigrar hacia los climas suaves
antes que el duro temporal se inicie,
pasan en negro, silencioso bando
que a lo lejos se pierde, proyectando
una mancha de sombra en la planicie.

Ferrari, como Zorrilla, como Núñez de Arce, como todos los poetas nacidos en Castilla, tuvo el sentimiento del paisaje castellano. Los que no son poetas ni hayan nacido en Castilla, no pueden sentir la melancólica poesía del llano, que se filtra callada hasta lo más recóndito del alma...

El poemita *En el arroyo* es inferior. No lleva el sello de Ferrari. Ningún poeta de los de su tiempo hubiera sido capaz de escribir los poemas hasta

aquí citados, a no ser él... y Núñez de Arce; más de cuatro, en cambio, hubieran podido dar cima al que se titula *En el arroyo*.

Verdad es que el propio Ferrari no concedió a estos dos poemas sino una importancia relativa. «Reconociendo, como no puedo menos de reconocer —decía en unos párrafos preliminares—, la legitimidad con que estos aspectos comunes de la vida, sistemáticamente desdeñados o proscritos por algunos, reclaman la atención del pensador y del artista, no los recibo, sin embargo, a título exclusivo, ni mucho menos me avengo a considerarlos como la fórmula suprema del arte moderno.»

Como poeta lírico, Ferrari es, a todas luces, uno de los más perfectos del siglo XIX. Junta la flexibilidad del sentimiento a la penetrante sutileza de la meditación. Por su mayor concisión e intensidad, envuelve sus concepciones líricas en formas gallardísimas, que ondulan y se pliegan al relieve de la idea. Y la energía siempre latente en su estro, toma forma viva cuando ha de reflejar el vigor del pensamiento. Habrá acaso quien le iguale en la habilidad técnica, pero no quien le supere en la perfecta compenetración del fondo y la forma. Es el mismo trazo que enaltece a su maestro Núñez de Arce. El buril penetra en la estrofa, y va produciendo labores y realces, y delimita en líneas precisas su silueta espiritual.

En *Las tierras llanas* —acaso la más conocida entre todas sus poesías— Ferrari cantó la grandeza del paisaje castellano. Hasta el verso que eligió —el doble octosílabo— es a propósito para expresar la grandeza del llano. Lenta, reposadamente, se despliega ante nuestra vista la tierra sacrosanta que pisaron Cides y enaltecieron Teresas:

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
de estos campos, que contemplan cara a cara el cielo azul,
donde, en medio de una viva transparencia luminosa,
flota sólo en la distancia la calina como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
un tapiz desenrollado, sin cesar, a nuestros pies,
una tela ajedrezada de cien tonos diferentes
desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies.

Sólo, a veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje,
se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
y ¡qué intensa poesía cobra en medio del paisaje,
que su vida allí parece toda entera concentrar!

Con todo, no es esta poesía la mejor de Ferrari.
Recuérdese la sencilla delicadeza de *¡Semper!*, la
majestuosidad de *La Musa moderna*, la dulce apa-
cibilidad de *A la orilla*, el misterioso encanto de *La
senda*. En otra ocasión he hecho referencia a la ti-
tulada *Obsesión*, que por sí sola bastaría para colo-
car a Ferrari entre los más excelsos poetas. Por si
algún lector no la conociera, transcribola a conti-
nuación:

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
cuando descansa la ciudad, y en ella,
rendido todo a la quietud, parece
que duerme el aire y el silencio pesa;

cuando no se oye, sino allá a lo lejos,
la persistente voz del centinela,
o el reló que, monótono, en la torre
pausado, el curso de las horas cuenta;

cuando, rompiendo su prisión, del sueño
por la espiral en lo ignorado abierta,
cada alma emprende misterioso viaje
al país ideal de su quimera;

cuando en la vasta obscuridad nocturna
no hay una luz; cuando tan sólo velan
en las calles el vicio vagabundo
y el recuerdo tenaz en la conciencia;

sabéis lo que es sentirnos en el hombro
tocar por alguien que en la sombra acecha,
y que os dice: «Heme aquí, ven a la cita,
soy yo: la insomne, la implacable idea.»?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
el cuerpo revolviéndose protesta,

pronto la lucha entre Jacob y el Angel
se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
sombra que el alma a lo exterior proyecta,
germen de un ser que a reclamar la vida
desde los limbos de la mente llega,

quiere dejar de la abstracción las cumbres,
cual las del Globo estériles y yertas,
hacerse carne, revestirse forma,
ser realidad, y vibración y fuerza.

La véis al lado, aunque cerréis los ojos,
a un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
de tentadora seducción que atrae
e inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
con una extraña claridad sidérea;
su cuerpo es un vapor hecho escultura,
clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
queréis aprisionar en la materia:
la aparición, aunque os incita, os huye,
os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
halla encantada a la gentil princesa,
ignorando la mágica palabra
con que romper el sortilegio pueda;

y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
la ofuscación de la ideal belleza,
hasta que, asiéndoos del cabello, os postra
deslumbrados y trémulos en tierra.

¿En dónde el nexo misterioso se halla,
en dónde está la conjunción suprema
del pensamiento y la palabra, verbo
donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
sin apagar su lámpara de estrellas,
por una escala mística de estrofas
hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
atará al carro que a la diosa lleva,

de dos en dos las palpitantes rimas,
como apareadas tórtolas gemelas?

Así ambas alas desplegando a un tiempo,
la inspiración hasta los cielos llega,
la palabra halla así de que en el mundo
son los objetos esparcidos letras;

el plan divino al descubrir, precede
siempre a la vida en su ascensión perpetua,
y en todo el lujo de esplendor produce
lo que aun informe la creación bosqueja.

¡Oh poema imposible, cuya forma
siento en el alma dibujarse incierta,
cuyas estancias de flotante ritmo
continuamente en mi interior resuenan;

sueño, ideal, aspiración, que llevo
dentro de mí desde la edad primera,
esquivo siempre a la inflexible frase,
indócil a la rígida cadencia;

si no me es dado transcribirte nunca
vivo en los signos de la humana lengua,
renace, al menos, en futuros días
dentro del corazón de otro poeta!

Decía bien Castelar. «Tiene Ferrari —escribió, hablando del *Pedro Abelardo*,— las facultades intrínsecas del poeta; la virtud mágica de convertir la vida en idea y la idea en vida; la intuición misteriosa que ve las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo espiritual y lo corporal, y el arte sumo de poner en gran relieve y en forma palpable lo pensado, lo invisible, lo etéreo, lo ideal, y de dar alas a las cosas, convirtiéndolas dentro del áureo incienso de su fantasía en esencias: que toda grande inspiración de poeta se acerca en sus fuerzas creadoras al movimiento universal, cuya virtud produce la luz que luego se trueca en calor, en electricidad, en magnetismo, en oxígeno, en vida inmensa y radiante por lo infinito.»

Ferrari, como poeta de altos vuelos, tiene individualidad propia y característica; mas, lejos de in-

movilizarse en una apariencia, y sin perder nunca sus rasgos peculiares, exorna su poesía con matices varios y acomoda su voz al objeto cantado. Sin que jamás decaiga su noble entonación, le vemos pasar desde el vigoroso apóstrofe a la queja amarga, y desde la descripción vívida y resplandeciente al relato sobrio y preciso. Aun se vio obligado a repeler los ataques, sobradamente injustos, de *Clarín*, y lo hizo en los tercetos de *A un enemigo*, donde vibra el poderoso rayo de su indignación.

He de repetirlo. Las estrofas de Ferrari son estatuas animadas. Al exterior, nítida pureza de líneas; dentro, alma y fuego productores de vida. Dígame si hay muchos sonetos castellanos que aventajen en esbeltez al siguiente, titulado *Antítesis*:

Nunca la acción sin ideal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y a obscuras,
de sus uniones híbridas e impuras
concebirá, por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;
la otra, entregada a sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las ramerás.

Desde muy joven escribió Ferrari para el teatro. En 1873 estrenó en Valladolid su loa *Bretón* y su revista *Valladolid en Viena*, sumamente graciosa, y escrita en colaboración con Enrique M. de Quevedo (2). Más tarde dio al teatro los dramas *Quien a hierro mata...* y *La muerte de Cervantes*, este último en colaboración con otros dos preclaros ingenios: Ricardo Macías Picavea y Angel Alvarez Taladriz. Por último, en 12 de noviembre de 1881 estrenó en Madrid su drama *La justicia del acaso*.

Son, pues, sus obras teatrales de mayor empeño *Quien a hierro mata...* y *La justicia del acaso*, en vista de las cuales hay que declarar la enorme superioridad del poeta lírico sobre el dramático.

Quien a hierro mata... proverbio dramático en un acto que se estrenó en el teatro Martín, de Madrid, el día 22 de enero de 1877, es obra de trama sencilla, pero interesante y bien llevada. Un Don Juan disipado, Fernando, consejero de jóvenes incautos, resulta castigado en su propia hermana. La nobleza de su amigo y discípulo Julián, autor del desguisado, facilita una reparación, y la moraleja se deduce naturalmente del desenlace.

La justicia del acaso se basa en un drama de adulterio. Es más plausible por los detalles que por el conjunto. Como dijo García Cadena a raíz del estreno, es un alarde de las fuerzas poéticas del escritor, la evolución de un poeta lírico, que intenta salir de sí mismo para encarnarse en la humanidad. La figura de Don Alonso de Alvarado despierta cierto interés, sobre todo en los comienzos de la obra; pero, en el manejo de resortes, se advierte la inexperiencia del autor novel.

Como prosista, en cambio, distingue a Ferrari una nitidez y soltura extraordinarias, que van muy de acuerdo con las cualidades del poeta. Ya se echan de ver en *El diablo de moda*, cuento que en 1874, cuando contaba 24 años, le premió en un concurso *La Ilustración Española y Americana*. Es un cuento humorístico, cuyo protagonista, muerto en un manicomio, deja unas memorias que supone dictadas por el diablo. Este, *el diablo de moda*, vierte la hiel de su sarcástica maldad en el corazón del pobre loco, de quien se despide con estas palabras: «Pero no olvides que *es preciso reír antes de ser feliz, para no exponerse a morir sin haber reído nunca.*»

Dio Ferrari a la stampa otros escritos en prosa, siempre notables, como *La misa de Requiem*, *El*

capricho del Califa, El ocio de los pecados y otros muchos artículos, crónicas y prólogos; pero el discurso de su recepción en la Academia Española, efectuada el día 30 de abril de 1905, reclama más que todos la atención.

Es este discurso el más valiente alegato que se ha escrito contra los modernos depredadores de la literatura, a quienes comprende bajo la genérica denominación de *modernistas*. Ferrari no es enemigo de lo nuevo, ni hubiera podido serlo jamás un hombre de su comprensión; pero a condición de que lo nuevo no se hiciera sinónimo de lo absurdo. «Somos partidarios —dice— de la renovación, y así creemos haberlo probado, siempre que no se violen las leyes naturales, haciendo de la poesía un jeroglífico, y del metro una prosa mal rimada. En él caben todas las combinaciones que no aporreen el oído; y cuanto a la poesía, abarca toda la realidad, y en la realidad está el ensueño.»

El análisis que hace Ferrari de las modernas tendencias literarias, es tan exacto como justo. Si contra él alzaron entonces el puño amenazador algunos que se creyeron aludidos, hoy, reducidas ya las cosas a más razonables límites, no tendrían otro remedio que darle la conformidad. El exotismo *bulvardiero*, el arcaísmo irreal y el delirio gongorizante de que Ferrari se lamentaba, yacen hoy en el descrédito a que fatalmente los condujo su penuria de recursos. Bien decía Ferrari: «El arte para ser moderno habría de ser eco sonoro, extenso y vibratorio de los sentimientos generales, de las luchas contemporáneas con sus fracasos y sus triunfos, sus aspiraciones y desengaños, sus alegrías y tristezas; no en modo alguno galvanización de cosas muertas que pasarán como fantasmas de un mal sueño. La literatura moderna pugnaba por la expansión y el aire libre, y se le tapiaban las ventanas abiertas a lo porvenir, con cascotes de todas las ruinas. La literatura, en fin, y el arte modernos

marchaban intrépidamente al compás de la civilización, y renegando de ella, se levanta a detenerlos ese clamoreo que lejos de sonar a renovador y juvenil, tiene un acento de siniestra decrepitud. Creedlo. Ese movimiento no es sino agitación de remolino en corriente clara y caudalosa.»

El discurso de Ferrari, que es modelo de prosa elegante y evidencia el detenido estudio que del arte moderno había hecho el poeta vallisoletano, termina con esta consoladora profecía: «No temáis, pues, por el porvenir de la Poesía, cuya forma natural es el verso. Con el ritmo y la rima, sus dos alas, seguirá levantándose a los cielos. La belleza es eterna y perdurable. No la menoscabarán ni los enemigos declarados con sus razonadas paradojas, ni los enemigos domésticos con sus flamantes desvaríos.»

* * *

No por razones de cariño y gratitud —que a la verdad son en mí muy grandes para aquel hombre bondadosísimo—, sino por deberes de vallisoletano, he de elevar un ruego al Ayuntamiento de mi pueblo natal. Hace ya tiempo tomó el acuerdo de trasladar al panteón de vallisoletanos ilustres desde Madrid, donde yacen, los restos del autor de *Consummatum*. La ocasión es ya llegada. Cúmplase el acuerdo, y venga a descansar al suelo que tanto amó el gran poeta que escribió con el corazón aquellas palabras:

Valladolid, patria mía,
noble tierra de mi amor,
metrópoli del honor
y emporio de la hidalguía...

NOTAS

(1) A quien tuvo muy presente Gutiérrez Nájera en su preciosa composición *Desconocida*, fue a Carolina Coronado: Recuérdense aquellas estrofas:

¿Con qué rústica voz he de llamarte
para que acudas pronto a mi reclamo?
¿En qué cielo remoto he de buscarte?
¿Cómo podré decirte que te amo?...

Y compárense con las de *El amor de los amores*:

¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a ti, dulce amor mío,
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envío?...

(2) La dedicatoria de esta revista a Mariano Reinoso y José Garaizábal, decía así:

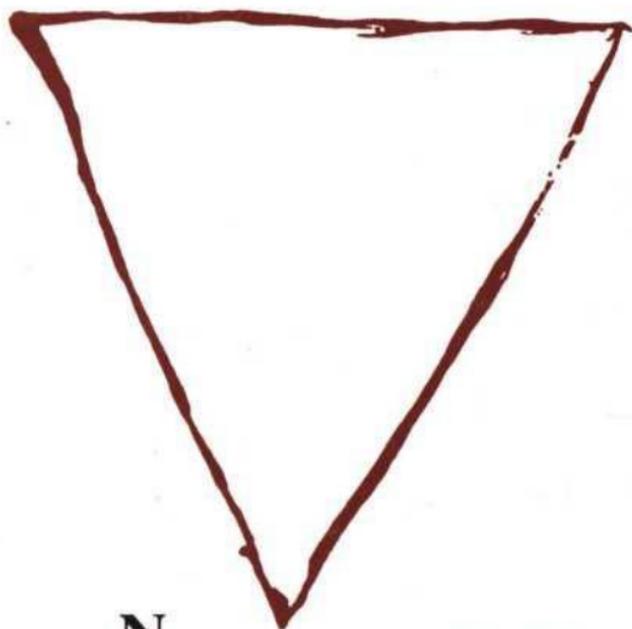
Tú, con resmas de papel,
ayudaste a esta impresión;
y tú, en el almuerzo aquél,
con Champagne y Moscatel
nos diste la inspiración.

Recibid, pues, por tal celo,
este camelo-revista
o esta revista-camelo,
de un autor corto de vista
y otro autor corto de pelo.

Aunque pobre y baladí,
que por fuerza será así
dada nuestra mala estrella,
tiene un mérito, eso sí:
¡no haber mujeres en ella!

INDICE

Valladolid	7
Las demás provincias	27
Manuel del Palacio	59
Emilio Ferrari.....	127



Narciso Alonso Cortés (1875-1972), académico de la Lengua desde 1946, es uno de los más egregios escritores y ensayistas de la literatura castellana. Autor de *Viejo y nuevo*; *Miscelánea vallisoletana*; *Zorrilla, su vida y sus obras*, fue el recopilador temprano de *Romances populares de Castilla* (1906).

«Ensayos sobre literatura regional castellana» reúne tres aportaciones verdaderamente significativas del autor. Dos de ellas pertenecen a un libro inencontrable hoy, *Jornadas* y el tercero es rigurosamente inédito: *Historia de la literatura regional castellana*. Trabajos éstos que tal como se dice en la nota preliminar «responden al ideal castellanista del autor, patente en las diversas empresas intelectuales que llevó a cabo en los primeros años de este siglo».



G - 4721

**literatura regional castellanar
castellanar castellanar castellanar**

